Matrimonio y relaciones familiares

Guía de estudio para el participante

Matrimonio y relaciones familiares

Guía de estudio para el participante

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah, E.U.A.

Comentarios y sugerencias

Agradeceremos los comentarios y las sugerencias que se deseen hacer con respecto a esta guía de estudio. Sírvase enviarlos a:

Curriculum Planning
50 East North Temple Street, Floor 24
Salt Lake City, UT 84150-3200
USA

Correo electrónico: cur-development@ldschurch.org

Sírvase incluir su nombre, dirección, barrio y estaca. Asegúrese de mencionar el título de la guía de estudio. Luego agregue sus comentarios y sugerencias con respecto a los puntos fuertes de la guía de estudio y a la forma en que se podría mejorar.

© 2000 por Intellectual Reserve, Inc.
Todos los derechos reservados
Impreso en los Estados Unidos

Aprobación del inglés: 8/97
Aprobación de la traducción: 8/97
Traducción de *Marriage and Family Relations: Participan's Study Guide*
Spanish

Índice de temas

"La familia: Una proclamación para el mundo" IV
Introducción V
Reseña del curso Matrimonio y relaciones familiares VII

Parte A: El fortalecimiento del matrimonio

1. "La familia es la parte central del plan del Creador" 3
2. Cómo desarrollar la unidad en el matrimonio 8
3. Cómo cultivar el amor y la amistad en el matrimonio 12
4. Cómo enfrentar los desafíos en el matrimonio 16
5. Cómo enfrentar los desafíos por medio de la comunicación positiva 18
6. El fortalecimiento del matrimonio por medio de la fe y la oración 21
7. El poder sanador del perdón 25
8. La administración de las finanzas de la familia 28

Parte B: La responsabilidad de los padres de fortalecer a la familia

9. "Herencia de Jehová son los hijos" 35
10. La función sagrada del padre y de la madre (Parte 1: La función del padre) 39
11. La función sagrada del padre y de la madre (Parte 2: La función de la madre) 43
12. La enseñanza de los hijos por medio del ejemplo y de la instrucción 48
13. La enseñanza de los principios del Evangelio a los hijos (Parte 1) 54
14. La enseñanza de los principios del Evangelio a los hijos (Parte 2) 58
15. Cómo guiar a los hijos a medida que ellos toman decisiones 64
16. Oración familiar, estudio de las Escrituras en familia y noche de hogar para la familia 68

UNA PROCLAMACIÓN PARA EL MUNDO

La Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

NOSOTROS, LA PRIMERA PRESIDENCIA y el Consejo de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, solemnemente proclamamos que el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios y que la familia es la parte central del plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos.

TODOS LOS SERES HUMANOS, hombres y mujeres, son creados a la imagen de Dios. Cada uno es un amado hijo o hija espiritual de padres celestiales y, como tal, cada uno tiene una naturaleza y un destino divinos. El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida premortal, mortal, y eterna.

EN LA VIDA PREMORTAL, los hijos y las hijas espirituales de Dios lo conocieron y lo adoraron como su Padre Eterno, y aceptaron Su plan por el cual obtendrían un cuerpo físico y ganarían experiencias terrenales para progresar hacia la perfección y finalmente cumplir su destino divino como herederos de la vida eterna. El plan divino de felicidad permite que las relaciones familiares se perpetúen más allá del sepulcro. Las ordenanzas y los convenios sagrados disponibles en los santos templos permiten que las personas regresen a la presencia de Dios y que las familias sean unidas eternamente.

EL PRIMER MANDAMIENTO que Dios les dio a Adán y a Eva tenía que ver con el potencial que, como esposo y esposa, tenían de ser padres. Declaramos que el mandamiento que Dios dio a sus hijos de multiplicarse y henchir la tierra permanece inalterable. También declaramos que Dios ha mandado que los sagrados poderes de la procreación se deben utilizar sólo entre el hombre y la mujer legítimamente casados, como esposo y esposa.

DECLARAMOS que la forma por medio de la cual se crea la vida mortal fue establecida por decreto divino. Afirmamos la santidad de la vida y su importancia en el plan eterno de Dios.

EL ESPOSO Y LA ESPOSA tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro, y también a sus hijos. "He aquí, herencia de Jehová son los hijos"(Salmos 127:3). Los padres tienen la responsabilidad sagrada de educar a sus hijos dentro del amor y la rectitud, de proveer para sus necesidades físicas y espirituales, de enseñarles a amar y a servirse el uno al otro, de guardar los mandamientos de Dios y de ser ciudadanos respetuosos de la ley dondequiera que vivan. Los esposos y las esposas, madres y padres, serán responsables ante Dios del cumplimiento de estas obligaciones.

LA FAMILIA es ordenada por Dios. El matrimonio entre el hombre y la mujer es esencial para Su plan eterno. Los hijos tienen el derecho de nacer dentro de los lazos del matrimonio, y de ser criados por un padre y una madre que honran sus promesas matrimoniales con fidelidad completa. Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo. Los matrimonios y las familias que logran tener éxito se establecen y mantienen sobre los principios de la fe, la oración, el arrepentimiento, el perdón, el respeto, el amor, la compasión, el trabajo y las actividades recreativas edificantes. Por designio divino, el padre debe presidir sobre la familia con amor y rectitud y tiene la responsabilidad de protegerla y de proveerle las cosas necesarias de la vida. La responsabilidad primordial de la madre es criar a los hijos. En estas responsabilidades sagradas, el padre y la madre, como iguales, están obligados a ayudarse mutuamente. Las incapacidades físicas, la muerte u otras circunstancias pueden requerir una adaptación individual. Otros familiares deben ayudar cuando sea necesario.

ADVERTIMOS a las personas que violan los convenios de castidad, que abusan de su cónyuge o de sus hijos, o que no cumplen con sus responsabilidades familiares, que un día deberán responder ante Dios. Aún más, advertimos que la desintegración de la familia traerá sobre el individuo, las comunidades y las naciones las calamidades predichas por los profetas antiguos y modernos.

HACEMOS UN LLAMADO a los ciudadanos responsables y a los representantes de los gobiernos de todo el mundo a fin de que ayuden a promover medidas destinadas a fortalecer la familia y mantenerla como base fundamental de la sociedad.

El presidente Gordon B. Hinckley leyó esta proclamación como parte de su mensaje en la Reunión General de la Sociedad de Socorro, el 23 de septiembre de 1995, en Salt Lake City, Utah, E.U.A.

Introducción

Objetivo de este curso

El curso "Matrimonio y relaciones familiares" está designado a ayudar a los miembros de la Iglesia a fortalecer los matrimonios y las familias y a encontrar gozo en sus relaciones familiares. El curso está dividido en dos secciones. La parte A, "El fortalecimiento del matrimonio", es . . . ….particularmente útil para los matrimonios y para los miembros que se estén preparando para el matrimonio. La parte B, "La responsabilidad de los padres de fortalecer a la familia", ayuda a los padres y a los abuelos en sus esfuerzos "por [criar a los hijos] en disciplina y amonestación del Señor" (Efesios 6:4).

El curso está basado en doctrinas y principios que se enseñan en las Escrituras y por medio de profetas y apóstoles de los últimos días. Da énfasis especial en "La familia: Una proclamación para el mundo", la que se incluye en la página IV de esta guía de estudio.

La reseña del curso se encuentra en las páginas VII–VIII. Consulte esta reseña con frecuencia para repasar las doctrinas y los principios que haya aprendido y a fin de prepararse para las próximas lecciones.

Asistencia al curso de acuerdo con sus propias necesidades

Usted tiene la opción de asistir de acuerdo con sus necesidades individuales. Por ejemplo, si está casado pero no tiene hijos, puede decidir asistir a las primeras ocho lecciones y no a las últimas ocho. Si está criando a sus hijos sin la ayuda de su pareja, tal vez decida asistir sólo a las lecciones de la sección B.

Participación en el curso

Al decidir participar en este curso, usted ha demostrado el deseo de fortalecer a su familia. Con objeto de recibir el beneficio pleno del curso, usted debe contribuir a los análisis en la clase, utilizar esta guía de estudio y esforzarse por aplicar las doctrinas y los principios que aprenda.

El contribuir a los análisis en clase

A medida que usted y otros participantes contribuyan a los análisis en clase, podrán invitar la influencia del Espíritu Santo y enseñar y edificarse los unos a los otros. El Señor dijo: "Nombrad de entre vosotros a un maestro; y no tomen todos la palabra al mismo tiempo, sino hable uno a la vez y escuchen todos lo que él dijere, para que cuando todos hayan hablado, todos sean edificados de todos y cada hombre tenga igual privilegio" (D. y C. 88:122).

Todos los que participen en el curso pueden aprender los unos de los otros, sin importar cuánta experiencia tengan en lo que tiene que ver con el matrimonio o con la crianza de los hijos. La experiencia que usted tenga en la sala de clases será más gratificante a medida que comparta experiencias que se relacionen con las lecciones y al escuchar respetuosamente cuando otros hagan lo mismo. Al testificar de los principios verdaderos de los que se hablen, puede fortalecer su propio testimonio, así como el testimonio de los demás. Sin embargo, debe tener cuidado de no hablar de experiencias íntimas o sagradas que no sean apropiadas para un análisis en clase. También debe estar consciente de los límites de tiempo de la clase y ser considerado con el maestro y con los otros participantes.

El uso de esta guía de estudio

Durante la semana después de cada lección, utilice esta guía de estudio para repasar lo que haya aprendido. La guía de estudio contiene "Ideas para poner en práctica", que son sugerencias para ayudarle a vivir de acuerdo con las doctrinas y los principios que haya aprendido durante cada lección. Además, cada lección viene acompañada de uno o dos artículos de las Autoridades Generales de la Iglesia. Si está casado, puede recibir grandes beneficios al leer y analizar estos artículos con su cónyuge.

Algunos de los artículos se dieron originalmente como discursos en conferencias generales y en otras situaciones, y otros fueron escritos para la revista *Liahona*. Debido a que han sido tomados de diferentes publicaciones, ha sido necesario hacer algunas modificaciones menores a fin de hacer que el formato de esta guía de estudio sea uniforme. Por ejemplo, se han eliminado algunos comentarios de introducción de los discursos de las conferencias generales, y algunos encabezados y referencias se han cambiado, pero las enseñanzas siguen siendo las mismas.

La aplicación de las doctrinas y los principios que aprenda

No es suficiente el simplemente aprender el Evangelio, sino que, a fin de que el Evangelio tenga efecto en su vida, debe vivir lo que aprenda. El presidente Harold B. Lee, el undécimo Presidente de la Iglesia, aconsejó:

"En cierto sentido, todos los principios y las ordenanzas del Evangelio no son más que una invitación a aprender el Evangelio por medio de la práctica de sus enseñanzas. Nadie conoce del diezmo sino hasta que paga el diezmo. Nadie conoce el principio de la Palabra de Sabiduría sino hasta que guarda la Palabra de Sabiduría; por lo que, tanto los niños como los adultos no se convierten a la ley del diezmo, ni a la Palabra de Sabiduría, ni al santificar el día de reposo ni a la oración con sólo escuchar a alguien hablar sobre esos principios, ya que aprendemos el Evangelio al vivirlo…

"…nunca conocemos nada realmente en cuanto a las enseñanzas del Evangelio sino hasta que hayamos experimentado las bendiciones que se reciben por vivir cada principio" (*Stand Ye in Holy Places,* 1974, pág. 215).

Materiales de consulta adicionales

Los siguientes materiales de consulta producidos por la Iglesia proporcionan información adicional sobre los temas que se analizan en este curso. Se encuentran disponibles por medio de los centros de distribución de la Iglesia. Usted tal vez desee obtener estas publicaciones y utilizarlas en su hogar.

- *Guía para la organización familiar* (31180 002). Esta guía describe la organización de la familia, proporciona información con respecto a la enseñanza del Evangelio en el hogar y explica resumidamente los procedimientos para las ordenanzas y las bendiciones del sacerdocio.
- Artículos sobre el matrimonio y la familia en la revista *Liahona*.
- *Manual de sugerencias para la noche de hogar* (31106 002). Este manual ayuda a los padres y a los hijos a preparar lecciones para la noche de hogar (páginas 3–177, 189–256). Contiene ideas para hacer que las noches de hogar para la familia sean un éxito (páginas 177–186) e incluye sugerencias para enseñar principios específicos a los hijos así como las responsabilidades que les correspondan a ellos (páginas 257–291). También cuenta con ideas para actividades familiares (páginas 293–370).
- *La enseñanza: El llamamiento más importante* (36123 002). Este material de consulta contiene principios y sugerencias prácticas para ayudar a los miembros de la Iglesia a mejorar como maestros del Evangelio. La parte D, "La enseñanza en el hogar" (páginas 141–167), es particularmente útil para los padres.
- *La enseñanza, Guía* (34595 002). Esta guía da sugerencias para mejorar la enseñanza y el aprendizaje del Evangelio.
- *La fortaleza de la juventud* (34285 002). Este folleto detalla las normas de la Iglesia en cuanto a las salidas con jóvenes del sexo opuestos, la forma de vestir y la apariencia personal, el amistar, la honradez, el lenguaje, los medios de comunicación, la salud mental y física, la música y el baile, la pureza sexual, la conducta en el día de reposo, el arrepentimiento, la dignidad y el servicio.
- *Una guía para los padres* (31125 002). Este manual contiene sugerencias para ayudar a los padres a enseñar a los hijos sobre la intimidad física.
- *Piedras angulares de un hogar feliz* (33108 002). Este folleto contiene un discurso que dio el presidente Gordon B. Hinckley, mientras servía como Segundo Consejero de la Primera Presidencia.
- *Una guía para la economía familiar* (*Liahona*, abril de 2000, páginas 42–47). Este artículo por el élder Marvin J. Ashton, que fue miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, da sugerencias prácticas para la administración de las finanzas familiares.

Reseña del curso Matrimonio y relaciones familiares

Parte A: El fortalecimiento del matrimonio

Lección 1: "La familia es la parte central del plan del Creador"

Los profetas de los últimos días proclaman la importancia eterna del matrimonio y de la familia.
El matrimonio eterno puede traer gozo y grandes bendiciones en esta vida y por toda la eternidad.
El curso Matrimonio y relaciones familiares está preparado para ayudarnos a encontrar gozo en nuestras relaciones familiares.
Nuestros hogares pueden ser "un pedacito de cielo" a medida que edifiquemos "sobre la roca de nuestro Redentor".

Lección 2: Cómo desarrollar la unidad en el matrimonio

El Señor ha mandado ser uno al marido y a la mujer.
El marido y la mujer deben valorarse mutuamente como iguales.
El marido y la mujer deben dar lugar a que sus características y habilidades individuales se complementen mutuamente.
El marido y la mujer deben ser leales el uno al otro.

Lección 3: Cómo cultivar el amor y la amistad en el matrimonio

El marido y la mujer tienen que cultivar su amor mutuo.
Las expresiones de afecto y de amabilidad mantienen vivos el amor y la amistad en el matrimonio.
La intimidad apropiada en el matrimonio es una expresión de amor.
Los matrimonios deben esforzarse por tener caridad, el amor puro de Cristo.

Lección 4: Cómo enfrentar los desafíos en el matrimonio

Todos los matrimonios enfrentarán desafíos.
El marido y la mujer pueden solucionar cualquier desafío si consideran el matrimonio como una relación de convenio.
Cuando se presentan los desafíos, podemos decidir enfrentarlos con paciencia y amor en vez de con frustración e ira.

Lección 5: Cómo enfrentar los desafíos por medio de la comunicación positiva

Todo matrimonio tendrá algunas diferencias de opinión.
El marido y la mujer deben fijarse en las cualidades admirables del uno y del otro.
La comunicación positiva ayuda a prevenir y a resolver dificultades.

Lección 6: El fortalecimiento del matrimonio por medio de la fe y la oración

El marido y la mujer deben esforzarse *juntos* por aumentar su fe en Jesucristo.
El marido y la mujer reciben bendiciones cuando oran juntos.

Lección 7: El poder sanador del perdón

Un espíritu de perdón entre marido y mujer ayuda a crear sentimientos de paz,confianza y seguridad entre ellos.
El marido y la mujer deben pedirse perdón el uno al otro por sus imperfecciones y hacer esfuerzos sinceros por mejorarse.
El marido y la mujer deben perdonarse el uno al otro.

Lección 8: La administración de las finanzas de la familia

La apropiada administración financiera es esencial para la felicidad del matrimonio.
El marido y la mujer deben trabajar juntos para ceñirse a los principios básicos de la administración del dinero.

Lección 9: "Herencia de Jehová son los hijos"

Nuestro Padre Celestial confía Sus hijos espirituales a padres terrenales.
Los padres deben procurar satisfacer las necesidades individuales de cada uno de sus hijos.
Los hijos tienen el derecho de disfrutar de una relación amorosa con sus padres.
El abuso infantil es una ofensa ante Dios.
Los hijos traen un gran gozo a la vida de los padres.

Lección 10: La función sagrada del padre y de la madre (Parte 1: La función del padre)

El padre y la madre deben trabajar unidos para proveer a cada uno de sus hijos con un escudo de fe.
El padre debe presidir con amor y rectitud.
El padre debe satisfacer las necesidades básicas de la vida y le debe brindar protección.

Lección 11: La función sagrada del padre y de la madre (Parte 2: La función de la madre)

La madre participa en la obra de Dios.
La responsabilidad primordial de la madre es la de criar a sus hijos.
El padre y la madre, como iguales, deben ayudarse el uno al otro.

Lección 12: La enseñanza de los hijos por medio del ejemplo y de la instrucción

Los padres son responsables de enseñar a sus hijos.
Los padres pueden recibir inspiración para enseñan sus hijos.
Los padres enseñan por medio del ejemplo y de la instrucción.

Lección 13: La enseñanza de los principios del Evangelio a los hijos (Parte 1)

Las enseñanzas de los padres pueden ayudar a que sus hijos se mantengan firmes en la fe.
Los padres deben enseñar a sus hijos los primeros principios y ordenanzas del Evangelio.
Los padres deben enseñar "a sus hijos a orar y a andar rectamente delante del Señor".

Lección 14: La enseñanza de los principios del Evangelio a los hijos (Parte 2)

Los padres demuestran amor por sus hijos cuando les enseñan.
Los padres deben enseñar a sus hijos a tener compasión y a dar servicio.
Los padres deben enseñar a sus hijos a ser honrados y a tener respeto por la propiedad ajena.
Los padres deben enseñar a sus hijos en cuanto a las recompensas del trabajo honrado.
Los padres deben enseñar a sus hijos a mantener su pureza moral.

Lección 15: Cómo guiar a los hijos a medida que ellos toman decisiones

Los hijos necesitan guía a medida que toman decisiones.
Los padres pueden ayudar a sus hijos a ejercer su albedrío en forma justa.
Los padres deben dejar que sus hijos aprendan de las consecuencias que resulten de las decisiones poco prudentes.
Los padres deben demostrar amor inquebrantable por los hijos que se descarríen.

Lección 16: Oración familiar, estudio de las Escrituras en familia y noche de hogar para la familia

En toda familia Santo de los Últimos Días, se debe dar la más alta prioridad a la oración familiar, al estudio de las Escrituras en familia y a la noche de hogar.
Las familias reciben grandes bendiciones cuando oran juntas.
El estudio de las Escrituras en familia ayuda a ésta a acercarse más a Dios.
La noche de hogar las ayuda a fortificarse en contra de las influencias mundanas.

Parte A
El fortalecimiento del matrimonio

"La familia es la parte central del plan del Creador"

1

Ideas para poner en práctica

De acuerdo a sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- Repase "La familia: Una proclamación para el mundo" (página IV). Determine la forma en que puede seguir mejor este consejo profético.
- Consiga un póster de "La familia: Una proclamación para el mundo" (35602 002 ó 35538 002) en un centro de distribución de la Iglesia. Póngalo a la vista en un lugar prominente en su hogar.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

Por esta vida y por la eternidad

Élder Boyd K. Packer
del Quórum de los Doce Apóstoles

El gran plan de felicidad

Queridos hermanos y hermanas: Las Escrituras y las enseñanzas de los profetas dicen que nosotros fuimos, en la vida preterrenal, hijos e hijas espirituales de Dios[1]. Las diferencias sexuales existían antes de que naciéramos[2].

En el gran concilio de los cielos[3], se presentó el plan de Dios[4]: el plan de salvación[5], el plan de redención[6] y el gran plan de felicidad[7]. Dicho plan requiere que seamos probados, que elijamos entre lo bueno y lo malo[8]; nos provee un Redentor, la Expiación y la resurrección y, si obedecemos, el regreso a la presencia de Dios.

El adversario se rebeló y adoptó su propio plan[9]. Los que lo siguieron perdieron el derecho de tener un cuerpo mortal[10]. Nuestra presencia en la tierra demuestra que aceptamos el plan de nuestro Padre[11].

El único objetivo de Lucifer es oponerse al gran plan de felicidad y corromper las más puras, las más hermosas y las más agradables experiencias de esta vida, que son el romance, el amor, el matrimonio y la paternidad[12]. Los fantasmas del dolor y la culpabilidad[13] le siguen de cerca. Sólo el arrepentimiento cura lo que él hiere.

El plan de Dios requiere el matrimonio y la familia

El plan de felicidad requiere la unión digna del varón y de la hembra, del hombre y de la mujer, del marido y de su esposa[14]. La doctrina nos enseña qué hacer ante los fuertes impulsos naturales que tan a menudo dominan nuestras acciones.

Un cuerpo creado a imagen de Dios fue creado para Adán[15], y se le llevó al Jardín de Edén[16]. Al principio, Adán estaba solo. Tenía el sacerdocio[17], pero solo, no podía cumplir con los requisitos de su creación[18].

Otro hombre no podría ayudarlo; ni solo ni con otro hombre podría Adán progresar. Tampoco hubiera podido hacerlo Eva con otra mujer. Así era entonces y sigue siendo verdad hoy día.

Eva, una ayuda idónea para él, fue creada; el matrimonio fue instituido[19] al mandársele a Adán que se allegara a su esposa (no a cualquier mujer) y a nadie más[20].

Sobre Eva recayó la responsabilidad de tomar la decisión[21]. Y debemos honrarla por la decisión que tomó. Después "Adán cayó para que los hombres existiesen"[22].

El élder Orson F. Whitney opinaba que la Caída había ocurrido "en dos direcciones: hacia abajo pero también hacia adelante. Trajo al hombre al mundo y lo encaminó hacia el progreso eterno"[23].

Dios bendijo a Adán y a Eva y el Señor les dijo: "Fructificad y multiplicaos"[24], y así se estableció la familia.

Dios valora igualmente al hombre y a la mujer

No existe nada en las revelaciones que implique que ante Dios sea preferible ser hombre y no mujer, ni que Él valore más a Sus hijos que a Sus hijas.

Todas las virtudes mencionadas en las Escrituras como el amor, el gozo, la paz, la fe, la divinidad, la caridad, las comparten ambos sexos[25], y la ordenanza del sacerdocio más importante en esta vida se imparte sólo al hombre y a la mujer juntos[26].

Después de la Caída, la ley de la naturaleza ejercía autoridad suprema en cuanto a los nacimientos. Como dijo el presidente J. Reuben Clark, hijo: Existen "jugarretas de la naturaleza"[27], que causan anormalidades, deficiencias y deformaciones. A pesar de que el razonamiento humano considere injustas estas cosas, ellas parecen contribuir al cumplimiento de los objetivos de Dios de probar a la humanidad.

La doctrina del Evangelio de Jesucristo apoya y aprueba que se siga todo instinto apropiado, que se cumpla todo impulso justo, que se consuma toda relación humana que glorifique, pues los mandamientos revelados a Su Iglesia protegen estas cosas.

Las funciones del hombre y la mujer

Si Adán y Eva no fueran diferentes el uno del otro, no hubieran podido multiplicarse y henchir la tierra[28]. La clave del plan de felicidad se basa en esas diferencias que se complementan.

Algunas tareas se adaptan mejor a la capacidad del hombre; otras, a la naturaleza femenina. Tanto las Escrituras como las leyes naturales dictan que el hombre sea el protector y el proveedor[29].

Las responsabilidades del sacerdocio en cuanto a la administración de la Iglesia se realizan lógicamente fuera del hogar y, por decreto divino, se han confiado al hombre. Ha sido así desde el principio, porque el Señor reveló: "El orden de este sacerdocio se confirmó para descender de padre a hijo… en los días de Adán"[30].

El hombre que tenga el sacerdocio no le lleva ninguna ventaja a la mujer para merecer la exaltación. La mujer, por naturaleza, es también creadora con Dios y la principal encargada de la crianza de los hijos. Las virtudes y los atributos de los que dependen la perfección y la exaltación son naturales en la mujer y se refinan con el matrimonio y la maternidad.

El sacerdocio sólo se da a los hombres dignos para cumplir con el plan de felicidad de nuestro Padre. Es simplemente mejor cuando las leyes de la naturaleza y la palabra revelada de Dios trabajan armoniosamente.

El sacerdocio lleva consigo una gran responsabilidad. "Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero; por bondad y por conocimiento puro"[31].

Si un hombre "[ejerce] mando, dominio o compulsión… en cualquier grado de injusticia"[32], viola "el juramento y el convenio que corresponden a este sacerdocio"[33]. Entonces "los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido"[34] y a menos que se arrepienta, pierde sus bendiciones.

Los papeles diferentes del hombre y la mujer se declaran en revelaciones celestiales, pero se aprecian mejor en las experiencias prácticas y rutinarias de la vida diaria.

No hace mucho escuché a un hermano quejarse en la reunión sacramental de que no entendía por qué sus nietos siempre decían que iban a la casa de la *abuela* y nunca a la casa del abuelo. Yo le aclaré el misterio: ¡Los abuelos no hacen pasteles!

Las leyes naturales y espirituales son eternas

Las leyes naturales y espirituales que gobiernan esta vida fueron decretadas antes de la fundación de este mundo[35]. Son eternas, al igual que las consecuencias de obedecerlas o desobedecerlas. No están basadas en normas políticas ni sociales y no pueden cambiarse. Ni la presión, ni las protestas, ni la legislación pueden alterarlas.

Hace algunos años yo supervisaba los seminarios para los indígenas de los Estados Unidos. Cuando fui a una escuela de Albuquerque, estado de Nuevo México, el director me contó un incidente ocurrido en una clase de niños de seis años.

Durante la lección, un gatito entró en el salón y distrajo a los alumnos. La maestra lo llevó al frente para que todos pudieran verlo. Una niña preguntó:

—¿Es gatito o gatita?

—No importa lo que es —dijo la maestra, porque la pregunta la tomó de sorpresa.

Pero los niños insistían y un niñito dijo:

—Yo sé cómo podemos decidir si es gatito o gatita.

La maestra se dio por vencida y contestó:

—Bueno, dinos entonces cómo podemos saberlo.

Y el niño respondió:

—¡Podemos votar!

Algunas cosas no se pueden cambiar. La doctrina no se puede cambiar.

El presidente Wilford Woodruff dijo: "Los principios que han sido revelados para la salvación y la exaltación de los hijos de los hombres son principios que no podemos revocar. Son principios que ningún grupo de hombres [ni mujeres] puede destruir. Son principios que no mueren… Están más allá del alcance de los hombres

y nadie los puede tocar ni destruir. Ni siquiera si todo el mundo se juntara para anular esos principios, no podrían hacerlo… Ni una jota ni una tilde de estos principios se suprimirán"[36].

Durante la Segunda Guerra Mundial muchos hombres fueron al combate. Por esas circunstancias, las esposas y las madres de esos soldados tuvieron que salir a trabajar. La peor consecuencia de la guerra fue la desintegración de la familia, fenómeno que se ha prolongado hasta ahora.

Multiplicad y henchid la tierra

En la conferencia general de octubre de 1942, la Primera Presidencia mandó un mensaje a todos los santos de todas las tierras y climas, que decía: "Por medio de la autoridad que poseemos como Primera Presidencia de la Iglesia, advertimos a nuestra gente".

Y dijeron: "Uno de los primeros mandamientos que el Señor dio a Adán y a Eva fue éste: 'multiplicad y henchid la tierra'. Él ha reiterado este mandamiento en la actualidad. Ha revelado otra vez en esta última dispensación el principio del convenio eterno del matrimonio…

"El Señor nos ha dicho que es el deber de todo marido y mujer obedecer el mandamiento dado a Adán de multiplicarse y henchir la tierra, para que las legiones de espíritus escogidos que esperan tabernáculos de carne puedan venir a la tierra y progresar por medio del gran plan de Dios y llegar a ser almas perfectas, porque sin estos tabernáculos de carne no pueden progresar y llegar al lugar que Dios les ha destinado. Por lo tanto, todos los maridos y las mujeres en Israel deben llegar a ser padres de niños que nazcan bajo el sagrado convenio eterno.

"Al traer al mundo a estos espíritus escogidos, tanto padres como madres contraen una obligación sagrada hacia esos espíritus y hacia el Señor mismo. Porque el destino de esos espíritus en las eternidades, las bendiciones o castigos que les esperarán en el más allá dependerán, en gran parte, del cuidado, las enseñanzas y la disciplina que los padres les den a esos espíritus.

"Ningún padre puede escapar esa obligación y responsabilidad, a cuya estricta adherencia el Señor nos hará responsables. No hay otro deber más excelso que éste".

La maternidad es un llamamiento sagrado

Con respecto a la maternidad, la Primera Presidencia dijo: "La maternidad, por lo tanto, se convierte en un llamamiento sublime, una dedicación sagrada para llevar a cabo los planes del Señor, una consagración a la crianza y educación del cuerpo, la mente y el espíritu de los que guardaron su primer estado y vinieron a la tierra a vivir el segundo estado, 'para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare' (Abraham 3:25). La tarea de las madres es ayudarles a guardar su segundo estado y 'a quienes guarden su segundo estado, les será aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás' (Op. cit.) [Abraham 3:26].

"Este divino cuidado maternal sólo pueden dispensarlo las madres. No puede delegarse a otros. Las niñeras no pueden hacerlo; las guarderías públicas tampoco; las empleadas domésticas tampoco; sólo las madres, con la ayuda de las amorosas manos de los padres y de los hermanos pueden dar de lleno este cuidado constante".

La Primera Presidencia aconsejó que: "La madre que delega a otros el cuidado de sus hijos para hacer trabajos no maternales así sea por dinero, fama o por servir a la comunidad, debe recordar que el hijo que se abandona 'avergonzará a su madre' (Proverbios 29:15). En esta época, el Señor ha dicho que a menos que los padres enseñen a los hijos las doctrinas de la Iglesia 'el pecado será sobre la cabeza de los padres' (D. y C. 68:25).

"La maternidad se acerca a lo divino. Es el servicio más sublime y más sagrado que podemos llevar a cabo. Coloca a la mujer que honra su sagrado llamamiento y servicio a la altura de los ángeles"[37].

Este mensaje y advertencia de la Primera Presidencia se necesita más ahora que cuando se dio en aquel entonces. Y la voz de ninguna de las organizaciones de la Iglesia, no importa a qué nivel se encuentre, se iguala a la de la Primera Presidencia[38].

A cualquier persona que, por circunstancias ajenas, no tenga la bendición de casarse ni de ser padre o madre, o que deba criar sola a sus hijos, teniendo que trabajar para mantenerlos, no se le negará ninguna bendición en las eternidades, si cumple con los mandamientos[39]. Como prometió el presidente Lorenzo Snow: "Eso es definitivamente seguro"[40].

Parábola del tesoro y las llaves

Termino con una parábola.

Una vez, un hombre recibió dos llaves como herencia. Le fue dicho que la primera llave abría una bóveda que él debía proteger a toda costa. La segunda llave era de una caja fuerte que estaba dentro de la bóveda y que contenía un tesoro invalorable. Se le dijo que abriera la caja fuerte y usara las cosas preciosas que allí se guardaban. Se le advirtió que muchos tratarían de robarle su herencia. Se le prometió que si usaba el tesoro para bien, éste no se gastaría, nunca desaparecería y lo tendría eternamente. Sería probado, y si lo usaba para beneficiar a otros, su gozo y bendiciones aumentarían.

El hombre entró solo en la bóveda. La primera llave abrió la puerta y con la otra trató de abrir donde estaba el tesoro, pero no pudo, porque había dos cerraduras en la caja fuerte. Aquella llave sola no la abría. Hizo todo lo posible, pero no pudo abrirla. Estaba confundido porque le habían dado las llaves; sabía que el tesoro le pertenecía; había obedecido las instrucciones, pero no podía abrir la caja.

Por fin llegó una mujer a la bóveda y ella tenía otra llave. Era muy distinta de la llave que él tenía. La llave de ella abría la otra cerradura. Le hizo sentir humilde el saber que no podía recibir la herencia sin la ayuda de ella.

Hicieron un pacto de que juntos abrirían el tesoro y, como se les había indicado, él protegería la bóveda y ella cuidaría el tesoro. A ella no le molestaba que él, por ser el guardián de la bóveda, tuviera dos llaves, porque el objetivo de él era asegurarse de que ella estuviera bien, mientras ella cuidaba lo que era tan valioso para ambos. Juntos abrieron la caja y usaron la herencia y se alegraron porque tal como se les había prometido, nunca disminuía.

Con gran gozo se dieron cuenta de que podían compartir el tesoro con sus hijos; y cada uno podía recibir la misma cantidad que la generación anterior.

Tal vez algunos de sus descendientes no encontraran un compañero que tuviera la llave complementaria, o uno que fuera digno y dispuesto a cumplir con los convenios que regían el tesoro. Sin embargo, si guardaban los mandamientos, no perderían la más mínima bendición.

Puesto que algunos los tentaban para que desperdiciaran el tesoro, se aseguraron de enseñarles a sus hijos en cuanto a llaves y convenios.

Un tiempo después, entre sus descendientes, hubo algunos que se dejaron engañar o que sentían envidia o que eran egoístas y se quejaban porque a uno le habían dado dos llaves y a ellos sólo una. "¿Por qué no puede ser sólo mío el tesoro para usarlo como guste?", decían los egoístas.

Algunos trataron de rehacer la llave que les habían dado para que se pareciera a la otra. Tal vez, pensaron, pueda abrir las dos cerraduras. Y por ese motivo no pudieron abrir la caja fuerte. Sus llaves remodeladas eran inservibles, y éstos perdieron la herencia.

Los que recibieron el tesoro con gratitud y obedecieron las leyes pertinentes sintieron gozo sin límites por esta vida y por la eternidad.

Testifico en cuanto al plan de felicidad de nuestro Padre, y testifico en el nombre de Aquel que llevó a cabo la Expiación, que así sea.

De un discurso pronunciado por el élder Packer en la conferencia general de la Iglesia de octubre de 1993 (véase *Liahona*, enero de 1994, páginas 23–26).

NOTAS

1. Véase Doctrina y Convenios 76:24; véase también Números 16:22; Hebreos 12:9.
2. Véase Doctrina y Convenios 132:63; Primera Presidencia, "The Origin of Man" (nov. de 1909), en James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints,* 6 tomos (1965–1975), tomo IV, pág. 203; véase también Spencer W. Kimball, "The Blessings and Responsibilities of Womanhood", *Ensign,* marzo de 1976, pág. 71; Gordon B. Hinckley, "Vivid conforme a vuestra herencia", *Liahona*, enero de 1984, páginas 139–144.
3. Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith,* páginas 433, 442, 453.
4. Véase Abraham 3:24–27.
5. Véase Jarom 1:2; Alma 24:14; 42:5; Moisés 6:62.
6. Véase Jacob 6:8; Alma 12:25–36; 17:16; 18:39; 22:13–14; 39:18; 42:11, 13.
7. Alma 42:8.
8. Véase Alma 42:2–5.
9. Véase 2 Nefi 9:28; Alma 12:4–5; Helamán 2:8; 3 Nefi 1:16; Doctrina y Convenios 10:12, 23; Moisés 4:3.
10. Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith,* páginas 217, 362.
11. Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith,* página 217.
12. Véase 2 Nefi 2:18; 28:20.
13. Véase Alma 39:5; Moroni 9:9.
14. Véase Doctrina y Convenios 130:2; 131:2; 1 Corintios 11:11; Efesios 5:31.
15. Véase Moisés 6:8–9.
16. Véase Moisés 3:8.
17. Véase Moisés 6:67.
18. Véase Moisés 3:18.
19. Véase Moisés 3:23–24.
20. Doctrina y Convenios 42:22.
21. Véase Moisés 4:7–12.
22. 2 Nefi 2:25.
23. *Cowley and Whitney on Doctrine*, compilación de Forace Green, 1963, página 287.
24. Moisés 2:28; véase también Génesis 1:28; 9:1.
25. Véase Gálatas 5:22–23; Doctrina y Convenios 4:5–6; Alma 7:23–24.
26. Véase Doctrina y Convenios 131:2.
27. Véase "Our Wives and Our Mothers in the Eternal Plan" (discurso pronunciado en la conferencia general de la Sociedad de Socorro, 3 de oct. de 1946), en *J. Reuben Clark: Selected Papers on Religion, Education, and Youth,* editado por David H. Yarn Jr., 1984, página 62.

28. Véase Génesis 1:28.
29. Véase Doctrina y Convenios 75:28; 1 Timoteo 5:8.
30. Doctrina y Convenios 107:40–41; véase también Doctrina y Convenios 84:14–16.
31. Doctrina y Convenios 121:41–42; cursiva agregada.
32. Doctrina y Convenios 121:37.
33. Doctrina y Convenios 84:39.
34. Doctrina y Convenios 121:37.
35. Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith,* páginas 376–377, 455–456.
36. *The Discourses of Wilford Woodruff,* selecciones de G. Homer Durham, 1946, páginas 25–26; cursiva agregada.
37. En "Conference Report", oct. de 1942, páginas 7, 11–12.
38. Véase Doctrina y Convenios 107:8–9, 22, 91.
39. Véase Doctrina y Convenios 137:7–9.
40. "Discourse by President Lorenzo Snow", *Millennial Star,* 31 de agosto de 1899, página 547.

Cómo desarrollar la unidad en el matrimonio

2

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- Lea los siguientes pasajes de las Escrituras concernientes a la unión: 1 Corintios 1:9–10; Filipenses 1:27; Mosíah 18:21; Doctrina y Convenios 38:27. Medite sobre cómo estos pasajes se podrían aplicar a la relación que existe entre esposo y esposa.
- Analice con su cónyuge aquello que absorbe su tiempo, incluso los compromisos sociales, profesionales, comunitarios y de la Iglesia. Dediquen el tiempo necesario para comprender las necesidades que cada uno tiene y asegúrense de que sus compromisos no interfieran con la lealtad que se tienen el uno al otro.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

Para que seamos uno

Élder Henry B. Eyring
del Quórum de los Doce Apóstoles

"Si no sois uno, no sois míos"

Jesucristo, el Salvador del mundo, dijo a aquellos que habrían de ser parte de Su Iglesia: "Sed uno; y si no sois uno, no sois míos" (D. y C. 38:27). Cuando el hombre y la mujer fueron creados, ¡la unión matrimonial no les fue dada como una esperanza, sino como un mandamiento! "Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne" (Génesis 2:24). Nuestro Padre Celestial quiere que nuestros corazones estén entretejidos en uno solo. Tal unión en el amor no es simplemente un ideal, sino una necesidad.

El requisito de que seamos uno no es sólo para esta vida; es algo que no tiene final. El primer matrimonio fue llevado a cabo por Dios en el jardín cuando Adán y Eva eran todavía inmortales. Desde el principio confirió al hombre y a la mujer el deseo de unirse para siempre como marido y mujer, y vivir en familia con perfecta e íntegra unión. Él planto en Sus hijos el deseo de vivir en paz con todos a su alrededor.

Pero a raíz de la Caída, se hizo evidente que vivir en unión no iba a ser fácil. La tragedia no tardó en manifestarse y Caín mató a Abel, su hermano. Los hijos de Adán y Eva quedaron sujetos a las tentaciones de Satanás, quien con habilidad, odio y astucia persigue su objetivo, que es todo lo opuesto al propósito de nuestro Padre Celestial y del Salvador. Ellos nos darían una unión perfecta y la felicidad eterna. Satanás, su enemigo y el nuestro, ha conocido el plan de salvación desde antes de la Creación y sabe que la familia, esa asociación sagrada y gozosa, sólo puede perdurar en la vida eterna. Satanás desea separarnos de nuestros seres queridos y causarnos dolor. Es él quien planta las semillas de la discordia en el corazón de los hombres con la esperanza de que nos dividamos y nos separemos.

Todos hemos podido sentir tanto los efectos de la unión como de la separación. A veces en nuestra propia familia y quizás en otras situaciones hayamos apreciado la vida de una persona que, con amor y sacrificio, pone los intereses de otra por encima de los suyos. Y todos hemos podido experimentar algo de la tristeza y la soledad que causan la separación y el aislamiento. No necesitamos que se nos diga lo que debemos preferir. Lo sabemos bien. Pero necesitamos tener la esperanza de poder experimentar esa unión en esta vida y hacernos merecedores de disfrutarla para siempre en el mundo venidero. Y necesitamos saber cómo habremos de recibir esa bendición a fin de que sepamos lo que tenemos que hacer.

El Salvador hace posible la unión

El Salvador del mundo se refirió a esa unión y a lo que debemos hacer para cambiar nuestras cualidades naturales para lograrla. Él lo enseñó con claridad mediante la oración que ofreció durante Su última reunión con Sus Apóstoles antes de morir. Esa magnífica oración celestial se encuentra en el libro de Juan. El Señor estaba a punto de llevar a cabo el terrible

sacrificio por todos nosotros que haría posible la vida eterna. Se acercaba el momento de dejar a los Apóstoles, a quienes había ordenado, a quienes amaba y con quienes iba a dejar las llaves para que dirigieran Su Iglesia. Entonces oró a Su Padre: el Hijo perfecto al Padre perfecto. En Sus palabras podemos ver la forma en la que las familias habían de ser una, tal como todos los hijos de nuestro Padre Celestial que sigan al Salvador y a Sus siervos:

"Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo.

"Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.

"Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos,

"para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste" (Juan 17:18–21).

Con esas pocas palabras declaró claramente cómo el Evangelio de Jesucristo puede facilitar la unión de los corazones. Los que creyesen la verdad que enseñó podrían aceptar las ordenanzas y los convenios que ofrece por medio de Sus siervos autorizados. Entonces, mediante la obediencia a esas ordenanzas y convenios, transformarían sus atributos naturales. De esa manera la expiación del Salvador hace posible nuestra santificación; así podremos vivir en unión, tal como debemos para disfrutar de la paz en esta vida y morar con el Padre y Su Hijo en la eternidad.

El ministerio de los apóstoles y profetas en aquellos días, tal como lo es en la actualidad, era para traer a los hijos de Adán y Eva a la unidad de la fe en Jesucristo. El propósito primordial de lo que enseñaron y de lo que hoy enseñamos nosotros, es unir a las familias: esposos, esposas, hijos, nietos, antepasados y, finalmente, a todos los de la familia de Adán y Eva que así lo deseen.

El Espíritu conduce a la unión con los demás

Recordarán que el Salvador oró: "Y por ellos", refiriéndose a los apóstoles, "yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad" (Juan 17:19). El Espíritu Santo es el santificador y podemos tenerlo como compañero por motivo de que el Señor restauró el Sacerdocio de Melquisedec por medio del profeta José Smith. Las llaves de ese sacerdocio existen hoy día en la tierra y mediante el mismo podemos hacer los convenios que nos permiten tener al Espíritu Santo de manera constante.

Entre aquellos que poseen ese Espíritu podemos esperar que exista la armonía. El Espíritu imparte a nuestro corazón el testimonio de la verdad, el cual unifica a quienes lo comparten. El Espíritu de Dios nunca causa contención (véase 3 Nefi 11:29). Nunca genera los sentimientos de discriminación que conducen a los conflictos (véase Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, pág. 126). Conduce en realidad a la paz personal y a un sentimiento de unión con los demás. Unifica las almas. Una familia unida, una Iglesia unida y un mundo en paz dependen de la unificación de las almas.

Guardar las promesas hechas en la oración sacramental

Aun un niño puede entender lo que debe hacer para tener al Espíritu Santo como compañero. La oración sacramental nos lo dice. La escuchamos cada semana al asistir a nuestra reunión sacramental. En ese momento sagrado renovamos los convenios que hicimos al bautizarnos y el Señor nos recuerda la promesa que recibimos al ser confirmados miembros de la Iglesia: la de recibir el Espíritu Santo. Éstas son las palabras de la oración sacramental: "…están dispuestos a tomar sobre sí el nombre de tu Hijo, y a recordarle siempre, y a guardar sus mandamientos que él les ha dado, para que siempre puedan tener su Espíritu consigo" (D. y C. 20:77).

Podemos tener Su Espíritu al cumplir con ese convenio. Primeramente, prometemos tomar sobre nosotros Su nombre. Eso significa que tenemos que considerarnos como que le pertenecemos. Lo colocamos en el primer lugar de nuestra vida. Deseamos lo que Él desea y no lo que nosotros queremos o lo que el mundo nos enseña que debemos ambicionar. Si amamos primero las cosas del mundo, no hallaremos paz en nosotros mismos. La familia o la nación que anhele un ideal basándose en los bienes materiales terminará siendo dividida (véase Harold B. Lee, *Stand Ye in Holy Places,* pág. 97). El ideal de hacer los unos por los otros lo que el Señor desea que hagamos, lo cual concuerda naturalmente con el hecho de tomar sobre nosotros Su nombre, puede llevarnos a un nivel espiritual que será como un fragmento del cielo en la tierra.

En segundo lugar, prometemos que lo recordaremos siempre. Esto hacemos cada vez que oramos en Su nombre. En particular, lo recordamos cuando pedimos perdón, lo cual debemos hacer con frecuencia. En ese momento recordamos Su sacrificio expiatorio que nos posibilita el arrepentimiento y el perdón. Cuando suplicamos, lo recordamos como nuestro Intercesor ante el Padre. Cuando recibimos sentimientos de perdón y de paz, recordamos Su paciencia y Su amor imperecedero, y eso llena de amor nuestro corazón.

También cumplimos con la promesa de recordarle cuando oramos juntos como familias y cuando leemos las Escrituras. En la oración familiar para el desayuno, un hijo podría orar para que todo le vaya bien a alguno de sus hermanos ese día en cuanto a un examen u otra tarea. Cuando le llegue tal bendición, ese niño

que haya recibido la bendición recordará el amor manifestado esa mañana y la bondad del Intercesor en cuyo nombre se ofreció la oración. Y el amor unificará los corazones.

Guardamos el convenio de recordarle cada vez que reunimos a nuestra familia para leer las Escrituras. Éstas testifican acerca del Señor Jesucristo, porque ése ha sido y será siempre el mensaje de los profetas. Aunque los niños no recuerden las palabras exactas, siempre recordarán a su verdadero Autor, que es Jesucristo.

Obedecer todos los mandamientos

En tercer lugar, al tomar la Santa Cena, prometemos guardar Sus mandamientos, cada uno de ellos. El presidente J. Reuben Clark Jr., al abogar —como lo hizo muchas veces— por la unión en su discurso en una conferencia general, nos amonestó en contra del seleccionar lo que hemos de obedecer. Y lo expresó de esta manera: "El Señor no nos ha dado nada inservible o innecesario. Ha colmado las Escrituras con todo lo que tenemos que hacer para alcanzar la salvación".

El presidente Clark continuó diciendo: "Cuando participamos de la Santa Cena, hacemos el convenio de obedecer y guardar Sus mandamientos. No hay excepción alguna. No hay distinciones ni diferencias" (en "Conference Report", abril de 1955, páginas 10–11). El presidente Clark nos enseñó que así como nos arrepentimos de todo pecado, no sólo de uno, también nos comprometemos a guardar todos los mandamientos. Aunque parece ser difícil, no es algo complicado. Simplemente nos sometemos a la autoridad del Salvador y prometemos ser obedientes a todo cuanto Él nos mande hacer (véase Mosíah 3:19). Es nuestra sumisión a la autoridad de Jesucristo lo que nos permitirá estar unidos como familias, como Iglesia y como hijos de nuestro Padre Celestial.

El Señor transmite esa autoridad a todo siervo humilde por medio de Su profeta. Esa fe convierte nuestro llamamiento como maestro orientador o maestra visitante en un mandato del Señor. Vamos en Su lugar y por orden Suya. Un hombre común y un adolescente como su compañero menor visitan los hogares esperando que los poderes del cielo les ayuden a asegurarse de que haya unión en las familias y de que no haya aspereza, ni mentiras, ni difamaciones, ni calumnias. Esa fe de que es el Señor quien llama a Sus siervos nos ayudará a pasar por alto sus limitaciones cuando nos reprendan, como lo harán. Percibiremos sus buenas intenciones con mayor claridad que sus limitaciones. Estaremos menos dispuestos a ofendernos y más inclinados a sentir gratitud hacia el Maestro que los ha llamado.

La caridad es esencial para la unión

Hay algunos mandamientos que, cuando se quebrantan, destruyen la unión. Algunos tienen que ver con lo que decimos y otros con la forma en que reaccionamos a lo que otras personas dicen. Nunca debemos hablar mal de nadie. Debemos apreciar lo bueno que hay en cada uno y hablar bien, unos de otros, cada vez que podamos (véase David O. McKay, en "Conference Report", octubre de 1967, páginas 4–11).

Al mismo tiempo, debemos permanecer firmes ante todo aquel que hable despectivamente acerca de las cosas sagradas, porque el verdadero efecto de tal actitud es una ofensa contra el Espíritu y, por tanto, crea contención y confusión. El presidente Spencer W. Kimball nos mostró la manera de proceder sin discutir cuando, al encontrarse confinado en un hospital, le pidió a un enfermero que en un momento de frustración había tomado el nombre del Señor en vano: " '¡Por favor! ¡Por favor! El nombre que usted envilece es el de mi Señor'. Hubo un momento de silencio sepulcral y luego una voz apaciguada susurró: 'Lo siento mucho' " (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, edit. por Edward L. Kimball, 1982, pág. 198). Un reproche inspirado y amoroso puede ser una invitación a la unión. El no hacerlo cuando nos lo indique el Espíritu Santo podría conducir a la discordia.

Para lograr la unión, hay mandamientos que debemos guardar en cuanto a lo que sentimos. Debemos perdonar y no tener malicia alguna contra los que nos ofendan. El Salvador nos dio el ejemplo desde la cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34). No sabemos lo que llevan en el corazón los que nos ofenden ni sabemos de dónde surge nuestro propio enojo u ofensa. El apóstol Pablo nos aconseja cómo amar en un mundo de gente imperfecta, incluso nosotros mismos, cuando dice: "El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor" (1 Corintios 13:4–5). Y en seguida ofreció una solemne advertencia en cuanto a que no debemos reaccionar ante las faltas de los demás y olvidar las nuestras al decir: "Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido" (1 Corintios 13:12).

Mantenerse limpio y cuidarse del orgullo

La oración sacramental nos recuerda cada semana que el don de la unión se obtiene por medio de la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio de Jesucristo. Si cumplimos los convenios de tomar sobre nosotros Su nombre, recordarle siempre y guardar

todos Sus mandamientos, obtendremos la compañía de Su Espíritu. Eso enternecerá nuestro corazón y nos unirá. Pero existen dos advertencias que acompañan esa promesa.

Primero, el Espíritu Santo permanece con nosotros solamente si nos conservamos limpios y libres del amor a las cosas del mundo. Cuando escogemos hacer alguna cosa impura, rechazamos al Espíritu Santo. El Espíritu mora solamente en aquellos que prefieren al Señor en vez del mundo. "Sé limpio" (3 Nefi 20:41; D. y C. 38:42) y ama a Dios "con todo tu corazón, alma, mente y fuerza" (véase D. y C. 59:5) no son simples sugerencias, sino mandamientos. Y son necesarios para obtener la compañía del Espíritu, sin el cual no podemos ser uno.

La otra advertencia es cuidarnos del orgullo. La unión que recibe una familia o un pueblo bajo la influencia del Espíritu traerá consigo un enorme poder. Dicho poder provocará el reconocimiento del mundo. Ya sea que tal reconocimiento produzca alabanza o envidia, ello podría conducirnos al orgullo. Eso ofendería al Espíritu. Existe una protección contra esa fuente segura de la desunión que es el orgullo: es ver las generosidades que Dios derrama sobre nosotros, no sólo como una indicación de Su gracia, sino también como una oportunidad para unirnos con los demás mediante un mejor servicio. El hombre y la mujer aprenden a ser uno al valerse de sus similitudes para comprenderse mutuamente y de sus diferencias para complementarse el uno al otro al servirse recíprocamente y a los que los rodean. De la misma manera, podemos unirnos con aquellos que no aceptan nuestra doctrina pero que comparten nuestro deseo de bendecir a los hijos de nuestro Padre Celestial.

Podemos ser pacificadores, dignos de ser llamados bienaventurados e hijos de Dios (véase Mateo 5:9).

Dios, nuestro Padre, vive. Su amado Hijo Jesucristo está a la cabeza de esta Iglesia y Él ofrece a todos los que lo acepten el estandarte de paz.

De un discurso pronunciado por el élder Eyring en la conferencia general de la Iglesia de abril de 1998 (véase *Liahona*, julio de 1998, páginas 72–74).

Cómo cultivar el amor y la amistad en el matrimonio

3

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- Estudie Moroni 7:45–48. Anote las características de la caridad que se mencionan en este pasaje. Propóngase mejorar en cuanto a esas características en su propia vida. Considere formas en que esas cualidades pueden ayudar a los esposos y las esposas a cultivar el amor y la amistad que hay entre ellos.
- Con su cónyuge, formulen un plan para dedicarse tiempo el uno al otro, a solas, cada semana. Tal vez sea necesario programar esas ocasiones escribiendo recordatorios en un calendario o en un cuaderno.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

Unidad en el matrimonio

Presidente Spencer W. Kimball
Duodécimo Presidente de la Iglesia

Ciertamente, un matrimonio honorable, feliz y próspero es la meta principal de toda persona normal. El matrimonio es quizás la más vital de todas las decisiones, la que causa efectos de más alcance, ya que tiene que ver no solamente con la felicidad inmediata, sino también con el gozo eterno. Afecta no solamente a los cónyuges sino también a su familia, y particularmente a sus hijos y a los hijos de éstos a través de las muchas generaciones.

Cuando se elige a un compañero para esta vida y para la eternidad, se debe efectuar la más cuidadosa preparación, meditación, oración y ayuno para asegurarse de que, de todas las decisiones que se tomen, ésta sea la más acertada. En un verdadero matrimonio debe existir una unión de mentes así como de corazones. Las decisiones no se deben tomar basándose totalmente en las emociones, sino que la mente y el corazón, fortalecidos por el ayuno, la oración y el haberlo considerado detenidamente, le dará a uno la máxima posibilidad de obtener felicidad en el matrimonio. Éste trae consigo la necesidad de sacrificarse y de compartir, y exige gran desinterés.

Muchas novelas y programas de televisión terminan en matrimonio: "Y vivieron felices para siempre…" Hemos llegado a la conclusión de que no se logra la felicidad y un buen matrimonio con el solo hecho de efectuar una ceremonia. La felicidad no se adquiere apretando un botón, como sucede con la luz eléctrica; la felicidad es un estado de la mente y proviene de adentro; se debe ganar; no se puede comprar con dinero; no se consigue sin dar nada a cambio.

Algunos consideran la felicidad como una vida fascinante de ocio, lujos y emociones constantes; pero un verdadero matrimonio se basa en una felicidad que es más que eso, una que se logra al dar, servir, compartir, sacrificar, y en la que se destaca el desinterés.

Dos personas que provienen de diferentes hogares, después de la ceremonia se dan cuenta de que deben hacer frente a la realidad. Ya no existe la vida de fantasía ni de la imaginación; debemos salir de entre las nubes y poner los pies firmes sobre la tierra. Se debe asumir la responsabilidad y se deben aceptar los nuevos deberes; se tendrán que abandonar algunas libertades personales y efectuar muchos ajustes desinteresados.

Luego de la ceremonia, uno empieza a descubrir muy pronto que el cónyuge tiene debilidades que antes no le había notado. Las virtudes que constantemente eran magnificadas durante el cortejo parecen hacerse más pequeñas, mientras que las debilidades que antes parecían tan pequeñas e insignificantes, alcanzan proporciones considerables. Es entonces el momento de tratar de comprenderse, de hacer una autoevaluación y de desarrollar el sentido común, el razonamiento y el planeamiento. Los hábitos de años ahora muestran la cara; puede que el cónyuge sea tacaño o despilfarrador, perezoso o trabajador, devoto o irreligioso; puede que sea bondadoso y tenga una actitud de cooperación, o

que tenga mal genio y se enoje fácilmente, que sea exigente o dadivoso, egoísta o modesto. El problema de los parientes políticos se ve más claramente, y la relación que el cónyuge tiene con ellos se amplifica nuevamente.

Con frecuencia hay una falta de disposición de sentar cabeza y de asumir las fuertes responsabilidades que aparecen de inmediato. El ahorro se resiste a reemplazar el estilo de vida de lujos, y los jóvenes con frecuencia parecen estar demasiado dispuestos a no tener menos que el vecino. Frecuentemente, falta la voluntad para hacer los ajustes económicos necesarios; las esposas jóvenes con frecuencia están exigiendo que todos los lujos de los que gozaban anteriormente en los hogares de sus prósperos padres se continúen en su propio hogar. Algunas de ellas están muy dispuestas a ayudar a obtener ese tipo de vida de lujos al continuar trabajando después del matrimonio. Como consecuencia salen del hogar, en donde yace su deber, en busca de logros profesionales o de negocios, estableciendo así una economía que se estabiliza de tal manera que llega a ser muy difícil volver a la vida familiar normal. Cuando ambos cónyuges trabajan, muchas veces entra en la familia la competencia en vez de la cooperación. Dos trabajadores exhaustos regresan a la casa con los nervios en tensión, más orgullo individual, más deseo de independencia, y como consecuencia surgen las dificultades. Las pequeñas fricciones se convierten en problemas monumentales.

Mientras que la vida matrimonial es difícil y es común encontrar en ella la discordia y la frustración, aún así la felicidad duradera es posible y, más de lo que la mente humana pueda imaginar, el matrimonio puede ser una fuente de dicha. Esto se encuentra al alcance de toda pareja, de toda persona. El concepto de las "almas gemelas" es una ilusión y un concepto ficticio; y aunque la mayoría de nuestros jóvenes tratan con toda diligencia y devoción de encontrar una persona con la cual la vida pueda ser más compatible y hermosa, también es cierto que casi cualquier buen hombre y mujer podría tener felicidad y éxito en el matrimonio si estuvieran dispuestos a pagar el precio.

Existe una fórmula infalible, la cual garantiza a toda pareja un matrimonio feliz y eterno; pero al igual que en todas las fórmulas, no se deben eliminar, reducir ni limitar los ingredientes principales. La selección antes del cortejo y entonces la expresión constante de afecto después del proceso matrimonial son de igual importancia; pero no más importantes que el matrimonio mismo, cuyo éxito depende de ambas personas: no de una, sino de ambas.

En el matrimonio que comienza y se basa en normas razonables como ya se ha mencionado, no hay combinaciones de poder que puedan destruirlo, excepto el poder que hay dentro de cualquiera de los dos cónyuges, o de ambos; y deben asumir la responsabilidad generalmente. Otras personas y agencias pueden influir para bien o para mal. Puede parecer que el aspecto económico, social y político, así como otras situaciones, se relacionan con él; pero el matrimonio está basado pura y exclusivamente en ambos cónyuges, quienes siempre podrán lograr éxito y felicidad en su matrimonio si se lo proponen, y son desinteresados y justos entre sí.

La fórmula es sencilla; los ingredientes son pocos, aunque hay muchas amplificaciones de cada uno.

Primero, debe existir una actitud adecuada hacia el matrimonio, que contemple la selección de un cónyuge que llegue lo más cerca posible al pináculo de la perfección en todos los aspectos que tengan importancia para las personas. Y entonces esas personas deben llegar al altar del templo con el conocimiento de que tienen que trabajar arduamente para lograr éxito en su vida juntos.

Segundo, debe abundar la generosidad, olvidándose de sí mismo y dirigiendo toda la vida familiar y todo le atañe a ella para el bienestar familiar, dejando a un lado los deseos egoístas.

Tercero, el cortejo y las expresiones de afecto, amabilidad y consideración deben continuar, a fin de que el amor se mantenga vivo y crezca.

Cuarto, se deben vivir plenamente los mandamientos del Señor, tal como se encuentran definidos en el Evangelio de Jesucristo.

Mezclando estos ingredientes en forma adecuada y manteniéndolos en función, es casi imposible que surja la desdicha, que continúen los malos entendidos o que existan desavenencias. Los abogados que se ocupan de los divorcios tendrían que ejercer su profesión en otro campo y los tribunales que se ocupan de los divorcios estarían cerrados con candado.

Dos personas que estén considerando ir al altar matrimonial deben darse cuenta de que para lograr el matrimonio feliz que esperan tener, deben saber que la ceremonia del casamiento en sí no resuelve todos los problemas, sino que significa sacrificarse, compartir y aun renunciar a ciertas libertades personales; significa una larga y ardua frugalidad; significa hijos que traen consigo cargas económicas, de servicio, de cuidado y preocupación; pero también significa la más profunda y dulce de todas las emociones.

Antes del matrimonio, toda persona tiene la libertad de hacer lo que le plazca, de organizar y planear su vida de la manera que crea conveniente, de tomar todas las decisiones siendo ella misma el punto central. Antes de tomar los votos matrimoniales, los

novios deben darse cuenta de que es necesario que cada uno acepte, literal y plenamente, que el bienestar de la nueva familia debe anteponerse siempre al propio bienestar. Cada cónyuge debe eliminar el "yo" y el "mío", y substituirlos por el "nosotros" y el "nuestro". En toda decisión se debe considerar el hecho de que habrá dos o más personas que serán afectadas por la misma. Al tener que tomar decisiones importantes, la esposa tendrá en cuenta la manera en que éstas afectarán a los padres, los hijos, el hogar y su vida espiritual. La ocupación que escoja el marido, su vida social, sus amistades, sus intereses personales, deben considerarse bajo el aspecto de que él es sólo una parte de una familia, o sea, que para todas las cosas se debe tener en cuenta al grupo familiar.

Quizás la vida del matrimonio no siempre transcurra sin cambios e incidentes, pero aun con éstos se puede gozar de gran paz. La pareja podrá tener pobreza, enfermedad, desalientos, fracasos y hasta muerte en la familia, pero todo eso no tiene por qué robarles la paz. El matrimonio puede tener éxito siempre que el egoísmo no forme parte de él. Si existe una abnegación total, los problemas y dificultades unirán a los padres con lazos irrompibles. Durante la depresión de la década de 1930, hubo una marcada disminución en el divorcio; la pobreza, los fracasos y el desánimo unían a los padres. La adversidad puede estrechar relaciones que la prosperidad tal vez destruya.

Es casi seguro que el matrimonio que esté basado en el egoísmo fracasará. Aquel que se case por dinero, o por prestigio o clase social, ciertamente se sentirá desilusionado. Aquel que se case para satisfacer su vanidad y su orgullo, o que se case para fastidiar o hacer quedar mal a alguien, se está engañando sólo a sí mismo. Pero el que se case para brindar felicidad, así como para recibirla, para prestar servicio y para recibirlo, y que se preocupa por los intereses de los dos y de la familia a medida que vaya creciendo, tendrá una buena posibilidad de que su matrimonio sea feliz.

El amor es como una flor y, al igual que el cuerpo, necesita que se le alimente constantemente. El cuerpo mortal pronto se consumiría y moriría si no se le alimentara con frecuencia. La tierna flor se marchitaría y moriría si no se le diera alimento y agua. Así también sucede con el amor; no se puede esperar que el amor perdure por siempre a menos que se le alimente continuamente con porciones de cariño, manifestaciones de aprecio y admiración, expresiones de gratitud y generosidad.

El altruismo total es otro factor que contribuirá a lograr un matrimonio feliz; si se buscan constantemente los intereses, la comodidad y la felicidad del cónyuge, el amor que se descubre durante el cortejo y se afirma en el matrimonio, crecerá sin medida. Muchas parejas permiten que su matrimonio se haga viejo y que se enfríe como un pedazo de pan duro, o como los chistes que se han contado demasiadas veces, o como una sopa de crema que se ha enfriado. Ciertamente los alimentos más vitales para el amor son la consideración, la bondad, la amabilidad, el interés, las expresiones de afecto, los abrazos que muestran aprecio, la admiración, el orgullo, el compañerismo, la confianza, la fe, el trabajo en conjunto, la igualdad y la interdependencia.

A fin de ser realmente felices en el matrimonio, debemos observar fielmente los mandamientos del Señor en forma continua; nadie, ya sea soltero o casado, ha logrado ser feliz a menos que haya sido justo. Existen las satisfacciones temporarias y las situaciones camufladas por el momento, pero la felicidad total y permanente sólo puede ser el producto de la dignidad. La persona que haya llevado una vida basada en profundas convicciones religiosas jamás podrá ser feliz mientras lleve un estilo de vida inactivo. La conciencia continuará afligiendo, a menos que se haya cauterizado, en cuyo caso el matrimonio ya está en peligro. Una conciencia punzante puede hacer que la vida sea muy insoportable. La inactividad [en la Iglesia] es destructiva para el matrimonio, especialmente cuando ambos son inactivos en diferentes grados.

Las diferencias religiosas son las diferencias más difíciles y las que menos se pueden resolver.

El matrimonio fue establecido por Dios; no es simplemente una costumbre social; sin un matrimonio adecuado y dichoso, nunca podremos ser exaltados. Si leen las palabras del Señor, verán que afirma que lo correcto y apropiado es casarse.

Puesto que eso es verdad, el Santo de los Últimos Días que es consciente e inteligente planeará su vida cuidadosamente para asegurarse de que no haya impedimentos que le obstruyan el camino. Al cometer un serio error, uno puede colocar en el camino obstáculos que tal vez nunca se puedan eliminar y que pueden obstruir nuestro camino a la vida eterna y a la divinidad, lo cual es nuestro destino final. Si dos personas aman al Señor más que a su propia vida, seguramente gozarán de esa gran felicidad trabajando juntos en una armonía total, con el programa del Evangelio como estructura básica. Cuando con regularidad el esposo y la esposa van juntos al santo templo, se arrodillan en su casa a orar junto con su familia, van de la mano a las reuniones religiosas, se mantienen totalmente castos, mental y físicamente, a fin de que todos sus pensamientos, deseos y amor estén centrados en un solo ser, que es su compañero, y trabajan en conjunto para edificar el Reino de Dios, entonces la felicidad está en su pináculo.

En ocasiones en el matrimonio nos allegamos a otras cosas, aun cuando el Señor dijo: "Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra" (D. y C. 42:22).

Eso significa igualmente que "amarás a tu esposo con todo tu corazón, y te allegarás a él y a ningún otro". Frecuentemente, las personas continúan allegándose a su madre, a su padre y sus amigos; en ocasiones las madres no ceden la influencia que han tenido sobre sus hijos, y el esposo, así como la esposa, regresan a sus padres para obtener consejo y confiarles sus problemas; en cambio, deben acercarse a su cónyuge en la mayoría de las cosas y no hablar de sus intimidades a los demás.

Las parejas hacen bien en establecer su propio hogar inmediatamente, separada de la de sus padres. Puede que el hogar sea modesto y sencillo, pero sigue siendo un domicilio independiente. Su vida matrimonial debe ser independiente de la de sus padres; ámenlos más que nunca; atesoren su consejo; aprecien su relación con ustedes; pero vivan su vida gobernados por sus propias decisiones, por sus propias consideraciones, después de recibir el consejo de los que deben brindarlo. El allegarse no significa simplemente ocupar la misma casa; significa unirse estrechamente, andar juntos:

"Por lo tanto, es lícito que… los dos serán una sola carne, y todo esto para que la tierra cumpla el objeto de su creación;

"y para que sea llena con la medida del hombre, conforme a la creación de éste antes que el mundo fuera hecho" (D. y C. 49:16–17).

Hermanos y hermanas, quisiera decirles que ésta es la palabra del Señor; es de suma importancia y no hay nadie que deba argumentar con el Señor. Él creó la tierra; Él creó la humanidad; Él conoce las condiciones; Él estableció el programa, y nosotros no somos lo suficientemente inteligentes ni listos para ser capaces de discutir con Él respecto a estas cosas importantes. Él sabe lo que es correcto y verdadero.

Les suplicamos que mediten sobre estas cosas; asegúrense de que su matrimonio marche en la manera debida, de que su vida esté en orden, de que cumplan su parte en el matrimonio en la forma apropiada.

Véase el ejemplar de junio de 1978 de la revista *Liahona*, páginas 1–5. [Nota: en la revista no se encuentra el texto completo de este artículo.]

Cómo enfrentar los desafíos en el matrimonio

4

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o más de las siguientes sugerencias:

- En la asignación de lectura que figura a continuación, el élder Lynn G. Robbins describe una "receta para un desastre". Lea la descripción que él hace en esta página y luego formule una receta para la armonía en el hogar. Determine qué "ingredientes" deben incluirse en dicha receta.
- Comprométase a enfrentar los desafíos con paciencia y amor, en lugar de hacerlo con enojo. Elija algo que usted pueda hacer que le recuerde con frecuencia este compromiso. Por ejemplo, podría colocar una moneda u otra cosa pequeña en el zapato o llevar en el bolsillo una nota que se haya hecho a sí mismo.
- Si tiene disponible el Manual de sugerencias para la noche de hogar (31106 002), lea "La resolución de problemas en el matrimonio", páginas 265–266. Si está casado, lea y analice este material con su cónyuge.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

El albedrío y la ira

Élder Lynn G. Robbins
de los Setenta

Satanás incita a la ira a los miembros de la familia

"Una familia Dios me dio; *la amo de verdad*". Ésa es la esperanza de todo niño expresada en las palabras de uno de nuestros himnos ("Las familias pueden ser eternas", *Himnos*, Nº 195; cursiva agregada).

En la Proclamación sobre la familia aprendemos que "la familia es la parte central del plan del Creador" y que "el esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro" y "la responsabilidad sagrada de educar a sus hijos dentro del amor y la rectitud…" ("La familia: Una proclamación para el mundo", *Liahona,* junio de 1996, páginas 10–11).

La familia también es el objetivo principal de Satanás, quien está haciéndole la guerra. Uno de sus planes astutos e ingeniosos es filtrarse detrás de las líneas enemigas y llegar a nuestro hogar y a nuestra vida.

Él daña y a menudo destruye a la familia dentro de las paredes de su propio hogar; su estrategia es incitar a la ira a los miembros de la familia entre sí. Satanás es el "padre de la contención, y él irrita los corazones de los hombres, para que contiendan con *ira*, unos con otros" (3 Nefi 11:29; cursiva agregada). El verbo "irritar" se podría poner en una receta para un desastre: Haga calentar los ánimos, mézclelos con palabras bruscas hasta que empiecen a hervir; siga revolviendo hasta que adquieran consistencia; enfríelos; deje enfriar los sentimientos durante varios días; sírvalo helado; tiene para rato.

Podemos decidir no irritarnos

Una parte de la astucia de esta estrategia es separar la ira del albedrío, haciéndonos creer que somos víctimas de una emoción que no podemos controlar. Escuchamos decir "perdí el control". Perder el control es una elección interesante de palabras que han llegado a ser comunes. "Perder algo" implica "involuntariamente", "en forma accidental", "sin querer", "no responsables", descuidados, quizás, pero "no responsables".

"Me hizo enojar". Ésta es otra frase que escuchamos y que también implica falta de control o de albedrío; es un mito que se debe refutar. Nadie nos hace enojar. Otras personas no nos hacen enojar. No hay fuerza de por medio. El enojarse es una elección consciente, es una decisión. ¡*Nosotros* elegimos!

A los que dicen: "No pude refrenarme", el autor William Wilbanks responde: "Absurdo".

"La agresión… reprimir el enojo, hablar de él, gritar y vociferar" son todas estrategias aprendidas al tratar con el enojo. "Nosotros *elegimos* la que ha probado

ser eficaz en el pasado. ¿Han notado que rara vez perdemos el control cuando nos frustra nuestro jefe, pero cuán a menudo lo hacemos cuando nos molestan amigos y familiares?" ("The new Obscenity", *Reader's Digest*, dic. de 1988, pág. 24; cursiva agregada).

En el segundo año de secundaria, Wilbanks probó entrar a jugar en el equipo de básquetbol y lo logró. En el primer día de entrenamiento él y el entrenador jugaron uno a uno mientras el equipo observaba. Cuando él perdió un tiro fácil, se enojó y pateó el piso y se quejó. Se le acercó el entrenador y le dijo: "Si actúas así otra vez jamás jugarás en mi equipo". Durante los siguientes tres años jamás volvió a perder el control. Años más tarde, al pensar en el incidente, se dio cuenta de que el entrenador le había enseñado ese día un principio que cambió su vida: que la ira se puede controlar (véase "The New Obscenity", pág. 24).

Las enseñanzas del Salvador

En la Traducción de José Smith de Efesios 4:26, Pablo pregunta: "¿Podéis airaros, y no pecar?" El Señor es bien claro en este asunto:

"…aquel que tiene el espíritu de contención no es mío, sino es del diablo, que es el padre de la contención, y él irrita los corazones de los hombres, para que contiendan con ira unos con otros.

"He aquí, ésta no es mi doctrina, agitar con ira el corazón de los hombres, el uno contra el otro; antes bien mi doctrina es ésta, que se acaben tales cosas" (3 Nefi 11:29–30).

Esta doctrina o mandamiento del Señor da por sentado el albedrío y es una petición a la mente consciente de que tome una decisión. El Señor espera que tomemos la decisión de *no* irritarnos.

Tampoco se puede justificar el enojo. En la versión en inglés de Mateo 5, versículo 22, el Señor dice: "Pero yo os digo que cualquiera que se enoje *sin causa* contra su hermano, será culpable de juicio" (cursiva agregada). Es interesante que la frase "*sin causa*" no se encuentre en la versión en español ni en la traducción inspirada de José Smith (véase Mateo 5:24), ni en 3 Nefi 12:22. Cuando el Señor eliminó la frase "*sin causa*" nos dejó sin excusa. "…antes bien mi doctrina es ésta, que se acaben tales cosas" (3 Nefi 11:30). Podemos "acabar" con el enojo porque así Él nos lo ha enseñado y mandado.

La ira es dar paso a la influencia de Satanás

La ira es dar paso a la influencia de Satanás; es el pecado asociado al pensamiento que nos lleva a sentimientos y a comportamientos hostiles; es la causa del enojo hacia otros conductores en la carretera, la llama que se enciende en los campos deportivos y la violencia doméstica en el hogar.

Si la ira no se controla, puede causar en forma rápida una explosión de palabras crueles y de otras formas de abuso emocional que pueden dejar una cicatriz en un corazón tierno. Es "lo que sale de la boca" dijo el Salvador, lo que "contamina al hombre" (Mateo 15:11).

David O. McKay dijo: "Que nunca el esposo ni la esposa hablen en voz alta, 'a menos que se esté incendiando la casa' " (*Stepping Stones to an Abundant Life*, comp. por Llewelyn R. McKay, 1971, pág. 294).

El maltrato físico es la ira totalmente fuera de control; nunca se justifica y siempre es injusto.

La ira es un intento descortés de hacer sentir culpable a alguien o una forma cruel de tratar de corregir a los demás. A menudo es una disciplina mal catalogada, pero casi siempre contraproducente. Por lo tanto, las Escrituras nos advierten: "Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas" y "Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten" (Colosenses 3:19, 21).

"Nunca más me volveré a enojar"

La elección y la responsabilidad son principios inseparables. Debido a que la ira es una elección, se hace una seria advertencia en la Proclamación a "las personas… que abusan de su cónyuge o de sus hijos… que un día deberán responder ante Dios".

El entender la conexión que existe entre el albedrío y la ira es el primer paso para eliminarla de nuestra vida. Tenemos la elección de no enojarnos, y podemos tomar esa decisión hoy día, de inmediato: "Nunca más me volveré a enojar". Piensen en esa resolución.

La sección 121 de Doctrina y Convenios es una de las mejores fuentes de consulta para aprender principios correctos de liderazgo. Quizás la aplicación más importante de esa sección se refiera a los cónyuges y a los padres. Debemos guiar a nuestra familia "por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero" (véase D. y C. 121:41–42).

Ruego que el sueño de cada niño de tener aquí en la tierra una familia que sea buena con él se haga realidad.

De un discurso pronunciado por el élder Robbins en la conferencia general de la Iglesia de abril de 1998 (véase *Liahona*, julio de 1998, páginas 86–87).

Cómo enfrentar los desafíos por medio de la comunicación positiva

5

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- En la asignación de lectura que figura a continuación, el élder Joe J. Christensen observa: "Muy pocas han sido las personas que han cambiado en forma positiva debido a las constantes críticas y al sermoneo. Si no se hace con prudencia, algo de lo que ofrecemos como crítica *constructiva* es en realidad *destructiva*. A veces es mejor no decir ciertas cosas" (véase la página 19). Durante la próxima semana, ponga atención especial a las cosas que piensa y dice en cuanto a otras personas. Esfuércese por que todo lo que diga sea amable y edificante.
- Fíjese en las cualidades admirables de su cónyuge. Haga una lista de esas cualidades y compártala con su cónyuge.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

El matrimonio y el gran plan de felicidad

Élder Joe J. Christensen
de los Setenta

Mi esposa Barbara y yo hemos sido bendecidos con seis hijos. Hace unos años, cuando los habíamos llevado a visitar a los abuelos, mi padre me dijo: "Joe, creo que tú y Barbara han empezado algo a lo que no pueden ponerle fin".

En esta Pascua de Resurrección, declaramos a todo el mundo que Jesús es el Cristo y que mediante Su Santo Sacerdocio y el poder sellador que éste tiene, la unión matrimonial y las familias idealmente nunca deberían interrumpirse, nunca deberían llegar a un fin.

Hoy día quisiera hablar a todos de este tema del matrimonio. He aquí ocho sugerencias prácticas que espero tengan algún valor para fortalecer nuestro matrimonio, ahora y en el futuro.

Recuerden la importancia fundamental del matrimonio

1. Recuerden la importancia fundamental de su matrimonio. Presten atención a estas palabras del élder Bruce R. McConkie con respecto a la importancia del matrimonio en el "gran plan de felicidad" de nuestro Padre Celestial (Alma 42:8).

"Desde el momento en que nacemos en esta tierra, hasta el momento en que nos casamos en el templo, todo lo que tenemos en el sistema del Evangelio tiene como fin prepararnos y calificarnos para entrar en este sagrado orden del matrimonio que nos une como marido y mujer en esta vida y en el mundo venidero…

"No hay nada en este mundo que sea más importante que la creación y el perfeccionamiento de la familia" ("Salvation Is a Family Affair", *Improvement Era*, junio de 1970, páginas 43–44).

Oren por el éxito de su matrimonio

2. Oren por el éxito de su matrimonio. Hace unos años, cuando era común que una Autoridad General viajara a una misión y entrevistara a los misioneros, el presidente Spencer W. Kimball, que en ese entonces era miembro del Quórum de los Doce, conversó con un misionero que estaba a punto de terminar la misión.

"¿Cuáles son sus planes, élder, cuando se le releve?", le preguntó.

"Pienso regresar a la universidad", le respondió el joven, agregando con una sonrisa: "luego espero enamorarme y casarme".

El presidente Kimball le dio este consejo: "Bueno, no sólo ore para casarse con la mujer que ame, *sino que ore para amar a la mujer con la que se case*".

Debemos orar pidiendo ayuda para ser más amables, corteses, humildes, pacientes, dispuestos para perdonar y, en especial, menos egoístas.

Con el objeto de reconocer los problemas y las debilidades personales que nos impiden ser mejores esposos, deberíamos dirigirnos al Señor en oración y

cosechar los beneficios de esta extraordinaria promesa del Libro de Mormón: "Y si los hombres vienen a mí, les mostraré su debilidad… porque si se humillan ante mí, y tienen fe en mí, entonces haré que las cosas débiles sean fuertes para ellos" (Éter 12:27).

Por lo tanto, necesitamos orar. Muchos líderes de la Iglesia y consejeros matrimoniales indican que, en los casos en que la pareja ora junta y a diario, no han visto ni un solo matrimonio con serios problemas. Cuando se presentan problemas y el matrimonio se ve amenazado, la oración de la pareja puede ser el remedio más eficaz.

Escuchen a su cónyuge

3. Escuchen. Dediquen tiempo para escuchar al cónyuge; inclusive, aparten un tiempo para hacerlo en forma regular. Conversen y evalúen qué están logrando como compañeros en el matrimonio.

El hermano Brent Barlow hizo una pregunta a un grupo de poseedores del sacerdocio: "¿A quiénes les gustaría recibir una revelación?" Todos levantaron la mano. Entonces les sugirió que se fueran a casa y que cada uno le preguntara a su esposa cómo podría ser un esposo mejor. Después agregó: "Yo seguí mi propio consejo y esa tarde tuve una conversación muy informativa con mi esposa, ¡durante más de una hora!" (*Ensign*, septiembre de 1992, pág. 17). Una conversación como ésa podría ser una revelación para todos nosotros.

Hermanos, ¿han oído a su esposa decir algo parecido a lo que yo oí recientemente? "Joe, ¿estás escuchando?" Ella no fue la única que quiso saber si estaba escuchando. Hace un tiempo, mientras dormía la siesta, nuestra nietecita Allison me levantó un párpado y me dijo: "Abuelo, ¿estás ahí?". Debemos "estar ahí" y ser sensibles a las necesidades y deseos de nuestro cónyuge.

Eviten los comentarios hirientes

4. Eviten los comentarios hirientes. No critiquen las faltas del otro. Reconozcan que ninguno de nosotros es perfecto. A todos nos falta mucho para llegar a ser como Cristo, como nos lo han pedido nuestros líderes.

"Los comentarios hirientes", como dijo el presidente Spencer W. Kimball, pueden debilitar casi cualquier matrimonio ("Marriage and Divorce", *Brigham Young University 1976 Speeches of the Year*, 1977, pág. 148). Por lo general, todos conocemos demasiado bien nuestras debilidades y no necesitamos que nos las recuerden a menudo. Muy pocas han sido las personas que han cambiado en forma positiva debido a las constantes críticas y al sermoneo. Si no se hace con prudencia, algo de lo que ofrecemos como crítica *constructiva* es en realidad *destructiva*.

A veces es mejor no decir ciertas cosas. Al poco tiempo de estar casada, la hermana Lola Walters leyó en una revista que con el fin de fortalecer el matrimonio, la pareja debía tener reuniones con regularidad para hablar abiertamente de cualquier peculiaridad del cónyuge que encontraran molesta. Ella escribió esto:

"Teníamos que nombrar cinco cosas que nos parecían molestas, y yo empecé. Le dije que no me gustaba la forma en que comía los pomelos (toronjas). ¡Los pelaba y los comía como si fueran naranjas! Y yo no conocía a nadie que los comiera así. ¿Era justo que una muchacha pasara una vida, incluso una eternidad, mirando a su esposo comer un pomelo como una naranja?

"Cuando terminé [con mis cinco], le tocaba a él decirme las cosas que no le gustaban de mí…y dijo: 'Querida, la verdad es que no puedo pensar en nada que no me guste de ti'.

"¿Eh?

"Rápidamente le di la espalda porque no sabía qué decirle de las lágrimas que me brotaban de los ojos y me corrían por las mejillas…"

La hermana Walters concluye diciendo: "Siempre que escucho acerca de matrimonios incompatibles, me pregunto si no estarán sufriendo de lo que ahora yo llamo el 'Síndrome del Pomelo' " (*Ensign*, abril de 1993, pág. 13).

Sí, a veces es mejor no decir ciertas cosas.

Mantengan vivo el noviazgo

5. Mantengan vivo el noviazgo. Aparten tiempo para hacer cosas juntos, sólo ustedes dos. Así como es importante pasar tiempo con los niños en familia, es necesario que todas las semanas, y en forma regular, los esposos pasen tiempo a solas. El hacerlo servirá para que los hijos sepan que ustedes consideran que su matrimonio es tan importante que necesitan hacer todo lo posible por fortalecerlo. Eso requiere dedicación y planificación.

No tiene que ser costoso; el tiempo de estar juntos es el elemento más importante.

Un día, cuando mi suegro salía de la casa después de almorzar para volver a trabajar al campo, mi suegra le dijo: "Albert, ven aquí en seguida y dime que me quieres". Él sonrió y en forma jocosa le dijo: "Elsie, cuando nos casamos te dije que te quería, y si alguna vez cambio de parecer, te lo diré". Al utilizar la expresión "Te quiero", no es posible llegar al exceso. Úsenla a diario.

Estén prestos para pedir perdón

6. Estén prestos para pedir perdón. Por difícil que sea pronunciar las palabras, apresúrense a decir: "Lo siento; por favor, perdóname", aun cuando sepan que ustedes no tienen *toda* la culpa. El verdadero amor aumenta entre aquellos que están dispuestos a admitir errores y ofensas personales.

Cuando surgen diferencias, es importante conversar en cuanto al problema y resolverlo, pero hay ocasiones en que es importante detenerse y pensar, o morderse la lengua y contar hasta diez, o quizás hasta cien. Incluso, a veces dejar que se ponga el sol sobre nuestro enojo (véase Efesios 4:26) puede servir para volver a tratar el problema a la mañana siguiente en forma más descansada, tranquila y con una mejor posibilidad de encontrar la solución.

A veces escuchamos expresiones como ésta: "Nosotros hemos estado casados durante cincuenta años y nunca hemos tenido una diferencia de opinión". Si ése es literalmente el caso, uno de los dos está dominando al otro o, como alguien dijo, "está lejos de la verdad". Cualquier pareja inteligente tendrá diferencias de opinión. Nuestro cometido es estar seguros de saber cómo resolverlas. Eso es parte del proceso de hacer que un buen matrimonio sea mejor.

Vivan dentro de sus medios económicos

7. Aprendan a vivir dentro de sus medios económicos. Algunos de los problemas más difíciles del matrimonio surgen por causa de la administración económica. "La Asociación de Abogados de los Estados Unidos… indicó que el 89 por ciento de todos los divorcios se debían a riñas y acusaciones sobre dinero" (Marvin J. Ashton, "One for the Money", *Ensign*, julio de 1975, pág. 72). Estén dispuestos a posponer algunas compras, o simplemente a no hacerlas, con el objeto de mantenerse dentro de su presupuesto. Paguen el diezmo primero y eviten las deudas tanto como sea posible. Recuerden que gastar un poco menos de lo que reciben al mes causa felicidad, y gastar más de lo que reciben equivale a buscar la desdicha. Quizás haya llegado el momento de tomar las tijeras y las tarjetas de crédito y hacer lo que el élder Holland llamó "cirugía plástica" ("Things We Have Learned Together", *Ensign*, junio de 1986, pág. 30).

Compartan las responsabilidades del hogar y de la familia

8. Sean un verdadero socio en las responsabilidades del hogar y de la familia. No sean como el esposo que se sienta en casa a esperar que se le atienda, porque considera que su única obligación es trabajar para mantener a la familia y que la esposa es responsable de la casa y del cuidado de los hijos. La tarea de cuidar el hogar y la familia es la responsabilidad de más de una persona.

Recuerden que ambos integran esta sociedad. Barbara y yo hemos descubierto que todas las mañanas podemos tender la cama en menos de un minuto y ya no hay que pensar en ello por el resto del día. Ella dice que me permite hacerlo para que yo me sienta bien todo el día; y creo que quizás tenga razón.

Aparten tiempo para estudiar juntos las Escrituras y sigan este sabio consejo del presidente Kimball: "Cuando con regularidad el esposo y la esposa van juntos al santo templo, se arrodillan en su casa a orar junto con su familia, van de la mano a las reuniones religiosas, se mantienen totalmente castos, mental y físicamente… y trabajan en conjunto para edificar el Reino de Dios, entonces la felicidad está en su pináculo" (*Marriage and Divorce*, 1976, pág. 24).

En resumen:

- Recuerden la importancia fundamental de su matrimonio.
- Oren por el éxito de su matrimonio.
- Escuchen.
- Eviten "los comentarios hirientes".
- Mantengan vivo el noviazgo.
- Estén prestos para pedir perdón.
- Aprendan a vivir dentro de sus medios económicos.
- Sean un verdadero socio en las responsabilidades del hogar y de la familia.

Testifico que Jesús es el Cristo. La tumba estaba vacía en aquel tercer día y "así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Corintios 15:22). De manera que, con gratitud por el poder sellador que se encuentra en el Evangelio restaurado de Jesucristo, podemos decir con seguridad, como dijo la poetisa: "Te amaré aún más después de la muerte" (Elizabeth Barrett Browning, *Sonnets from the Portuguese*, Nº 43, verso 14).

De un discurso pronunciado por el élder Christensen en la conferencia general de la Iglesia de abril de 1995 (véase *Liahona*, julio de 1995, páginas 72–74).

El fortalecimiento del matrimonio por medio de la fe y la oración

6

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- Elija una cosa que pueda hacer para fortalecer su fe en el Padre Celestial y en Jesucristo.
- Fije una hora del día en la que pueda orar, a diario, con su cónyuge.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

Cómo hallar gozo en la vida

Élder Richard G. Scott
del Quórum de los Doce Apóstoles

Variedad en medio de la constancia

Hace poco estuve en la costa norte de una hermosa isla del Pacífico, contemplando el mar al amanecer; me fascinaba la regularidad con que las gigantescas olas se movían constantemente para romperse en la playa; eso me hizo pensar en lo invariable que es el plan del Señor, con su ley inmutable y eterna, con la seguridad de una justicia permanente y con la ternura de una misericordia que se obtiene mediante la obediencia. Noté que la cresta de cada ola se formaba en un punto diferente siguiendo su propio recorrido hasta la costa; unas se deshacían en cascada contra las rocas dejando correr arroyuelos de agua blanca y espumosa; otras se rompían en la playa, formando dibujos, deslizándose por la arena mojada con bordes caprichosos de espuma que formaban burbujas y remolinos en su retirada.

Pensé en la infinita variedad de posibilidades que el Señor ha puesto a nuestro alcance; tenemos tanta libertad, tantas oportunidades de desarrollar nuestra personalidad única, nuestro talento y nuestras habilidades, nuestra memoria, nuestras contribuciones personales. Como no iba a tener ocasión de volver a observar el majestuoso mar, traté de imaginar el glorioso panorama que el sol crearía más tarde. Mientras contemplaba con reverencia esa magnífica escena, las nubes se abrieron un tanto dejando pasar por entre un cielo cubierto los refulgentes rayos del sol naciente, que lo transformaron todo con su luminosidad, su color, su vida; era como si el Señor quisiera derramar una bendición más, un símbolo de la luz de Sus enseñanzas que da fulgor y esperanza a todo lo que toca. Me brotaron lágrimas de gratitud por este asombroso mundo en que vivimos, por la extraordinaria belleza que nuestro Padre Celestial pone al alcance de todo el que quiera ver. La vida es ciertamente hermosa.

Aprecia la belleza de la vida

¿Tomas tiempo cada día para descubrir lo hermoso que puede ser tu vida? ¿Desde cuándo no ves una puesta de sol? Los últimos rayos que besan las nubes, los árboles, las colinas y los llanos despidiéndose por la noche, a veces serenamente, otras en explosiones exuberantes de color y forma.

Y la maravilla de una noche despejada en la que el Señor descubre el prodigio de Sus cielos, las estrellas titilantes, los rayos de luna, para encender nuestra imaginación con Su grandeza y Su gloria.

Es fascinante observar una semilla plantada en suelo fértil, verla cómo germina, se fortalece y brota de ella un tallito diminuto y aparentemente insignificante, que pacientemente empieza a crecer y desarrollar sus características de acuerdo con el código genético que el Señor le haya dado para guiar su desarrollo. Con cuidado, sin duda, se transformará en lo que esté destinada a ser: un lirio coronado de gracia y hermosura, una planta de fragante menta, un melocotonero, un aguacate o una bella flor de delicadeza y fragancia exclusivas.

¿Cuándo observaste por última vez cómo se formaba un capullo de rosa? Día tras día va desarrollando características particulares, más y más belleza, hasta que se convierte en una magnífica rosa.

Tú eres una de las creaciones más nobles del Señor y Él quiere que tu vida sea gloriosamente hermosa a

pesar de tus circunstancias personales. Si hay en ti gratitud y obediencia, llegarás a alcanzar lo que Dios ha destinado que seas.

El gozo en la vida depende de la confianza en Dios

La tristeza, la desilusión, los problemas serios, son *hechos* de la vida y no la vida misma. No quiero minimizar la dificultad de algunas de esas situaciones; y quizás se prolonguen durante largo tiempo, pero no deben convertirse en un centro restrictivo de todo lo que hagas. El Señor inspiró a Lehi esta verdad fundamental: "existen los hombres para que tengan gozo".[1] La frase indica que pueden o no tenerlo, pero el Señor no lo limita a condiciones, sino que Su deseo es que todos lo tengamos; y no será condicional para ti si obedeces los mandamientos, tienes fe en el Maestro y haces todo lo necesario para tener gozo en la tierra.

El gozo que sientas dependerá de la confianza que tengas en el Padre Celestial y en Su santo Hijo, de tu convicción de que Su plan de felicidad realmente pueden brindártelo. El reflexionar sobre Su doctrina te permitirá disfrutar más de las bellezas de esta tierra y mejorará tu relación con los demás, llevándote a las experiencias reconfortantes y fortalecedoras de la oración a nuestro Padre Celestial y de las respuestas que Él te dé.

Perspectiva y paciencia

Una piedrecilla, si se mira de cerca con un ojo, parece un enorme obstáculo; pero si se pone en el suelo, se le ve en su debida perspectiva. De igual modo, los problemas y las pruebas se deben contemplar en la perspectiva de la doctrina de las Escrituras; de lo contrario, ocuparán toda nuestra visión, nos absorberán las energías y nos privarán del gozo y la belleza que el Señor quiere que disfrutemos en la tierra. Hay personas que son como piedras que se echan en un mar de problemas; y éstos las ahogan. Sé más bien como un corcho; cuando una dificultad te hunda, lucha por liberarte con el fin de emerger y volver a prestar servicio con felicidad.

Estás en la tierra con un propósito divino, el cual no es divertirte de continuo ni estar constantemente en busca de placeres. Estás aquí para ser probado, para probarte tú, de manera que puedas recibir las bendiciones que Dios te tiene reservadas[2]. Se nos exige el efecto temperante de la paciencia[3]; algunas bendiciones las recibiremos en esta vida, otras después de pasar el velo.

El Señor tiene un interés particular en tu desarrollo y tu progreso, el cual se acelera si le permites a Él que te dirija a través de las experiencias de aprendizaje que se presenten, ya sea que te gusten o no. Cuando confías en el Señor, cuando te dispones a concentrar mente y corazón en Su voluntad, cuando le pides que el Espíritu te guíe para hacer Su voluntad, tienes asegurada la mayor felicidad a lo largo de la jornada y el logro más satisfactorio de esta experiencia terrenal. Si cuestionas todo lo que se te pida hacer o te rebelas ante todo problema, harás que le sea más difícil al Señor bendecirte[4].

El albedrío, el derecho de tomar decisiones, no se te ha dado para que hagas lo que quieras, sino que tienes ese don divino para elegir aquello que tu Padre Celestial desee para ti; de esa manera, te puede conducir para que seas todo lo que Él desea que llegues a ser[5]. Ese sendero lleva a un gozo y a una felicidad gloriosos.

Vive con gozo en medio de la adversidad

Aprende de las personas inspiradas que están en paz con sus dificultades y viven con gozo en medio de la adversidad. Una mujer encantadora, a pesar de estar aquejada de una enfermedad fatal, siempre encontró gozo en la vida; comprendía el plan de la felicidad, había recibido las ordenanzas del templo y hacía todo lo posible por hacerse merecedora de las bendiciones prometidas. Esto es algo que escribió en su diario:

"Es un día hermoso de otoño. Fui a buscar la correspondencia y me senté en la hamaca. Me sentí muy feliz y a gusto al calor del sol, con el dulce perfume de la naturaleza y los árboles que me rodeaban. Me quedé allí, gloriándome en el hecho de estar aún viva en esta bella tierra… El Señor es tan bueno conmigo. Le agradezco tanto el poder estar todavía aquí y sentirme tan bien. Me siento *tan, pero tan* feliz que desearía cantar y bailar por toda esta hermosa casa mientras el sol atraviesa los ventanales con sus rayos. ¡Es tan hermoso estar con vida…!"

Una valerosa madre, luchando denodadamente con una debilitante enfermedad, pasó incontables horas trabajando laboriosamente para terminar una obra de arte hecha en un complicado bordado; era un regalo que deseaba hacer a una pareja que enfrentaba pruebas difíciles. Para la pareja, es un tesoro inapreciable, un recordatorio constante de los valiosos frutos del esfuerzo en medio de la adversidad, un duradero mensaje de esperanza atado con los lazos del amor puro y el sacrificio voluntario.

Busca gozo en lo que *sí* tienes

Los niños nos enseñan a hallar el gozo aun en medio de las circunstancias más penosas; ellos todavía no saben deprimirse pensando en lo que no tienen, sino que disfrutan de lo que tienen. Recuerdo a un niñito que estaba jugando junto a un río; había atado un trozo de hilo de pescar a dos latas vacías de bebida, pasando el hilo sobre una rama y llenando de agua una de las latas; después tiró de la lata vacía y la soltó súbitamente; el

peso de la lata llena hizo que la otra cayera también. Él se reía y brincaba con deleite.

A nuestro alrededor, hay muchas experiencias sencillas y rejuvenecedoras que pueden ser válvulas de seguridad que dejen escapar la presión y levanten nuestro espíritu. No te concentres en lo que no tengas o hayas perdido. El Señor ha prometido a los obedientes que les dará todo lo que Él tiene; quizás te falte algo en esta vida, pero en la próxima, si lo mereces por vivir valientemente, tendrás la plenitud de las bendiciones.

Cuando el Señor, en Su sabiduría, te prive de algo que deseas con toda tu alma, busca en cambio las bendiciones que te compensen. A los ciegos y sordos, Él les aguza los otros sentidos; al enfermo le da paciencia, comprensión y una mayor gratitud por la bondad de los demás; al que pierde un ser querido, Él le estrecha los lazos de amor, le aviva los recuerdos y le vivifica la esperanza de un encuentro futuro. Descubrirás bendiciones compensadoras cuando aceptes de buena gana la voluntad del Señor y ejerzas tu fe en Él[6].

Al afligido pueblo de Alma, el Señor le dijo:

"Y también aliviaré las cargas… de manera que no podréis sentirlas sobre vuestras espaldas… y esto haré yo para que me seáis testigos en lo futuro, y para que sepáis de seguro que yo, el Señor Dios, visito a mi pueblo en sus aflicciones.

"Y… las cargas… fueron aliviadas; sí, el Señor los fortaleció de modo que pudieron soportar sus cargas con facilidad, y se sometieron alegre y pacientemente a toda la voluntad del Señor"[7].

El ser creativo te ayudará a disfrutar de la vida

Tratando de ser creativas, por el simple gozo que ello significa, después que sus nobles esposos regresaron al hogar celestial, las hermanas Camilla Kimball, Amelia McConkie y Helen Richards aprendieron a pintar. No sólo dejan así legados artísticos, sino que ha cambiado su percepción de una puesta de sol, un rostro o un árbol; ahora perciben matices sutiles de color y de forma, y se regocijan con la exuberante belleza que las rodea.

Pon en práctica el poder creativo; elige un campo como el de la música, la danza, la escultura o la poesía; eso te ayudará a disfrutar de la vida, despertará en ti un sentimiento de gratitud, te desarrollará un talento latente, te agudizará la capacidad de razonar, de actuar, de encontrar motivación para vivir; te disipará la soledad y el dolor; te renovará y te encenderá la chispa del entusiasmo por la vida.

El servicio: Una clave para la felicidad

El servir de buena gana a los demás es una clave para tener felicidad duradera. El presidente Spencer W. Kimball dijo: "Dios se ocupa de nosotros y vela por nuestro bienestar; pero, generalmente, es por intermedio de otro ser mortal que atiende a nuestras necesidades. En consecuencia, es vital que nos sirvamos unos a otros"[8].

Conozco a una hermana que siempre irradiaba felicidad; todas las mañanas le pedía a su Padre Celestial que la condujera hacia alguien que necesitara ayuda, y su oración sincera recibía respuesta una y otra vez. Muchas personas vieron sus cargas aliviadas y su vida iluminada, y ella recibía bendiciones continuamente por ser un instrumento del Señor.

La dificultad puede tornarse en aprendizaje

Sé que el Señor puede cambiar toda dificultad que enfrentemos en la vida, aun las que se deben a nuestra propia negligencia, y a veces a la transgresión, convirtiéndolas en experiencias de aprendizaje, en escalones ascendentes[9]. Por supuesto, no recomiendo la transgresión como un modo de progresar; es dolorosa, difícil y totalmente innecesaria. Es mucho más prudente y fácil moverse hacia adelante siguiendo la rectitud. Pero, por medio del arrepentimiento apropiado, la fe en el Señor Jesucristo y la obediencia a Sus mandamientos, incluso la desilusión que proviene de la transgresión se puede convertir en felicidad.

Hazte una lista de lo que puedes hacer por tu felicidad. Por ejemplo:

- Reflexionar sobre las Escrituras para comprender el plan de la felicidad.
- Orar con fe en Jesucristo.
- Amar a tus semejantes y prestarles servicio.
- Recibir las ordenanzas del templo. Volver al templo para bendecir a otros.
- Escuchar al profeta y seguir sus consejos.
- Estar agradecido por lo que tengas.
- Sonreír más.

Esa lista te dará las claves para el contentamiento y el gozo.

El desafío es temporario, mas la felicidad es eterna

Una canción brasileña muy conocida repite una falacia en la que muchos creen: "La tristeza no tiene fin, pero la felicidad sí". Yo en cambio testifico que, con fe en el Salvador y obediencia a Sus enseñanzas, la felicidad nunca tiene fin, pero la tristeza sí acaba.

Por muy difícil que sea un problema que tengas o que enfrente un ser querido, no debe dominar tu vida ni ser el centro de toda tu atención. Los problemas son experiencias de aprendizaje, escenas pasajeras que se presentan en el escenario de una vida agradable. No te dejes absorber tanto por un

solo hecho que no puedas pensar en otra cosa, ni cuidarte ni atender a los que dependan de ti. Recuerda, lo mismo que la curación del cuerpo, la cura de los problemas espirituales y emocionales lleva tiempo.

El Señor ha dicho: "Sé paciente en las aflicciones, porque tendrás muchas; pero sopórtalas, pues he aquí, estoy contigo hasta el fin de tus días"[10]. Al ser paciente, llegarás a comprender lo que quieren decir las palabras: "estoy contigo". El amor de Dios trae paz y gozo.

Tu fe en Jesucristo le da a tu vida un significado permanente. Recuerda que estás en la jornada hacia la exaltación. A veces, unas experiencias te dan más felicidad que otras, pero todas tienen un propósito para el Señor[11].

En calidad de testigo del Salvador, te exhorto a que perdones a quienquiera que te haya ofendido. Si has transgredido, arrepiéntete, para que el Maestro te brinde alivio.

Agradece a tu Padre Celestial y a Su amado Hijo el plan de la felicidad y los principios del Evangelio en los cuales se basa; ten gratitud por las ordenanzas y los convenios que Ellos nos han dado. Testifico solemnemente que éstos tienen el poder de coronar tu vida con paz y gozo, de darle propósito y significado. Verás que la tristeza y la desilusión son pasajeras. La felicidad es eterna por causa de Jesucristo. Testifico solemnemente que Él vive, que te ama y te brindará Su ayuda.

De un discurso pronunciado por el élder Scott en la conferencia general de la Iglesia de abril de 1996 (véase *Liahona*, julio de 1996, páginas 26–28).

NOTAS

1. 2 Nefi 2:25.
2. Véase Abraham 3:25.
3. Véase Mosíah 3:19.
4. Véase 1 Nefi 3:7.
5. Véase Doctrina y Convenios 58:26–32.
6. Véase la cita de Orson F. Whitney en *La fe precede al milagro*, Spencer W. Kimball, 1972, página 98.
7. Mosíah 24:14–15.
8. *The Teachings of Spencer W. Kimball*, editado por Edward L. Kimball, 1982, página 252.
9. Véase Isaías 40:31.
10. Doctrina y Convenios 24:8.
11. Véase Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, páginas 171–172.

El poder sanador del perdón

7

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- Estudie los ejemplos del perdón que se encuentran en los siguientes pasajes de las Escrituras: Lucas 23:33–34; Hechos 7:58–60; 1 Nefi 7:8–21.
- Póngase la meta de ser más dispuesto para perdonar y más digno del perdón de otros.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

"A vosotros os es requerido perdonar"

Presidente Gordon B. Hinckley
Primer Consejero de la Primera Presidencia

El espíritu de perdón y la predisposición para amar y para tener compasión hacia aquellos que nos hieran constituyen la esencia misma del Evangelio de Jesucristo. Cada uno de nosotros necesita tener ese espíritu; el mundo entero lo necesita. Así lo enseñó el Señor; Él fue ejemplo de ello como ninguna otra persona lo ha sido.

Durante Su agonía en la cruz del calvario, rodeado de viles acusadores que lo despreciaban, y quienes lo habían arrojado a tan terrible crucifixión, el Salvador clamó: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34).

De ninguno de nosotros se espera que perdonemos tan generosamente, mas cada uno se encuentra bajo cierta obligación divina de extender perdón y misericordia. El Señor ha declarado por medio de la revelación: "En la antigüedad mis discípulos buscaron motivo el uno contra el otro, y no se perdonaron unos a otros en su corazón; y por esta maldad fueron afligidos y disciplinados con severidad.

"Por tanto, os digo que debéis perdonaros los unos a los otros; pues el que no perdona las ofensas de su hermano, queda condenado ante el Señor, porque en él permanece el mayor pecado.

"Yo, el Señor, perdonaré a quien sea mi voluntad perdonar, mas a vosotros os es requerido perdonar a todos los hombres.

"Y debéis decir en vuestros corazones: Juzgue Dios entre tú y yo, y te premie de acuerdo con tus hechos" (D. y C. 64:8–11).

¡Cuánta necesidad tenemos de aplicar este principio divino, y aquel que lo acompaña: el arrepentimiento! Vemos esta necesidad en el hogar, en donde pequeños malos entendidos se transforman en grandes disputas. Es evidente entre vecinos, en donde insignificantes diferencias conducen a interminables muestras de desprecio. Lo vemos en el mundo de los negocios, que está plagado de aquellos que se niegan a claudicar y perdonar, cuando, en la mayoría de los casos, si hubiera existido la buena voluntad de conversar y de analizar las cosas con calma, bien se podrían haber evitado estas situaciones para provecho y bendición de todos, en vez de pasar los días alimentando rencores y planeando venganza.

En aquel primer año de la organización de la Iglesia, cuando el profeta José Smith fue repetidamente arrestado y llevado a juicio debido a las acusaciones falsas de aquellos que buscaban la manera de dañarlo, el Señor le dijo mediante una revelación: "Y a quien litigare contra ti, la ley lo maldecirá" (D. y C. 24:17). Eso mismo he visto en nuestra época entre algunos que vengativamente persisten en sus rencores. Aun entre algunos que ganan sus pleitos parece haber una cierta intranquilidad de conciencia; y aunque puedan ganar dinero, pierden algo mucho más precioso.

Evitar el rencor

El escritor francés, Guy de Maupassant, nos cuenta la historia de un labrador llamado Hauchecome, quien llegó hasta el poblado en un día de feria. Mientras caminaba por la plaza pública, vio un trozo de cuerda tirado sobre los guijarros. Lo recogió y lo guardó en su bolsillo. Todo esto lo observó el talabartero del poblado, con quien anteriormente había tenido una disputa.

Más tarde ese mismo día se denunció la pérdida de un monedero. Hauchecome fue arrestado debido a la

acusación del talabartero. Compareció ante el alcalde de la ciudad, a quien trató de convencer de su inocencia mostrándole el trozo de cuerda que había recogido. Pese a ello, no le creyeron y se mofaron de él.

Al día siguiente encontraron el monedero, y Hauchecome fue absuelto y puesto en libertad. Mas, resentido por la indignidad que se le había hecho padecer a causa de una acusación falsa, se llenó de rencor y no olvidó. Sin el más mínimo interés en perdonar y olvidar, apenas pensaba o hablaba de otra cosa. Descuidó su granja. A todo lugar donde iba, a todas las personas que conocía, tenía que mencionar la injusticia que contra él se había cometido. Día y noche eso era lo único que ocupaba su mente. Obsesionado por la injusticia, enfermó gravemente y murió. En el delirio de su agonía no cesaba de decir: "Un trozo de cuerda, un trozo de cuerda" (*The Works of Guy de Maupassant,* sin fecha de publicación, páginas 34–38).

Cambiando los personajes y las circunstancias, muchas veces dicha historia bien podría aplicarse a nuestra época. Cuán difícil es para cualquiera de nosotros perdonar a aquellos que nos han hecho daño. Todos somos propensos a pensar siempre en el mal que otros nos hacen. Al así hacerlo, nos invade una gangrena destructiva. ¿Existe una virtud que necesitemos aplicar más en nuestra época que aquella de perdonar y olvidar? Hay quienes mirarían a esto como una señal de debilidad de carácter, pero, ¿es realmente así? Considero que no se requiere fortaleza ni inteligencia para anidar enojo a causa del mal padecido, para transitar por la vida con un espíritu de venganza, para desperdiciar nuestras habilidades planeando una represalia. No se puede encontrar la paz si se alimenta el rencor. No hay felicidad si se vive pendiente del día en que se puedan "ajustar las cuentas".

Pablo se refiere a los "débiles y pobres rudimentos" de nuestras vidas (véase Gálatas 4:9). ¿Existe algo más débil o pobre que la disposición de desperdiciar nuestra vida en una constante e interminable cadena de intrigas y pensamientos amargos hacia aquellos que puedan habernos ofendido?

Joseph F. Smith presidió la Iglesia en una época de gran encono hacia los miembros de la Iglesia. Fue blanco constante de viles acusaciones, de un continuo bombardeo de críticas de parte de columnistas aun en su propia comunidad. Lo ridiculizaron de mil maneras y su imagen apareció en caricaturas. Mas escuchen su respuesta a aquellos que se burlaban de él: "No les molestéis, dejadles tranquilos. Otorgadles la libertad de decir lo que deseen. Dejadles que viertan su propia opinión y escriban su propia sentencia" (véase *Doctrina del Evangelio*, pág. 332). Con un invencible espíritu de perdón y una gran capacidad para olvidar, siguió adelante con la gran y positiva obra de guiar a la Iglesia hacia logros notables. Cuando murió, muchos de aquellos que lo habían ridiculizado escribieron acerca de él rindiéndole grandes tributos.

Recuerdo haber escuchado detenidamente a una pareja que me fue a visitar. Había enojo entre ambos. Sé que en una época su amor había sido profundo y verdadero; pero se habían acostumbrado a hablar de las faltas mutuas. No estando dispuestos a perdonar ni siquiera la clase de errores que todos cometemos, y sin el más mínimo interés en olvidarlos y vivir por encima de ellos con paciencia, se criticaron mutuamente hasta que el amor que un día se tuvieron se apagó. Se había convertido en cenizas por medio del decreto de un divorcio del cual supuestamente nadie tenía la culpa. Ahora sólo existe la soledad y la recriminación. No me cabe duda de que si hubiera habido una pequeña cuota de arrepentimiento y perdón, aún estarían juntos, disfrutando del compañerismo que otrora les había bendecido tan abundantemente.

La paz por medio del perdón

Si hubiera alguien que anidara en su corazón la ponzoña de la enemistad hacia otra persona, le ruego que pida al Señor la fuerza necesaria para perdonar. Ese deseo será la substancia misma del arrepentimiento. Tal vez no sea fácil, y no llegue en seguida, mas si buscan esto con sinceridad y lo cultivan, *de seguro llegará*. Y aun cuando aquel a quien perdonen continúe en sus sendas equivocadas, sabrán que han hecho lo posible por lograr una reconciliación. Su corazón se verá colmado de una paz que no se puede obtener de ninguna otra forma. Dicha paz será la paz de Aquel que dijo:

"Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre Celestial;

"mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas" (Mateo 6:14–15).

El hijo pródigo

En todo lo que jamás el hombre haya escrito no conozco un relato más hermoso que el que se encuentra en el decimoquinto capítulo de Lucas. Se trata de la historia de un hijo arrepentido y un padre clemente. Es la historia de un hijo que malgastó su legado en una vida desenfrenada, desechando el consejo de su padre, menospreciando a aquellos que lo amaban. Cuando hubo gastado todo, se encontró hambriento y sin amigos, y "volviendo en sí", regresó a su padre, quien, al verlo a la distancia, "corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó" (véase Lucas 15:17, 20).

Les ruego que lean esta historia. Todo padre debe leerla una y otra vez. Su mensaje es lo suficientemente amplio para aplicarlo a todo hogar, y suficientemente más amplio que eso para aplicarlo a toda la huma-

nidad, pues, ¿no somos acaso todos hijos e hijas pródigos que necesitamos arrepentirnos y participar del misericordioso perdón de nuestro Padre Celestial y entonces seguir Su ejemplo?

Su Hijo Amado, nuestro Redentor, nos ofrece perdón y misericordia, mas al hacerlo demanda arrepentimiento. Un verdadero y magnánimo espíritu de perdón se transformará en una expresión del requerido arrepentimiento. El Señor dijo, y cito de una revelación dada al profeta José:

"…así que, te mando que te arrepientas; arrepiéntete, no sea que te hiera con la vara de mi boca, y con mi enojo, y con mi ira, y sean tus padecimientos dolorosos; cuán dolorosos no lo sabes; cuán intensos no lo sabes; sí, cuán difíciles de aguantar no lo sabes.

"Porque he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten;

"mas si no se arrepienten, tendrán que padecer así como yo;

"padecimiento que hizo que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu…

"Aprende de mí y escucha mis palabras; camina en la mansedumbre de mi Espíritu, y en mí tendrás paz" (D. y C. 19:15–18, 23).

Ése es el mandamiento, y ésa es la promesa de quien en Su gran y ejemplar oración clamó: "Padre, …perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6:9, 12).

"Curemos… las heridas"

Las siguientes son las hermosas palabras que Abraham Lincoln pronunció con respecto a la tragedia de una terrible guerra civil: "Sin malicia hacia nadie, con un sentimiento de caridad hacia todos… curemos… las heridas" (en John Bartlett, *Familiar Quotations,* 1968, pág. 640).

Queridos hermanos y hermanas, curemos las heridas, las muchas heridas que han sido causadas por palabras punzantes, por rencores, por una maquinada sed de desquite hacia aquellos que nos han perjudicado. Todos tenemos una pequeña porción de este espíritu de venganza dentro de nosotros. Afortunadamente también todos tenemos el poder de vencerlo, si nos vestimos "como con un manto, con el vínculo de la caridad, que es el vínculo de la perfección y de la paz" (D. y C. 88:125).

"Errar es humano, perdonar es divino" (Alexander Pope, *An Essay on Criticism*, tomo II, pág. 1711). No existe paz en donde se refleja el dolor de viejas heridas. La paz está únicamente donde existe el arrepentimiento y el perdón. Me refiero a la dulce paz de Cristo quien dijo: "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mateo 5:9).

Del ejemplar de junio de 1991 de la revista *Liahona*, páginas 3–6.

La administración de las finanzas de la familia

8

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- Formule una lista de artículos que haya comprado recientemente. Escriba la letra N junto a cada artículo que necesitaba, y la letra Q junto a cada artículo que quería, pero que no necesitaba. Utilice esta lista para hacer una evaluación de sus hábitos de compra. Si está gastando demasiado dinero en cosas innecesarias, considere formas en que pueda usar el dinero de una manera más prudente.
- Junto con su cónyuge, formulen un presupuesto para un cierto periodo de tiempo que se aproxima, quizás para una o dos semanas. Consideren utilizar la muestra que se encuentra en la página 32 como guía. Trabajen juntos para vivir dentro del presupuesto que hayan establecido.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

Los cinco principios de la estabilidad económica

Presidente N. Eldon Tanner
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Lo que hoy quisiera compartir con ustedes son mis observaciones sobre los principios constantes y fundamentales que pueden traernos seguridad financiera y tranquilidad de conciencia bajo *cualquier* circunstancia económica.

"Mas buscad primeramente el reino de Dios"

Primeramente, quiero establecer una base y una perspectiva dentro de las cuales se puedan aplicar esos principios.

Un día, se me acercó uno de mis nietos y me dijo: "Te he estado observando, y también me he fijado en otros hombres que han tenido éxito en la vida, y estoy decidido a tratar de lograr lo mismo. Quisiera entrevistar a todas las personas que pueda, a fin de descubrir qué es lo que las ha llevado al éxito. Abuelo, de acuerdo con tu experiencia personal, ¿cuál dirías que es el elemento más importante para obtenerlo?"

Le dije entonces que el Señor nos dio la fórmula más segura para el éxito cuando dijo: "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mateo 6:33).

Hay quienes nos afirmarán que muchos que *no buscan* primeramente el reino de Dios prosperan de todos modos; y esto es cierto. Pero al decir esas palabras, el Señor no nos prometía solamente riquezas materiales; y por experiencia propia les puedo asegurar que no es así. Como lo dijo Henrik Ibsen, el famoso escritor noruego: "El dinero quizás sea la cáscara de muchas cosas, pero no el grano. Puede brindarnos la comida, pero no el apetito; puede conseguirnos medicinas, pero no salud; puede atraernos conocidos, pero no comprar amigos; puede pagar sirvientes, pero no fidelidad; días de goces, pero no la paz ni la felicidad" (en *The Forbes Scrapbook of Thoughts on the Business of Life,* 1968, pág. 88).

Las bendiciones materiales son parte del Evangelio, si se consiguen en la forma apropiada y por razones justas. Me viene a la memoria una experiencia del élder Hugh B. Brown, cuando era un joven soldado durante la Primera Guerra Mundial. Un día fue a visitar a un amigo ya mayor, que estaba en el hospital; era multimillonario, tenía ochenta años y estaba al borde de la muerte. Ni su ex esposa, y ni siquiera uno de sus cinco hijos se preocuparon por él lo suficiente como para ir a visitarlo. Al pensar en lo que su amigo había perdido, cosas que el dinero no podía comprar, comprendió la trágica situación en que se encontraba y le preguntó qué haría si estuviera en condiciones de cambiar el curso de su vida para volver a vivirla.

El caballero, que unos días más tarde falleció, le respondió: "Al examinar mi vida, pienso que la posesión más valiosa e importante que pude haber tenido, pero que perdí en el proceso de acumular millones, fue *la sencilla fe que mi madre tenía en Dios y en la inmortalidad del alma*.

"…Me preguntas cuál es la posesión de más valor que se puede tener, y no tengo para responderte palabras mejores que las de un poeta". Entonces le indicó al élder Brown que tomara un libro del portafolios y leyera un poema titulado "Soy un extraño", que dice así:

Soy un extraño a la fe que mi madre me enseñó.
Soy un extraño al Dios que escuchaba sus súplicas y llanto.
Soy un extraño al consuelo de las oraciones que aprendí de niño,
A los brazos eternos que recibieron a mi padre cuando partió.
Cuando el gran mundo me llamó con sus señuelos, lo abandoné todo para seguirlo,
Sin notar jamás en mi ceguera que mi mano ya no estaba en la Suya.
Jamás soñé en mi aturdimiento que la fama es una gran burbuja, un vacío,
Que la riqueza del oro no es más que oropel. Mas ahora lo sé.
He pasado una vida buscando lo que luego desdeñé,
He luchado y recibido muchas recompensas.
Pero *todo* lo daría, fama y fortuna, y todos los placeres que las acompañan,
Si pudiera tener la *fe* que modeló el carácter de mi madre.

"Ése fue el testimonio de un hombre que había nacido en una familia de la Iglesia, pero se había apartado de ella; era el grito angustiado de un hombre solitario que tenía todo lo que el dinero puede comprar, pero que para lograrlo había perdido lo más importante de la vida" (*Continuing the Quest,* 1961, páginas 32–35; cursiva agregada).

En el Libro de Mormón se encuentra un importante consejo que nos dejó el profeta Jacob con respecto a ese tema:

"Pero antes de buscar riquezas, buscad el reino de Dios.

"Y después de haber logrado una esperanza en Cristo obtendréis riquezas, *si las buscáis*; y las buscaréis con el fin de hacer bien: para vestir al desnudo, alimentar al hambriento, libertar al cautivo y suministrar auxilio al enfermo y al afligido" (Jacob 2:18–19; cursiva agregada).

La base y la perspectiva son, entonces, las siguientes: debemos buscar primeramente el reino, trabajar, planificar los gastos y gastar sabiamente, prepararnos para el futuro, y utilizar las riquezas con que somos bendecidos para ayudar a edificar ese reino. Al dejarnos guiar por esta perspectiva eterna, y al edificar sobre este firme cimiento, podemos dedicarnos con confianza a las tareas diarias y a nuestro trabajo.

Dentro de este esquema, me gustaría explicar cinco principios de la estabilidad en la economía.

Pagar honestamente el diezmo

Constante número 1: Pagar honestamente el diezmo. A menudo me pregunto si nos damos cuenta de que pagar el diezmo no es hacer una donación a la Iglesia, sino cumplir con una deuda que tenemos con el Señor. Él es la fuente de todas nuestras bendiciones, incluso nuestra vida.

El pago del diezmo es un mandamiento que lleva aparejada una promesa; si lo obedecemos, se nos promete que "prosperar[emos] en la tierra". Esta prosperidad consiste en algo más que bienes materiales; puede referirse a gozar de salud y de una mente alerta, a tener solidaridad familiar y progreso espiritual. Espero que si hay alguno de ustedes que no esté pagando el diezmo honestamente, procure encontrar la fe y la fortaleza para hacerlo. Al cumplir con esta obligación hacia nuestro Hacedor, encontramos una grande y maravillosa felicidad, una felicidad que sólo llegan a conocer aquellos que son fieles a este mandamiento.

Vivir con frugalidad

Constante número 2: Gastar menos de lo que se gana. He descubierto que no hay ninguna forma de conseguir jamás *ganar más* de lo que podemos gastar, y estoy convencido de que lo que nos brinda paz de conciencia no es la cantidad de dinero que ganemos, sino el *tener control* sobre lo que gastemos. El dinero puede ser un siervo obediente; pero también puede ser un exigente tirano. Aquellos que son capaces de planificar su nivel de vida a fin de tener siempre un pequeño sobrante *tienen absoluto control de su situación*; pero los que gastan más de lo que ganan *son controlados por su situación;* son como esclavos de ésta. El presidente Heber J. Grant dijo: "Si hay algo que puede traer paz y contentamiento, personales y familiares, es vivir dentro de los límites de nuestras entradas. Y si hay algo desalentador y que corroe el espíritu, es tener deudas y obligaciones que no podemos cumplir" (*Gospel Standards*, compilación de G. Homer Durham, 1941, pág. 111).

La clave para gastar menos de lo que ganamos es simple; se llama *disciplina*. Ya sea que lo aprendamos temprano o tarde en la vida, todos tenemos que aprender a disciplinarnos, a controlar nuestros apetitos y nuestras tentaciones económicas. Bendecido es aquel que aprende a controlar sus gastos y puede ahorrar para cuando lleguen tiempos difíciles.

Distinguir entre las necesidades y los caprichos

Constante número 3: Aprender a distinguir entre las necesidades y los caprichos. Los deseos del consumidor

son resultado de la propaganda; el sistema de competencia de la libre empresa produce artículos y servicios ilimitados a fin de estimularnos a adquirir más bienes materiales. No estoy criticando el sistema ni la disponibilidad de todas estas cosas, pero mi deseo es que nuestra gente utilice el buen criterio al hacer sus compras. Debemos aprender que el sacrificio es una parte esencial de nuestra disciplina eterna.

En este país y en varias otras naciones del mundo, ha habido y hay muchas oportunidades de trabajo para todo el que esté capacitado. Muchas personas nacidas después de la Segunda Guerra Mundial han conocido solamente la prosperidad; por ello, hay quienes están acostumbrados a la satisfacción instantánea de sus deseos. Lo que ayer era un lujo hoy se considera una necesidad.

Hay parejas jóvenes que esperan poder amueblar su casa y adquirir muchos artículos extras *apenas* se han casado, cosa que sus padres lograron obtener después de muchos años de luchar y sacrificarse. Al querer demasiadas cosas demasiado pronto, estas parejas sucumben a planes de créditos aparentemente fáciles, hundiéndose así en deudas; y el estar endeudados les impide cumplir con los planes preventivos que la Iglesia sugiere, como por ejemplo el de almacenamiento de alimentos.

La satisfacción de todos los deseos y la mala administración económica son un lastre para las relaciones matrimoniales. Gran parte de los conflictos maritales tienen su origen en problemas económicos; a veces se trata de que las entradas son insuficientes para mantener a la familia, y otras de que no se sabe cómo administrarlas.

Una vez, un joven padre fue a hablar con el obispo y le dijo algo que se oye muy frecuentemente: "Obispo, he recibido una buena capacitación como ingeniero y gano un buen sueldo. Durante todo el tiempo que estuve estudiando me enseñaron a ganar dinero, pero nadie jamás me enseñó a administrarlo".

Reconocemos que es bueno que los estudiantes tomen clases para aprender todo lo referente al consumo; pero la primordial responsabilidad descansa en los padres. Éstos no pueden dejar al azar tan vital capacitación, ni transferir *toda* la responsabilidad a las universidades.

Una parte importante de ella es explicar los diferentes tipos de deudas; para la mayoría de nosotros existen dos clases: la deuda común y la deuda por inversiones o negocios. La deuda común es la que se contrae al comprar a crédito cosas de uso o consumo diario, como por ejemplo, ropa, artículos para el hogar, muebles, etc. Este tipo de deuda está respaldado por nuestras entradas futuras, y puede ser muy peligroso; si perdemos el trabajo o quedamos inhabilitados para trabajar, o nos encontramos en una situación de emergencia cualquiera, podemos tener serias dificultades para cumplir con nuestras obligaciones económicas. Cuando pagamos en cuotas, estamos utilizando la forma más cara de compra, pues al precio de los artículos debemos agregar el alto interés que se nos cobra.

Comprendo que a veces ésa es la única forma en que un matrimonio joven puede satisfacer sus necesidades; pero queremos advertirles que no compren más de lo estrictamente necesario, y que paguen sus deudas a la brevedad posible. Cuando el dinero es escaso, traten de evitar la carga adicional de los intereses.

En cuanto a contraer deudas por inversiones o negocios, éstas deben tener un respaldo tal que no pongan en peligro la seguridad económica de la familia. No invirtieran en aventuras de especulación; esa forma de inversión puede convertirse en un vicio. Muchas son las fortunas que han desaparecido por causa del apetito incontrolable de acumular cada vez más riquezas. Podemos aprender de errores del pasado y evitar esclavizar nuestro tiempo, energías y salud a un apetito voraz por adquirir bienes materiales.

El presidente Spencer W. Kimball nos ha dado este consejo, digno de que lo meditemos profundamente:

"El Señor nos ha bendecido como pueblo con una prosperidad inigualada en la historia. Los recursos puestos a nuestra disposición son buenos y necesarios para nuestro trabajo aquí sobre la tierra. Pero, me temo que muchos de nosotros nos hemos apartado rebaños, manadas, tierras, graneros y toda clase de riquezas, habiendo comenzado a adorarles como a dioses falsos que cada vez ejercen un poder más firme y determinado sobre nosotros. ¿Poseemos acaso más bienes de los que nuestra fe puede soportar? Mucha es la gente que dedica la mayor parte de su tiempo laborando al servicio de su propia imagen, la que incluye suficiente dinero, acciones, inversiones, propiedades, créditos, mobiliario, automóviles y demás riquezas similares, que les *garantizan* la seguridad carnal a lo largo de lo que esperan será una vida larga y feliz. Se olvida así el hecho de que nuestra asignación es la de utilizar esa abundancia de recursos en nuestra familia y quórumes para desarrollar el reino de Dios…" (*Liahona*, agosto de 1977, pág. 3).

Como testimonio personal, quisiera agregar a las palabras del presidente Kimball lo siguiente: No conozco ningún caso en el que se hayan obtenido o aumentado la paz de conciencia y la felicidad por amasar una fortuna que sobrepase las necesidades y los deseos razonables de una familia.

Administrar sabiamente

Constante número 4: Organizar un presupuesto y vivir dentro de sus límites. Un amigo mío tiene una hija que viajó al extranjero con un grupo de estudiantes de la Universidad Brigham Young. La joven estaba constantemente escribiéndole a su padre para pedirle dinero, y eso lo preocupó a tal punto que decidió llamarla por teléfono e inquirir sobre los gastos que le exigían tanto dinero extra. La hija le dijo: "Pero, papá, te puedo dar cuenta de cada centavo que he gastado".

A eso él replicó: "No es eso lo que me interesa. Lo que deseo es que te hagas un presupuesto, un plan de gastos, no un diario donde registres adónde se ha ido el dinero".

Quizás todos los padres debieran imitar el ejemplo del que, al recibir un telegrama de su hijo estudiante diciendo: "Sin plata, aburrimiento de fijo. Tu hijo", le respondió con otro en el que le decía: "Gran pena da. Hijo aburrido estará. Papá".

A través de los años, al entrevistar a mucha gente, he observado que hay muchas personas que no tienen un presupuesto de gastos, ni la disciplina necesaria para limitarse a tal; hay quienes piensan que el hacerlo les coarta su libertad; mas por el contrario, un presupuesto ayuda a obtener libertad económica.

No es necesario complicarse ni emplear demasiado tiempo para administrar bien el dinero. Se cuenta la historia de un inmigrante que ponía las cuentas que tenía que pagar en una caja de zapatos, y las que había pagado en un gancho, y guardaba el dinero en efectivo en una caja fuerte.

"No sé cómo puedes mantener el negocio en esta forma", le dijo uno de sus hijos. "¿Cómo sabes si tienes o no ganancias?"

"Hijo", le repuso el comerciante, "cuando bajé del barco, mi única posesión eran los pantalones que tenía puestos. Actualmente, tu hermano es médico y tú eres contador. Yo tengo auto, casa propia y un buen negocio, y no debo nada a nadie. Suma todo eso, réstale los pantalones que traje, y ahí tienes mi ganancia".

Los consejeros en materia económica nos enseñan que en un buen presupuesto hay cuatro elementos: *Primero*, se debe proveer para las necesidades básicas como ropa, comida, etc.; *segundo*, para el pago del alquiler o cuota de la casa; *tercero*, para necesidades tales como seguro médico, medicinas y ahorros; y *cuarto*, para invertir sabiamente y tener almacenamiento de alimentos.

Quisiera hacer algunos comentarios sobre dos de esos elementos. En realidad, nada hay que sea tan seguro en nuestra vida como los acontecimientos inesperados. Con el costo de la atención médica constantemente en aumento, las sociedades médicas o seguros de salud son la única forma en que la mayoría de las familias pueden enfrentar gastos de accidentes, enfermedades y maternidad, y en este último caso, los nacimientos prematuros en particular. Cuando es posible tener un seguro de vida, esto proveerá para la familia en caso de que el padre muera inesperadamente. Toda familia debe hacer previsiones para tener seguro de vida y de salud adecuados.

Después de atender a estas necesidades básicas, debemos tratar de ahorrar mediante una administración frugal del dinero; y si es posible, invertirlo. He notado que muy pocas personas que no tengan el hábito de ahorrar tienen éxito en las inversiones; este hábito requiere disciplina y sentido común. Hay muchas maneras de invertir dinero; mi único consejo al respecto es que se debe elegir un buen asesor, que tenga un registro de inversiones limpio y de éxito.

Ser honesto

Constante número 5: Tener honestidad en todos los asuntos económicos. El ideal de la integridad jamás pasará de moda, y se aplica a todo lo que hacemos. Como líderes y miembros de la Iglesia debemos dar el ejemplo perfecto de integridad.

Mis hermanos, por medio de estos cinco principios he tratado de bosquejar lo que se podría llamar un modelo de administración económica.

Espero que cada uno de nosotros se beneficie con su aplicación. Les testifico que son verdaderos y que esta Iglesia y la obra en la cual estamos embarcados también son verdaderas.

De un discurso pronunciado por el presidente Tanner en la sesión general de bienestar de la conferencia general de la Iglesia de octubre de 1979 (véase *Liahona*, mayo de 1982, páginas 39–44).

Presupuesto desde el _____ **al** _____
fecha fecha

INGRESO	PLANIFICADO	REAL
Ingreso o salario después de impuestos		
Otros ingresos		
Total de ingresos		

GASTOS	PLANIFICADO	REAL
Diezmo		
Otros donativos a la Iglesia		
Ahorros a largo plazo		
Ahorros para emergencias		
Alimentos		
Hipoteca o alquiler		
Servicios públicos		
Transporte		
Pagos por deudas		
Seguro		
Gastos médicos		
Ropa		
Otros		
Otros		
Otros		
Total de gastos		

Sección B
La responsabilidad de los padres de fortalecer a la familia

"Herencia de Jehová son los hijos"

9

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- Póngase la meta de pasar tiempo a solas con cada uno de sus hijos, o con un niño o un joven de su parentela. Al hablar con cada uno de ellos, procure aprender algo nuevo sobre los intereses y las necesidades que tengan y los desafíos que enfrenten.
- Dedique tiempo a hablar en cuanto a sus hijos con su cónyuge. Consideren los puntos fuertes y los desafíos que cada uno tenga. Determinen lo que pueden hacer para satisfacer las necesidades de cada uno de ellos.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

Nuestros queridos niños son un regalo de Dios

Presidente Thomas S. Monson
Primer Consejero de la Primera Presidencia

En el libro de Mateo leemos que después que Jesús y Sus discípulos descendieron del Monte de la Transfiguración, se detuvieron en Galilea y luego fueron a Capernaum. Los discípulos le preguntaron a Jesús: "¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?

"Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos,

"y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos.

"Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos.

"Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe.

"Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar"[1].

Considero muy significativo el hecho de que Jesús amara tanto a estos pequeñitos que hacía poco habían salido de la preexistencia para venir a la tierra. Los niños, en aquel entonces, como ahora, bendicen nuestra vida, despiertan nuestro amor y nos inspiran a hacer buenas obras.

Con razón el poeta Wordsworth se expresa así de nuestro nacimiento: "Al salir de Dios, que fue nuestra morada, con destellos celestiales se ha vestido, ¡y en su infancia del cielo está rodeada!"[2].

La mayoría de estos pequeños vienen a padres que los esperan ansiosamente, a padres y madres que se regocijan de tomar parte en el milagro que llamamos nacimiento. Ningún sacrificio es demasiado, ningún dolor muy grande, ninguna espera demasiado larga.

Cómo no habría de causarnos consternación la noticia que se publicó en los periódicos estadounidenses que decía: "Una niña recién nacida, que encontraron en un tarro de basura, envuelta en una bolsa de papel, está en observación en el hospital. Su estado físico es bueno. 'Es preciosa y muy sana', dijo el miércoles el encargado de prensa del hospital. La policía informó que unos hombres que recogían la basura vaciaron el tarro en un camión y notaron que algo se movía entre los desperdicios. Las autoridades están en busca de la madre de la criatura".

Tenemos el solemne deber, el preciado privilegio, sí, la sagrada oportunidad, de recibir con amor en nuestro hogar y en nuestro corazón a los niños que enriquecen nuestra vida.

Nuestros niños tienen tres aulas de aprendizaje que son muy distintas la una de la otra; me refiero al aula de la escuela, a la de la Iglesia y a la que llamamos el aula del hogar.

El aula de la escuela

La Iglesia siempre ha tenido particular interés en la educación pública, y exhorta a sus miembros a participar de cualquier actividad que tenga como fin mejorar la educación de nuestros niños y jóvenes.

No hay nadie más importante en la enseñanza pública que el maestro que tiene la oportunidad de amar, de enseñar e inspirar a los niños y a los jóvenes,

deseosos de aprender. El presidente David O. McKay dijo: "El magisterio es la profesión más noble del mundo. La estabilidad y la pureza del hogar, así como la seguridad y estabilidad de una nación dependen de la educación apropiada de nuestros niños y jóvenes. Los padres dan al niño la vida; el maestro lo capacita para vivirla bien"[3]. Confío en que reconozcamos su importancia y su misión vital, proveyéndoles de las condiciones apropiadas para efectuar su labor, de los mejores libros y sueldos que demuestren la gratitud y confianza que nos inspiran.

Todos recordamos con afecto a los maestros de nuestra niñez y juventud. Siempre me pareció gracioso que mi maestra de música fuera la señorita Bemoles. Tenía la habilidad de inculcar en sus alumnos el amor a la música y nos enseñó a reconocer los instrumentos por el sonido. Recuerdo muy bien la influencia de Ruth Crow, nuestra maestra de higiene. Aunque eran los días de la depresión económica, ella se ocupó de que todos los alumnos del sexto grado tuviéramos una gráfica de nuestro cuidado dental; personalmente se ocupaba de que todos tuviéramos la atención odontológica apropiada, ya fuera de origen privado o público. Cuando la señorita Burkhaus, que nos enseñaba geografía, nos mostraba los mapas del mundo y nos señalaba las capitales de las naciones, con los aspectos característicos de cada país y sus rasgos idiomáticos y culturales, ni siquiera me imaginaba que algún día conocería yo esos lugares y esos pueblos.

Es vital la importancia de estos maestros, que elevan a nuestros niños, les agudizan el intelecto y los motivan a progresar.

El aula de la iglesia

El aula de la Iglesia aporta su aspecto esencial a la educación de todos los niños y jóvenes. Allí, el maestro inspira a los que asisten a sus clases y sienten la influencia de su testimonio. En la Primaria, la Escuela Dominical y las reuniones de las Mujeres Jóvenes y del Sacerdocio Aarónico, hay maestros bien preparados, llamados por inspiración del Señor, que influyen en cada niño y joven para que busquen "palabras de sabiduría de los mejores libros… conocimiento, tanto por el estudio como por la fe"[4]. Una palabra de aliento aquí y un pensamiento espiritual allí afectan una valiosa vida y dejan su marca indeleble en el alma inmortal.

Hace muchos años, en un banquete que se efectuó para hacer entrega de unos reconocimientos de una revista de la Iglesia, nos sentamos junto al presidente Harold B. Lee y su esposa. Él le dijo a Ann, nuestra hija adolescente: "El Señor te ha bendecido con un rostro y una silueta hermosos. Mantén igualmente bello tu interior y serás bendecida con verdadera felicidad". Ese gran maestro le dio a Ann una guía inspirada para volver al reino celestial de nuestro Padre Celestial.

El maestro humilde e inspirado de la Iglesia puede despertar en sus alumnos el amor por las Escrituras. Incluso puede llevar al Salvador del mundo y a los Apóstoles de la antigüedad no sólo a la sala de clases sino al corazón, a la mente y al alma de nuestros niños.

El aula llamada hogar

Quizás el aula más importante de todas sea el hogar. Allí es donde se forman la actitud, las creencias más arraigadas, y donde se fomenta o se destruye la esperanza. Nuestro hogar es el laboratorio de nuestra vida; lo que hagamos allí determinará el curso que sigamos al irnos de casa. El doctor Stuart E. Rosenberg escribió esto en su libro *The Road to Confidence* (El camino hacia la confianza): "A pesar de todas las nuevas y modernas invenciones, los estilos y las tendencias, nadie ha inventado todavía, ni lo hará, un substituto satisfactorio para nuestra familia"[5].

El hogar feliz es como un cielo más temprano en la tierra. El presidente George Albert Smith dijo: "¿Queremos tener hogares felices? Si es así, deben reinar en ellos la oración y la gratitud"[6].

A veces, los niños vienen a este mundo con un impedimento físico o mental. Por mucho que tratemos, es imposible saber por qué o cómo ocurre esto. Admiro a los padres que, sin quejarse, reciben en sus brazos y en su vida a uno de estos hijos de nuestro Padre Celestial y le dedican esa medida extra de sacrificio y amor.

Un verano, en un campamento, observé a una madre que alimentaba pacientemente a su hija adolescente que sufría de una discapacidad, consecuencia de problemas ocurridos al momento de nacer; la hija dependía totalmente de su madre. Una a una le daba las cucharadas de comida y los tragos de agua, mientras le sostenía la cabeza. No pude menos que pensar: *Durante diecisiete años, esta madre se ha dedicado a servir a su hija en todo, no pensando jamás en su propia comodidad, su propio placer, su propio alimento*. Ruego que el Señor bendiga a esos padres y a esos niños. Y lo hará.

La inocencia de los niños

Todos los padres saben que las emociones más fuertes que se puedan sentir no se originan en ningún acontecimiento cósmico ni se encuentran en ningún libro, sino en el momento en que ellos contemplan a uno de sus hijos mientras está dormido.

Esto me recuerda las palabras de Charles M. Dickinson:

Son ídolos del corazón y del hogar,
son ángeles de Dios disfrazados;
sus cabellos despiden rayos de sol,
y la gloria de Dios brilla en sus ojos.

Estos pequeñitos que han bajado del cielo
me han hecho más hombre y más dulce;
y sé ahora por qué Jesús comparó
el reino de los cielos con un niño[7].

Al tratar con niños diariamente, descubrimos que son muy perceptivos y a veces expresan verdades profundas. Charles Dickens, el autor de *Canción de Navidad*, ilustró este punto al describir a la humilde familia de Bob Cratchit, que con expectativa se había reunido para la modesta cena navideña. El padre regresaba a la casa llevando al pequeño Tim, su hijo lisiado, sobre los hombros. Tim tenía que usar una muleta y un aparato de hierro para que le sostuviera las piernas. La esposa de Bob le preguntó cómo se había portado el niño.

"Bueno como un pan", dijo Bob; "aun mejor. Por estar tanto tiempo sentado, piensa mucho, y se le ocurren ideas muy extrañas. Me dijo que esperaba que la gente de la iglesia lo mirara, y al verlo inválido, recordara en esta Navidad quién hizo a los cojos caminar y a los ciegos ver"[8].

El mismo Charles Dickens afirmó: "Quiero mucho a estos pequeños, y no es un hecho insignificante que ellos, que acaban de salir de la presencia de Dios, nos amen".

Los niños expresan el amor en formas novedosas. Hace unas semanas, el día de mi cumpleaños, una preciosa niñita me regaló una tarjeta escrita por ella; en el sobre había metido un candadito de juguete que pensó que me gustaría recibir de regalo.

"Nada hay más hermoso, entre todas las cosas bellas del mundo, que ver a un niño cuando hace un regalo, por insignificante que sea. El niño pone el mundo a nuestros pies; abre el mundo ante nuestros ojos como si fuera un libro que nunca antes pudimos leer. Pero cuando hace un regalo, es siempre algo absurdo… como un ángel con aspecto de payaso. En realidad, es muy poco lo que puede dar, porque sin darse cuenta, ya nos lo ha dado todo"[9].

Así fue el regalo que Jenny me hizo.

Los niños parecen estar investidos con una fe inalterable en su Padre Celestial y en la capacidad y disposición de Él para contestar sus dulces oraciones. Cuando un niño ora, Dios escucha; lo sé por experiencia personal.

Deseo contarles sobre Barry Bonnell y Dale Murphy, dos conocidos jugadores de béisbol que jugaron en el Club Braves de Atlanta. Los dos son conversos a la Iglesia; Barry Bonnell bautizó a Dale Murphy.

En la temporada de 1978, ocurrió algo que Barry describe como una "experiencia para cambiar la vida". Por más que se esforzaba, sólo tenía un promedio de .200 (que es muy bajo). Por ese motivo, se sentía deprimido y desalentado. No tenía deseos de acompañar a Dale Murphy al hospital cuando éste se lo pidió, pero fue. Allí conoció a Ricky Little, un entusiasta admirador de los Braves, que tenía leucemia. Era obvio que el niño se hallaba muy próximo a morir. Barry buscó desesperadamente palabras de consuelo, pero nada le parecía adecuado. Al fin, le preguntó si quería que hicieran algo. El niño lo pensó y luego les pidió que cada uno de ellos completara una carrera en el siguiente partido. Barry comentó después: "Para Dale aquello no era difícil; de hecho, él había hecho dos esa misma noche; pero yo me estaba esforzando y todavía no había completado ni una sola en el año. No obstante, tuve una sensación de calidez y le prometí que lo haría". Esa noche, Barry hizo su única carrera de toda la temporada[10]. La oración de un niño se había contestado; se había hecho realidad el deseo de un niño.

La necesidad de un refugio

Si todos los niños pudieran contar con padres cariñosos, un hogar estable y buenos amigos, ¡qué maravilloso sería su mundo! Lamentablemente, hay muchos que no tienen esa bendición. Hay muchos que son testigos de los golpes brutales que el padre le da a la madre, mientras que otros reciben ellos mismos esos golpes. ¡Qué cobardía, qué depravación, qué vergüenza!

A todos los hospitales ingresan pequeñitos magullados y golpeados, junto con mentiras descaradas de que "se golpeó contra la puerta" o "se cayó de las escaleras". Estos mentirosos y malvados que los maltratan cosecharán algún día la tempestad de sus malas acciones. El niño silencioso, lastimado, ofendido, víctima a veces del maltrato y del incesto, debe recibir ayuda.

Un juez me escribió lo siguiente: "El abuso sexual de los niños es uno de los crímenes más depravados, más destructivos y más desmoralizadores de la sociedad civilizada. Hay un alarmante aumento de las denuncias de maltrato físico, psicológico y sexual a los niños. Nuestros tribunales están inundados de esta conducta repugnante".

La Iglesia no acepta tal comportamiento vil y perverso, sino que condena con los términos más severos ese trato de los hijos preciados de Dios. Debemos rescatar, enseñar, amar y sanar al niño que así sufra. Y debemos llevar al ofensor ante la justicia, hacerlo responsable de sus acciones y obligarlo a recibir tratamiento profesional que lo cure de una conducta tan diabólica. Si sabemos de alguien que lo haga y no hacemos nada por detener al culpable, nos convertimos en cómplices; compartimos su culpa; experimentamos parte del castigo.

Espero no haber hablado con demasiada severidad, pero quiero a esos pequeñitos y sé que el Señor también los ama. No hay un relato más conmovedor

de Su amor que la experiencia que se cuenta en 3 Nefi, cuando Jesús bendijo a los niños. Dice que Jesús sanó a los enfermos, enseñó a la gente y oró a nuestro Padre Celestial por los presentes. Citaré las hermosas palabras:

"[Jesús] tomó a sus niños pequeños, uno por uno, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos.

"Y cuando hubo hecho esto, lloró de nuevo;

"y habló a la multitud, y les dijo: Mirad a vuestros pequeñitos.

"Y he aquí, al levantar la vista para ver, dirigieron la mirada al cielo, y vieron abrirse los cielos, y vieron ángeles que descendían del cielo cual si fuera en medio de fuego… y los ángeles les ministraron"[11].

Quizás se pregunten: *¿Pasan cosas así en la actualidad?* Les contaré la hermosa historia de dos abuelos que hace años se encontraban en el campo misional, y de la forma en que su nietecito fue bendecido. El abuelo escribió lo siguiente:

"Mi esposa Deanna y yo estamos sirviendo en una misión en Jackson, Ohio. Una de nuestras principales preocupaciones al aceptar el llamamiento era nuestra familia y el hecho de que no estaríamos para ayudarlos con sus problemas.

"Poco antes de salir al campo misional, hubo que hacerle una operación a nuestro nieto de dos años y medio para corregirle un defecto en un ojo. Su madre me pidió que los acompañara porque mi nietecito y yo somo muy unidos. La operación salió bien, pero el pequeño lloró tanto antes como después de la intervención quirúrgica porque no permitieron que entrara con él en la sala de operaciones ningún miembro de la familia, y tenía miedo.

"Unos seis meses después, estando nosotros en la misión, hubo que operarlo de nuevo para corregirle el otro ojo. La madre me llamó y me preguntó si no podría ir para acompañarlos; pero la distancia y mis obligaciones me lo impedían. No obstante, Deanna y yo ayunamos y oramos para pedirle al Señor que consolara a nuestro nieto durante su operación.

"Llamamos para saber cómo estaba y nos dijeron que el niño, recordando su experiencia anterior, no quería apartarse de los padres. Pero, tan pronto como entró en la sala de operaciones, se calmó, se acostó en la mesa, se quitó los anteojos y se mantuvo tranquilo durante la operación. Sentimos mucha gratitud porque el Señor había contestado nuestras oraciones.

"Unos días después, llamamos a nuestra hija para preguntar por él. Estaba bien; ella nos relató lo siguiente: En la tarde después de la operación, al despertar, el niño le había dicho que el abuelo lo había acompañado durante la cirugía; le dijo: 'El abuelo vino para que todo saliera bien'. Lo que pasó fue que el Señor hizo que el anestesista se pareciera a su abuelo, que se encontraba a más de 2.900 kilómetros de distancia, en la misión".

Tal vez tu abuelo no estuvo junto a ti, pequeñito, pero estabas en sus pensamientos y oraciones. La mano del Señor te acunó, y fuiste bendecido por nuestro Padre.

Mis queridos hermanos, que la risa de los niños nos alegre el corazón; que la fe de los niños nos serene el alma; que el amor de los niños inspire nuestras acciones. "…herencia de Jehová son los hijos"[12]. Que nuestro Padre Celestial bendiga siempre a esas dulces almas, a esos amigos especiales del Maestro.

Del ejemplar de junio de 2000 de la revista *Liahona*, páginas 3–9.

NOTAS

1. Mateo 18:1–6.
2. "Ode: Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood" (traducción libre).
3. *Gospel Ideals* (1954), página 436.
4. Doctrinas y Convenios 88:118.
5. *The Road to Confidence* (1959), página 121.
6. En "Conference Report", abril de 1944, página 32.
7. De *The Children*, en Jack M. Lyon y otros, editores, *Best Loved Poems of the LDS People* (1996), página 21 (traducción libre).
8. *A Christmas Carol and Cricket on the Hearth* (sin fecha),
9. Margaret Lee Runbeck, *Bits & Pieces*, 20 de septiembre de 1990.
10. James L. Ison, *Mormons in the Major Leagues* (1991), página 21.
11. 3 Nefi 17:21–24.
12. Salmos 127:3.

La función sagrada del padre y de la madre

10

Parte 1: La función del padre

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- Repase la función del padre y de la madre tal como se detalla en el séptimo párrafo de "La familia: Una proclamación para el mundo" (véase la página IV). Determine, con espíritu de oración, cómo el consejo se aplica a su hogar y que hará para seguirlo.
- Escriba una carta a su padre o a uno de sus abuelos.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

Para el padre de familia

Presidente Ezra Taft Benson
Decimotercer Presidente de la Iglesia

Mis queridos hermanos, me siento sumamente agradecido de estar aquí con ustedes en esta importantísima reunión de los poseedores del sacerdocio de Dios. Ruego que el Espíritu del Señor me acompañe y los acompañe a ustedes mientras les hablo de un tema extremadamente importante. Esta tarde quisiera dirigirme a ustedes, los padres que se encuentran aquí, y a los que están reunidos por toda la Iglesia, y hablarles de sus sagrados llamamientos.

Espero que ustedes, jovencitos, también escuchen con atención porque deben prepararse para ser los futuros padres de la Iglesia.

Un llamamiento eterno

Padres, ustedes tienen un llamamiento eterno del que nunca serán relevados: el de ser padres. Los llamamientos en la Iglesia son muy importantes, pero siempre se dan por un periodo de tiempo y después se releva de ellos a la persona. Por el contrario, el llamamiento de ser padres es eterno y su importancia continúa más allá de esta vida. Es un llamamiento por esta vida y por toda la eternidad.

El presidente Harold B. Lee dijo con acierto que la parte más importante de la obra del Señor que ustedes, los padres, realicen, será dentro de las paredes de su propio hogar. La orientación familiar, el trabajo del obispado y otras responsabilidades en la Iglesia son importantes, pero lo primordial es lo que puedan efectuar dentro del hogar (véase *Fortaleciendo el hogar*, folleto, pág. 8).

Examinemos cuáles son las responsabilidades específicas de los padres dentro de los sagrados confines de su hogar. Quisiera recordarles dos de las responsabilidades básicas de todo padre en Israel.

Satisfacer las necesidades materiales

Primero, tienen el sagrado deber de satisfacer las necesidades materiales de la familia.

El Señor definió con claridad el deber de mantener a la familia y de criar hijos dignos. En el comienzo, se le mandó a Adán, no a Eva, que se ganara el pan con el sudor de la frente.

El apóstol Pablo amonesta a los esposos y padres: "porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo" (1 Timoteo 5:8).

Cuando la Iglesia restaurada todavía no tenía muchos años de vida, el Señor específicamente les dio a los hombres la obligación de mantener a sus esposas e hijos. En enero de 1832, dijo: "…de cierto os digo que todo hombre que tiene la obligación de mantener a su propia familia, hágalo, y de ninguna manera perderá su corona" (D. y C. 75:28). Tres meses más tarde dijo otra vez: "Las mujeres tienen el derecho de recibir sostén de sus maridos hasta que éstos mueran" (D. y C. 83:2). Éste es el derecho que dio Dios a las esposas y a las madres. Mientras ella cuida y educa a sus hijos en la casa, el esposo gana lo necesario para mantenerlos, haciendo posible así que ella cumpla con esta tarea.

Cuando en una familia el esposo es sano y puede trabajar, se espera que mantenga a su familia. A veces nos cuentan de esposos que debido a condiciones económicas adversas han perdido el trabajo y esperan

que sus esposas salgan a trabajar, aunque ellos son todavía muy capaces de mantener a su familia. En estos casos, instamos al esposo a hacer todo lo que esté a su alcance para que su esposa pueda quedarse en la casa cuidando a los hijos mientras él continúa manteniendo a la familia lo mejor posible, a pesar de que el trabajo que pueda conseguir no sea ideal y tengan que ajustar el presupuesto familiar.

La necesidad de estudiar o de adquirir posesiones materiales tampoco justifica que se posponga el tener hijos para que la esposa trabaje y mantenga el hogar.

Consejo del presidente Kimball

Yo me acuerdo del consejo de nuestro querido profeta Spencer W. Kimball a los estudiantes casados, cuando dijo: "He repetido a miles de jóvenes que cuando se casan no deben esperar a tener hijos hasta después de haber terminado la universidad y conseguido la posición económica deseada… deben hacer una vida matrimonial normal y permitir que vengan los hijos…

"Yo no conozco ningún pasaje de Escritura", continúa el presidente Kimball, "en el que se dé permiso a las jóvenes esposas para no tener familia con el propósito de ir a trabajar y mantener a sus esposos mientras ellos estudian. Hay miles de maridos que han trabajado y estudiado y han criado a sus hijos, todo a la vez" ("Marriage is Honorable", en *Speeches of the Year, 1973,* 1974, pág. 263).

La función de la madre en el hogar

Hermanos del sacerdocio, yo continúo recalcando la importancia de que las madres se queden en la casa para cuidar y criar a sus hijos y enseñarles a ser personas dignas en todo sentido.

En mis viajes por todo el mundo he observado que la gran mayoría de las mujeres miembros de la Iglesia quieren seguir este consejo de todo corazón. Pero sabemos que a veces la madre trabaja fuera de la casa animada por su marido, e incluso ante la insistencia de él. Él es el que quiere tener las conveniencias que puede comprar el dinero extra. En esos casos, hermanos, no sólo sufrirá su familia sino que ustedes mismos no podrán progresar espiritualmente. Les digo a todos ustedes, el Señor le ha dado *al hombre* la responsabilidad de mantener a su familia y ganar suficiente para que la esposa pueda cumplir con su función de madre en el hogar.

La preparación familiar es más urgente hoy en día

Padres, otro aspecto vital es que deben hacer arreglos para que la familia no pase necesidades en casos de emergencia. La preparación familiar es un principio de bienestar bien establecido y en la actualidad es más importante que nunca.

Les pregunto de todo corazón, ¿tienen almacenados para su familia comida, ropa y combustible, si fuera posible, suficientes para un año? La revelación de que, cuando se pueda, tengamos un huerto, criemos animales y almacenemos el producto de ellos puede que sea tan esencial para nuestro beneficio temporal hoy día como lo fue entrar al arca para la gente de la época de Noé.

También les pregunto: ¿Tratan de no gastar más de lo que tienen y están ahorrando, aunque sea un poco?

¿Son honrados con el Señor en el pago de los diezmos? La obediencia a esta ley divina les brindará tanto bendiciones espirituales como materiales.

Sí, hermanos, como padres en Israel ustedes tienen la gran responsabilidad de satisfacer las necesidades materiales de la familia y de estar preparados para casos de emergencia.

Proporcionar liderazgo espiritual

Segundo, ustedes tienen la sagrada responsabilidad de ser los líderes espirituales de la familia.

En un folleto que publicó hace algunos años el Consejo de los Doce, dice lo siguiente: "La paternidad equivale al liderazgo, el liderazgo más importante que existe. Siempre ha sido así… y siempre será de esa manera. Padres, con la ayuda, las sugerencias y el ánimo de su compañera eterna, ustedes deben presidir en el hogar" (véase *Padre, considera tus obras*, folleto, 1973, pág. 4).

No obstante, con la función de presidir se adquieren también importantes obligaciones. A veces nos enteramos de hombres, incluso hombres de la Iglesia, que piensan que ser el cabeza del hogar los coloca en un papel superior y les permite actuar como dictadores y tener exigencias injustas con la familia.

El apóstol Pablo dice que el marido es cabeza de la mujer, *así como* Cristo es cabeza de la Iglesia (véase Efesios 5:23; cursiva agregada). Ése es el modelo que debemos seguir en nuestra función de presidir en el hogar. El Señor no guía a Su Iglesia con una mano severa ni despiadada. El Señor no trata a Su Iglesia con falta de respeto ni se despreocupa de ella. El Señor no se vale de la fuerza para conseguir lo que quiere. Nunca encontraremos al Señor haciendo nada que no sea edificar, elevar, consolar y exaltar a la Iglesia. Hermanos, les digo esto con toda seriedad: En nuestra función de líderes espirituales de nuestra familia, debemos seguir el ejemplo de Cristo.

Esto se aplica en particular a la relación que tengan con sus esposas.

Amen a sus esposas

Una vez más el consejo del apóstol Pablo es muy apropiado; él dijo simplemente: "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia" (Efesios 5:25).

En las revelaciones de esta época el Señor habla otra vez de esta obligación: "Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra" (D. y C. 42:22). Que yo sepa, en todas las Escrituras hay sólo alguien más a quien se nos manda amar con todo nuestro corazón, además de nuestras esposas, y es a Dios mismo. Reflexionen sobre eso.

Esta clase de amor se puede demostrar a las esposas de muchas maneras. Lo primero y más importante es que nada, excepto Dios mismo, debe ocupar el lugar de la esposa: ni el trabajo ni las diversiones ni los pasatiempos. Su esposa es la compañera eterna y lo más preciado que tienen.

¿Qué quiere decir amar a alguien con todo el corazón? Quiere decir amar con todas las emociones y con toda devoción. Cuando uno ama a la esposa de todo corazón, por supuesto no la humilla, no la critica, ni le busca defectos; no abusa de ella con palabras, silencios forzados ni acciones condenables.

¿Qué quiere decir allegarse a ella? Quiere decir mantenerse cerca de ella, serle leal, serle fiel, hablar con ella y expresarle amor.

Amarla quiere decir estar al tanto de sus sentimientos y necesidades. A ella le gusta que la aprecien y le presten atención. Le agrada que le digan que la consideran atractiva y que ella es importante para ustedes. Amarla quiere decir que es preciso hacer todo lo posible para asegurar el bienestar de ella y su propia estimación.

Ustedes deben sentirse agradecidos de que ella sea la madre de sus hijos y la reina de su hogar; agradecidos de que ella haya escogido ser ama de casa y madre para dar a luz, nutrir, amar y enseñar a sus hijos, y que ella lo considere el llamamiento más noble de todos.

Esposos, reconozcan la inteligencia de su esposa y su capacidad de darles sugerencias como socia suya sobre los planes, las actividades y el presupuesto de la familia. No sean tacaños ni con el tiempo ni con el dinero.

Den a su esposa la oportunidad de desarrollarse en los planos intelectual, emocional, social y espiritual.

Recuerden, hermanos, que el amor puede alimentarse con acciones en apariencia insignificantes. Llevarle flores está bien, pero también es importante que estén dispuestos a ayudar a lavar la vajilla, cambiar pañales, levantarse de noche a atender a un niño que llora y dejar de mirar la televisión o de leer el periódico para ayudarla con la cena. Ésas son las formas de decir "te quiero" con nuestras acciones y dan resultados maravillosos con muy poco esfuerzo.

Esta clase de liderazgo del sacerdocio ejercido con amor se debe aplicar tanto con la esposa como con los hijos.

La función del padre en el hogar

Las madres tienen un papel preponderante en el hogar y son el corazón de él, pero esto no disminuye la función importantísima que desempeñan los padres como cabeza de la familia al criar, enseñar y amar a sus hijos.

Como el patriarca del hogar, ustedes tienen la gran responsabilidad de asumir el liderazgo para educar a sus hijos. Deben ayudar a crear un hogar en el que pueda morar el Espíritu del Señor. Su función es guiar la vida familiar en todos los aspectos, tomando parte activa en establecer las reglas de disciplina familiar y en su aplicación.

Nuestros hogares deben ser refugios donde nuestra familia pueda encontrar paz y alegría. Ningún hijo debe tener miedo de su padre, y mucho menos de un padre que posea el sacerdocio. El deber del padre es asegurarse de que su hogar sea un hogar feliz, y no puede lograrlo cuando en su casa haya discusiones, peleas, malos sentimientos y mal comportamiento. Los buenos padres, al disciplinar y educar a sus hijos, al cuidarlos y quererlos y al darles un buen ejemplo, ejercen una influencia poderosa que es vital para su bienestar espiritual.

Proporcionar liderazgo espiritual

Con el corazón lleno de amor, quisiera sugerir a los padres en Israel diez modos en que pueden ejercer un liderazgo espiritual con sus hijos:

1. Den bendiciones de padre a sus hijos. Bautícenlos y confírmenlos. Ordenen a sus hijos al sacerdocio. Ésos serán los puntos sobresalientes en la vida espiritual de ellos.

2. Dirijan personalmente las oraciones familiares, la lectura de las Escrituras y las noches de hogar semanales. Cuando ustedes participen con dedicación en estas actividades, sus hijos se darán cuenta de lo importantes que son esas actividades para ustedes.

3. Siempre que sea posible, vayan todos juntos a las reuniones de la Iglesia. Ir a la Iglesia todos juntos y participar juntos en las reuniones es vital para el bienestar espiritual de los hijos.

4. Dediquen tiempo a cada uno de los hijos por separado. Como familia, vayan de paseo y a acampar, a competencias deportivas y a recitales, a programas de sus escuelas, etc. Es muy importante para todos que el padre los acompañe.

5. Establezcan tradiciones familiares como paseos al campo, viajes, etc. Estos recuerdos serán imborrables para los hijos.

6. Tengan entrevistas personales con los hijos. Permítanles que hablen de lo que ellos quieran. Enséñenles principios del Evangelio y valores importantes. Digales que los quieren. Todas estas cosas demuestran a los hijos que ellos son importantes para ustedes.

7. Enseñen a sus hijos a trabajar y muéstrenles el valor de esforzarse por alcanzar una meta apropiada. Cuando el padre abre una cuenta bancaria para la misión y la educación de sus hijos, demuestra a éstos lo que él considera importante.

8. Escuchen buena música y tengan a mano buenos libros en la casa. Los hogares en los que se cultiva el gusto por las obras de arte tienen una influencia beneficiosa sobre los hijos para siempre.

9. Si la distancia lo permite, vayan al templo con su esposa con regularidad. De esa forma los hijos comprenderán mejor la importancia del matrimonio en el templo y de los convenios que allí se hacen, como también la importancia de la familia eterna.

10. Permitan que sus hijos vean la satisfacción que sienten al servir en la Iglesia. Esto les servirá de ejemplo, y es probable que también ellos quieran servir en la Iglesia y encuentren satisfacción al hacerlo.

Su llamamiento más importante

Esposos y padres en Israel, ¡ustedes pueden hacer tanto por la salvación y la exaltación de sus familias! ¡Sus responsabilidades son tan importantes!

Recuerden que el llamamiento de padres en la Iglesia es sagrado, que es el llamamiento más importante en esta vida y en toda la eternidad; es un llamamiento del que nunca serán relevados.

Ruego que siempre puedan proveer las necesidades materiales de su familia y que, con su esposa a su lado, puedan cumplir con la sagrada responsabilidad de ser los líderes espirituales del hogar.

De un discurso pronunciado por el presidente Benson en la sesión del sacerdocio de la conferencia general de la Iglesia de octubre de 1987 (véase *Liahona*, enero de 1988, páginas 48–51).

La función sagrada del padre y de la madre

11

Parte 2: La función de la madre

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- En la Proclamación para la familia, se nos aconseja que "el padre y la madre, como iguales, están obligados a ayudarse mutuamente" (véase la página IV de esta guía de estudio). Junto con su cónyuge, repase las 10 sugerencias para los padres que da el presidente Ezra Taft Benson, las cuales se encuentran en las páginas 41–42 de esta guía de estudio, así como las 10 sugerencias para las madres, en las páginas 46–47. Analicen formas en que puedan trabajar juntos y apoyarse el uno al otro en esas responsabilidades.
- Escriba una carta a su madre o a una de sus abuelas.

Asignación de lectura

Estudie los siguientes artículos. Si está casado, léalos y analícelos con su cónyuge.

"Porque ella es madre"

Élder Jeffrey R. Holland
del Quórum de los Doce Apóstoles

Tributo a las madres

Hay unas líneas que se le atribuyen al escritor Víctor Hugo que dicen:

"Ella rompió el pan en dos trozos y se lo dio a sus hijos, quienes lo comieron con avidez.

"—No se dejó nada para ella —refunfuñó el sargento.

"—Porque no tiene hambre —dijo un soldado

"—No —dijo el sargento—, porque ella es madre".

En este año en que celebramos la fe y el valor de quienes realizaron el difícil viaje en carromato a través de los estados de Iowa, Nebraska y Wyoming, deseo rendir tributo a la versión moderna de esas madres pioneras que oraron por sus bebés, los cuidaron, y en demasiadas ocasiones tuvieron que enterrarlos en el camino. A las mujeres que me escuchan que desean de todo corazón ser madres y no lo son, les digo que no obstante las lágrimas que ustedes y nosotros derramemos por ello, sabemos que Dios, en algún día venidero, traerá esperanza al desolado corazón[1]. Tal como los profetas han enseñado en repetidas ocasiones desde este púlpito, a fin de cuentas "ninguna bendición [les] será retenida" a los fieles, aun cuando esas bendiciones no se reciban inmediatamente[2]. Mientras tanto, nos regocijamos de que el llamado de criar hijos no se limita sólo a los de nuestra propia sangre.

Al hablar de las madres, no es mi intención menoscabar la función decisiva y urgente de los padres, especialmente porque algunos consideran la falta del padre en el hogar contemporáneo como "el principal problema social de nuestra época"[3]. En verdad, la falta del padre puede ser un problema aun en el hogar en que haya un padre presente, si come y duerme allí, pero no forma parte del núcleo familiar. Pero ése es un mensaje para el sacerdocio del cual se hablará en otro momento. Hoy deseo elogiar las manos maternas que han mecido la cuna del niño y que, por haber enseñado rectitud a sus pequeños, se hallan en el centro mismo del propósito que el Señor tiene para nosotros en la vida mortal.

Con este mensaje hago eco de lo que Pablo escribió cuando alabó de Timoteo su "fe no fingida… la cual habitó primero" dijo él, "en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice"[4]. "Desde la niñez", dijo Pablo, "has sabido las Sagradas Escrituras"[5]. Damos gracias por todas las madres y abuelas de quienes se han aprendido esas verdades desde una tierna edad.

Los sacrificios hechos por las madres jóvenes

Al hablar de las madres en general, deseo en especial elogiar y alentar a las madres *jóvenes*. La labor de una madre es ardua y muchas veces pasa desapercibida. Los primeros años son con frecuencia aquellos en que el esposo o la esposa, o ambos, se encuentran todavía estudiando o en esas primeras etapas de escasez en que el marido aprende la forma de ganarse el sustento. La economía familiar fluctúa diariamente entre poco y nada. Por lo general, la decoración del departamento

se compone de uno o dos diseños: el de las tiendas de segunda mano o "a lo vacío". El automóvil, si tienen, anda con las llantas lisas y el tanque vacío. Sin embargo, a menudo el problema más grande que enfrenta una joven madre que de noche tiene que alimentar al bebé o atenderlo porque le están saliendo los dientes, es la fatiga. En el transcurso de esos años, las madres hacen más con menos descanso y dan más a los demás, con menor recompensa, que ningún otro grupo del que yo tenga conocimiento, en cualquier otra etapa de la vida. No es de sorprenderse que tengan enormes ojeras.

La ironía, claro está, es que con frecuencia es ella a quien deseamos llamar, o necesitamos llamar, para servir en las organizaciones auxiliares de barrio y de estaca. Eso es comprensible. ¿Quién no desea la influencia ejemplar de esas Loidas y Eunices en formación? Pero seamos todos sabios. Recuerden que las familias son lo más importante de todo, especialmente en esos años formativos, y de todas maneras las madres jóvenes se las arreglarán magníficamente para servir fielmente en la Iglesia, así como otros les prestan servicio y las fortalecen a ellas y a sus familias.

Pongan su mejor esfuerzo durante esos atareados años, pero hagan lo que hagan, valoren esa función tan exclusivamente suya y por la cual el mismo cielo envía ángeles para velar por ustedes y sus pequeños. Esposos, en especial los esposos, al igual que los líderes de la Iglesia y los amigos de todas partes, sean serviciales, sensibles y prudentes. Recuerden que "todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora"[6].

Madres, nosotros reconocemos y apreciamos su "fe en cada paso". Por favor, sepan que su esfuerzo valió, vale y para siempre valdrá la pena. Y si por alguna razón están haciendo ese valeroso esfuerzo a solas, sin un marido a su lado, entonces serán más fervientes nuestras oraciones por ustedes y más resuelta nuestra determinación para extenderles una mano de ayuda.

Las madres hacen la obra de Dios

Hace poco una joven madre me escribió diciéndome que su angustia parecía tener tres orígenes. Uno era que cada vez que escuchaba un discurso sobre la maternidad en la Iglesia, se preocupaba porque sentía que no estaba a la altura de lo que se esperaba de ella o que iba a ser incapaz de llevar a cabo la labor. Segundo, sentía que el mundo esperaba que ella enseñara a los hijos lectura, escritura, decoración de interiores, latín, cálculo integral y la red Internet, todo antes de que el bebé siquiera balbuceara. Tercero, muchas veces sentía que la gente la trataba con aire condescendiente, casi siempre sin proponérselo, ya que el consejo e incluso los elogios que ella recibía parecían no reflejar la inversión mental, el esfuerzo espiritual y emocional, las exigencias intensas de toda la noche y todo el día que agotan la energía pero que a veces son necesarias si uno desea y trata de ser la madre que Dios espera que sea.

Pero dijo que había una cosa que la hacía seguir adelante. Según dijo: "A través de los altibajos y de las lágrimas que en ocasiones he derramado, *sé muy dentro de mí que estoy llevando a cabo la obra de Dios*. Sé que por medio de la maternidad participo con Él en una asociación eterna. Me conmueve profundamente que Dios considere la paternidad como Su máxima finalidad y satisfacción, aun cuando algunos de Sus hijos le hagan llorar.

"Es esa comprensión", dice, "la que trato de recordar durante esos inevitables días difíciles cuando todo esto me abruma tanto. Quizá sea precisamente nuestra incapacidad e inquietud las que nos instan a acercarnos a Él y a intensificar Su facultad para acercarse a Su vez a nosotros. Es posible que Él tenga la secreta esperanza de que *sintamos* inquietud y que *supliquemos* humildemente Su ayuda. Creo que entonces Él podrá enseñar a esos niños directamente, por nuestro intermedio, sin que opongamos resistencia. Esa idea me gusta y me brinda esperanza", concluye. "Si vivo con rectitud delante de mi Padre Celestial, tal vez la guía que Él les dé a nuestros hijos no sea obstruida. Acaso entonces pueda llevarse a cabo Su obra y Su gloria en el verdadero sentido de la palabra"[7].

Sus hijos bendecirán su nombre

En vista de esa expresión, está claro que algunas de esas grandes ojeras no provienen solamente del cambio de pañales y de ser el chofer de los niños, sino de algunas noches en vela haciendo una evaluación del alma, buscando con ansias alcanzar la capacidad de criar a esos hijos para que lleguen a ser lo que Dios desea que sean. Conmovido ante esa devoción y determinación, quisiera decirles a todas las madres, en el nombre del Señor: Ustedes son magníficas. Están haciendo una excelente labor. El solo hecho de que se les haya dado esa responsabilidad es una evidencia eterna de la confianza que el Padre Celestial tiene en ustedes. Él sabe que el dar a luz no las pone inmediatamente dentro del círculo de los omniscientes. Si ustedes y sus esposos se esfuerzan por amar a Dios y vivir el Evangelio; si ruegan por la guía y el consuelo del Santo Espíritu que se ha prometido a los fieles; si van al templo tanto para hacer como para reclamar las promesas de los convenios más sagrados que un hombre o una mujer puedan hacer en este mundo;

si demuestran a los demás, incluyendo a sus hijos, el mismo amor, compasión y perdón que desean que el cielo les conceda; si hacen lo que esté a su alcance por ser buenos padres, habrán hecho todo lo humanamente posible y todo lo que Dios espera que hagan.

En ocasiones, la decisión que toma un hijo o nieto les romperá el corazón. Algunas veces, lo que deseamos no se cumple inmediatamente. Todo padre y madre se preocupa por eso. Aun el presidente Joseph F. Smith, que fue un amoroso y extraordinario padre, rogó: "¡Oh Dios, no permitas que pierda a los míos!"[8]. Ése es el ruego de todo padre y también su temor. Pero nadie que continúa esforzándose y orando ha fracasado. Ustedes tienen todo el derecho de recibir aliento y de saber que al final sus hijos bendecirán su nombre, al igual que las anteriores generaciones de madres, que tuvieron las mismas esperanzas y los mismos temores.

De ustedes es la grandiosa tradición de Eva, la madre de toda la familia humana, que comprendió que ella y Adán *tenían* que caer "para que los hombres [y las mujeres] existiesen"[9] y para que hubiera gozo. Suya es la grandiosa tradición de Sara, de Rebeca y de Raquel. Sin ellas no hubieran existido esas extraordinarias promesas patriarcales dadas a Abraham, Isaac y Jacob que nos bendicen a todos. También [es de ustedes] la grandiosa tradición de Loida y Eunice y de las madres de los dos mil jóvenes guerreros, y la extraordinaria tradición de María, quien fuera elegida y preordenada, desde antes que el mundo fuese, para concebir, llevar en su vientre y dar a luz al Hijo del mismo Dios. A todas ustedes les damos las gracias, incluso a nuestras propias madres, y les decimos que no hay nada más importante en este mundo que el participar tan directamente en la obra y la gloria de Dios, al brindar la mortalidad y la vida terrenal a Sus hijos, para que la inmortalidad y la vida eterna puedan lograrse en los reinos celestiales.

Confíen en el Salvador para siempre

Cuando se acercan al Señor con mansedumbre y humildad de corazón y, cómo dijo una madre, "golpean a la puerta de los cielos para pedir, para rogar, para exigir guía, sabiduría y ayuda para realizar esa labor maravillosa", la puerta se abre de par en par para proporcionarles la influencia y la ayuda de toda la eternidad. Reclamen las promesas del Salvador. Pidan el bálsamo sanador de la Expiación para cualquier problema que tengan ustedes o sus hijos. Sepan que con fe las cosas se pueden arreglar a pesar de ustedes, o mejor dicho, por causa de ustedes.

Es imposible lograrlo solas, pero tienen quién les ayude. El Maestro de los cielos y la tierra les bendecirá; Él, que resueltamente busca a la oveja perdida, que barre con diligencia en busca de la moneda perdida y que espera eternamente el regreso del hijo pródigo. De ustedes es la obra de salvación y por consiguiente serán magnificadas, recompensadas, serán hechas más de lo que son y de lo que jamás hayan sido al esforzarse honradamente, no obstante lo inadecuado que algunas veces piensen que es ese esfuerzo.

Recuerden todos los días de su maternidad: "He aquí… no habéis llegado hasta aquí sino por la palabra de Cristo, con fe inquebrantable en él, confiando íntegramente en los méritos de aquel que es poderoso para salvar"[10].

Confíen en Él plenamente y para siempre. Y sigan "adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza"[11]. Están haciendo la obra de Dios y la están haciendo maravillosamente bien. Él las bendice y las bendecirá, aun y *especialmente*, en los días y las noches más difíciles. Al igual que la mujer que en forma anónima, con humildad, quizá incluso con titubeo y vergüenza, se abrió paso entre la multitud para tocar solamente el borde del manto del Maestro, Cristo les dirá a las mujeres que se preocupan, dudan o a veces lloran debido a la responsabilidad que tienen como madres: "Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado"[12]. Y esa fe salvará también a sus hijos.

De un discurso pronunciado por el élder Holland en la conferencia general de la Iglesia de abril de 1997 (véase *Liahona*, julio de 1997, páginas 38–40).

NOTAS

1. Véase "Redeemer of Israel", *Hymns*, Nº 6; 3 Nefi 22:1.
2. Véase de Joseph Fielding Smith, *Doctrina de Salvación*, tomo II, pág. 71; Harold B. Lee, *Ye Are the Light of the World: Selected Sermons and Writings of President Harold B. Lee*, 1974, pág. 292; y Gordon B. Hinckley, "Lo que Dios ha unido", *Liahona*, julio de 1991, pág. 77.
3. Tom Lowe, "Fatherlessness: The Central Social Problem of Our Time", Claremont Institute Home Page Editorial, enero de 1996.
4. 2 Timoteo 1:5.
5. 2 Timoteo 3:15.
6. Eclesiastés 3:1.
7. Correspondencia personal.
8. Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, pág. 455.
9. 2 Nefi 2:25.
10. 2 Nefi 31:19.
11. 2 Nefi 31:20.
12. Mateo 9:22.

A las madres en Sión

Presidente Ezra Taft Benson
Decimotercer Presidente de la Iglesia

Madres en Sión, su cometido divino es sumamente vital para su exaltación y para la salvación y exaltación de su familia. Por encima de cualquier cosa que se pueda comprar con dinero, el niño necesita una madre, y dedicarle tiempo es el mayor de todos los regalos.

Con el corazón lleno de amor por las madres de Sión, quisiera sugerirles diez modos en que pueden dedicar a sus hijos un tiempo que resulte eficaz.

Estén siempre disponibles. Primero, dediquen tiempo a estar presentes y disponibles cuando sus hijos vayan y vengan: cuando salgan para la escuela y cuando vuelvan de ella, cuando salgan con otros jóvenes y cuando regresen del paseo, cuando lleven amigos a casa. Estén allí ya sea que tengan hijos de seis o dieciséis años. Entre los mayores problemas que enfrenta nuestra sociedad está el de los millones de niños que vuelven diariamente a una casa vacía y sin supervisión debido a que ambos padres trabajan.

Sean amigas de sus hijos. Madres, en segundo lugar, dediquen tiempo a ser verdaderas amigas de sus hijos. Escúchenlos con atención; hablen con ellos, hagan chistes y rían con ellos; canten, jueguen y lloren con ellos; abrácenlos; elógienlos sinceramente. Y dediquen regularmente un tiempo exclusivo, personal, a cada uno de ellos. Sean amigas verdaderas.

Léanles a menudo. Tercero, dediquen tiempo a leerles desde que están en la cuna. Piensen en las palabras de este poema:

"Puedes tener incontables tesoros,
piedras preciosas y cofres con oro.
Mas lo que yo tengo es perdurable:
Lo que cuando era niño me leyó mi madre"
(Strickland Gillilan, "The Reading Mother"
[La madre que lee]).

Si les leen regularmente, inculcarán en sus hijos el amor por la buena literatura y por las Escrituras.

Oren con sus hijos. Cuarto, dediquen tiempo a orar con ellos. Bajo la dirección del padre, se debe tener una oración familiar de mañana y de noche. Cuando piden las bendiciones del cielo sobre ellos, háganlo de manera que sus hijos puedan percibir la fe que tienen. Parafraseando a Santiago dire: "La oración de la madre justa puede mucho" (véase Santiago 5:16). Enséñenles a participar en las oraciones familiares y a decir sus propias oraciones, y regocijen al escuchar sus dulces súplicas a nuestro Padre Celestial.

Lleven a cabo semanalmente la noche de hogar. Quinto, dediquen tiempo todas las semanas a tener una noche de hogar que sea de valor para su familia. Con su esposo presidiendo, contribuyan a la noche de hogar para que sea espiritual y edificante; den participación en ella a sus hijos; enséñenles principios correctos; hagan que esta reunión se convierta en una tradición familiar. Recuerden la maravillosa promesa del presidente Joseph F. Smith cuando la Iglesia estableció la práctica de las noches de hogar: "Si los santos obedecen este consejo, les prometemos que recibirán grandes bendiciones por ello. El amor en el hogar y la obediencia a los padres aumentarán; la fe crecerá en el corazón de los jóvenes de Israel y obtendrán el poder para combatir la influencia maligna y las tentaciones que los rodean" (en *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints,* comp. por James R. Clark, 6 tomos, 1965–1975, tomo IV, pág. 339). Esta maravillosa promesa sigue en vigor en la actualidad.

Estén con ellos a la hora de comer. Sexto, dediquen tiempo a estar con ellos a la hora de la comida. Esto se convierte en un problema después que los hijos crecen y tienen una vida más ocupada. Pero si los padres y los hijos hacen el esfuerzo por estar juntos a esa hora, alrededor de la mesa tienen lugar conversaciones agradables, planes compartidos acerca de las actividades diarias y oportunidades especiales de enseñar y aprender.

Lean diariamente las Escrituras. Séptimo, dediquen tiempo a leer las Escrituras juntos, todos los días en familia. Es importante que se lean individualmente; pero la lectura familiar es vital. El hecho de que la familia lea junta el Libro de Mormón traerá más espiritualidad a su hogar y les dará a todos el poder de resistir la tentación y de tener el Espíritu Santo como su constante compañero. Yo les prometo que el Libro de Mormón cambiará la vida de todos los miembros de la familia.

Tengan actividades de toda la familia junta. Octavo, dediquen tiempo a tener actividades con toda la familia. Hagan que los paseos y salidas especiales, comidas al aire libre, celebraciones de cumpleaños, viajes y cualquier otra actividad sean momentos especiales que creen en todos recuerdos felices para el futuro. Siempre que sea posible, asistan juntos a acontecimientos en los que un miembro de la familia participe, tales como una representación escolar, una competencia deportiva, un discurso, un recital. Asistan juntos a las reuniones de la Iglesia, y siéntanse juntos siempre que puedan. Las madres que influyen para que sus hijos oren y se entretengan juntos verán que la familia se mantiene unida y serán una bendición para todos ellos.

Enseñen a sus hijos. Noveno, madres, dediquen tiempo a enseñarles, aprovechando también toda oportunidad de enseñanza que se les presente. Puede ser en cualquier momento: a la hora de comer, en ocasiones de estar sentados juntos descansando, en el dormitorio al final del día o en una caminata en las primeras horas de la mañana. Ustedes son el mejor maestro que sus hijos tendrán. No entreguen esa valiosa responsabilidad a las niñeras o las guarderías. Los ingredientes más importantes de que dispone una madre para enseñar a sus hijos son el amor y el profundo interés que siente por ellos.

Enséñenles los principios del Evangelio; enséñenles las recompensas de ser buenos; enséñenles que en el pecado no existe la seguridad; enséñenles a sentir amor por el Evangelio de Jesucristo y a obtener un testimonio de su divinidad.

Enseñen a sus hijos a ser modestos y a respetar su condición de futuros hombres y mujeres; enséñenles la pureza sexual, las normas apropiadas del trato cuando salen con jóvenes del sexo opuesto; enséñenles sobre el casamiento en el templo, el servicio misional y la importancia de aceptar los llamamientos en la Iglesia y honrarlos.

Enséñenles a sentir amor por el trabajo y a reconocer el valor de una buena instrucción escolar.

Enséñenles la importancia de buscar formas apropiadas de entretenerse o divertirse, incluso en el cine, la televisión, la música, los libros y las revistas. Analicen con ellos los daños de la pornografía y del consumo de drogas y enséñenles el valor de llevar una vida limpia.

Sí, madres, enseñen a sus hijos el Evangelio en su propio hogar, en sus conversaciones con ellos. Ésta será la enseñanza más eficaz que ellos recibirán en su vida; es la enseñanza a la manera del Señor. La Iglesia no puede enseñar en la forma en que ustedes lo pueden hacer; ni puede hacerlo la escuela, ni la guardería. Ustedes pueden y el Señor las sostendrá en esta tarea. Sus hijos recordarán sus enseñanzas, y aun cuando sean viejos no se apartarán de ellas. Y las llamarán "bienaventuradas", y serán un ángel para ellos.

Madres, esta enseñanza materna y divina lleva tiempo, mucho tiempo. No se puede llevar a cabo con eficacia si se efectúa de a ratos, sino que tienen que dedicarse a ella constantemente a fin de que sus hijos sean salvos y reciban su exaltación. Ése es su llamamiento divino.

Amen sinceramente a sus hijos. Décimo y por último, dediquen tiempo a amarlos sinceramente. El amor incondicional de una madre se asemeja al amor de Cristo.

Éste es un hermoso tributo que un hijo rindió a su madre: "No recuerdo muy bien cuál era su opinión con respecto al voto ni si tenía algún prestigio social; tampoco recuerdo sus ideas sobre pedagogía, nutrición ni genética. Lo que permanece en mi memoria a través de los muchos años pasados es el amor que me expresaba. Muchas veces se acostaba en la hierba conmigo para contarme cuentos, y le gustaba jugar a las escondidas con nosotros. Siempre estaba abrazándome, y eso me gustaba. Tenía un rostro radiante. Para mí, era como estar con Dios y pensar en todas las cosas maravillosas que se dicen de Él. ¡Y sus canciones! De todas las sensaciones agradables que he experimentado, ninguna se compara con el éxtasis de subirme a su falda y dormirme en sus brazos mientras ella se mecía en la mecedora y me cantaba. Al pensar en mi madre, me pregunto si la mujer de hoy, con todas sus ideas modernas y sus planes, comprenderá la enormidad de la influencia que puede tener para moldear a sus hijos, ya sea para bien o para mal. Me pregunto si se dará cuenta de la importancia que tienen su amor y atención en la vida de un niño".

Madres, sus hijos adolescentes también necesitan de amor y atención similares. Parece que a algunos padres les es fácil expresar y demostrar amor a sus hijos mientras éstos son pequeños, pero les es difícil hacerlo cuando son ya mayores. Esfuércense en esto orando al respecto. No tiene por qué haber nada que les separe de ellos, y el amor es la clave para el entendimiento. Nuestros jóvenes necesitan amor y atención, no liberalidad; necesitan de sus padres comprensión profunda, no indiferencia; necesitan que sus padres les dediquen tiempo. Las bondadosas enseñanzas de una madre y su amor y confianza en sus hijos adolescentes pueden salvarlos de un mundo de iniquidad.

De un discurso pronunciado por el presidente Benson en una charla fogonera para padres el 22 de febrero de 1987.

La enseñanza de los hijos por medio del ejemplo y de la instrucción

12

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- Medite en cuanto a las necesidades de sus hijos o de sus nietos, sobrinos o de otros niños o jóvenes que conozca. Planifique oportunidades para enseñar a estos niños por medio de sus acciones y sus palabras.
- Repase el material que trata sobre la enseñanza dentro del vínculo familiar que se encuentra en *La enseñanza: El llamamiento más importante* (36123 002), páginas 143–162 y en la *Guía para la organización familiar* (31180 002), páginas 3–8. Si está casado, lea y analice este material con su cónyuge.

Asignación de lectura

Estudie los siguientes artículos. Si está casado, léalos y analícelos con su cónyuge.

Lo más difícil del mundo: ser buenos padres

Élder James E. Faust
del Quórum de los Doce Apóstoles

El ser padre es un llamamiento divino

Me siento inspirado a hablar sobre un tema que considero lo más difícil del mundo. Se trata del privilegio y la responsabilidad de ser buenos padres. En ese aspecto, hay tantas opiniones como padres. No obstante, son pocos los que afirman saberlo todo y, por cierto, yo no soy uno de ellos.

Creo que entre nosotros hay ahora más jóvenes excelentes que en cualquier otra época de mi vida. Esto implica que la mayoría de ellos provienen de buenos hogares y tienen padres dedicados y abnegados. Sin embargo, aun los padres más responsables sienten que alguna vez también ellos han cometido errores. Recuerdo una ocasión en la que cometí una imprudencia y mi madre exclamó: "¿En qué habré fallado?"

El Señor dijo: "…os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad" (D. y C. 93:40). Para mí, ése es el esfuerzo humano más importante.

Ser padre o madre no sólo es una gran responsabilidad, sino que es un llamamiento divino; es un esfuerzo que requiere consagración. El presidente David O. McKay dijo que la paternidad es "la responsabilidad más grande que se le ha confiado al ser humano" (*The Responsibility of Parents to Their Children,* folleto sin fecha de publicación, pág. 1).

La creación de hogares de éxito

Si bien hay pocos desafíos que sean mayores que el de la paternidad, pocas son las cosas que ofrecen un grado mayor de gozo. Sin duda no hay trabajo más importante en este mundo que el de preparar a nuestros hijos para aprender el temor a Dios, ser felices, honrados y productivos. No hay felicidad mayor para los padres que lograr que sus hijos los honren a ellos y a sus enseñanzas. Ésa es en realidad la gloria de la paternidad. Juan testificó: "No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad" (3 Juan 1:4). En mi opinión, el enseñar, criar y capacitar a los hijos requiere más inteligencia, comprensión intuitiva, humildad, fortaleza, sabiduría, espiritualidad, perseverancia y mucho más trabajo que cualquier otra tarea que tengamos en la vida, en especial cuando las normas morales de honor y decencia decaen a nuestro alrededor. Para tener éxito en el hogar, se deben enseñar valores e imponerse reglas y normas constantes. Hay comunidades que no apoyan mucho a los padres en lo que respecta a enseñar y honrar normas morales. Hay culturas que

las han perdido por completo y muchos de sus jóvenes tienen una actitud sarcástica ante lo que es moral.

Ante el deterioro de la sociedad y la ruptura de la familia, lo mejor es prestar más atención y hacer un mayor esfuerzo para enseñar a la futura generación: nuestros hijos. Para ello, primero debemos fortalecer a sus maestros. Los educadores más importantes son los padres y demás miembros de la familia, y el hogar es la mejor escuela. De alguna manera debemos hacer un esfuerzo mayor por que el hogar sea como un santuario en contra de la dañina decadencia moral. La armonía, la felicidad, la paz y el amor dan a los hijos la fortaleza interior necesaria para lidiar con los problemas de la vida. Hace unos meses, Barbara Bush, esposa del presidente de los Estados Unidos, dijo a los graduados de una universidad en Massachusetts:

"Sea la época que sea, hay algo que no cambia. Padres y madres: los hijos están primero. Deben leerles a sus hijos, deben abrazarlos y deben amarlos. El éxito que logren como familia, así como el de la sociedad, no depende de lo que suceda en la Casa Blanca, sino de lo que suceda en nuestras casas" (*Washington Post*, 2 de junio de 1990).

Para ser buenos padres hay que renunciar a sí mismo en favor de los hijos. Como consecuencia de ese sacrificio, los padres adquieren nobleza de carácter y aprenden a llevar a la práctica las verdades que enseñó el Salvador.

Respeto muchísimo a los padres que crían solos, sin su cónyuge, a sus hijos, esforzándose y sacrificándose, luchando contra grandes problemas para mantenerlos unidos. Estas personas merecen respeto y ayuda por ese esfuerzo heroico. La labor de un padre o una madre se hace más fácil cuando ambos están en el hogar. Con frecuencia los hijos ponen a prueba la fortaleza y la sabiduría de sus padres.

¿Con cuánta frecuencia llevan a cabo la oración familiar?

Hace unos años, el presidente Kimball entrevistó al obispo Stanley Smoot y le preguntó:

—¿Cuán a menudo tienen la oración familiar?

Y la respuesta fue:

—Tratamos de orar dos veces al día, pero en general lo hacemos una vez.

El presidente Kimball entonces replicó:

—Antes era suficiente que la familia orara junta una vez al día, pero no lo será en el futuro si deseamos salvarla.

Me pregunto si en lo futuro tener la noche de hogar de vez en cuando será suficiente para fortalecer moralmente a nuestros hijos. Tampoco será suficiente en el futuro el estudio esporádico de las Escrituras para que los hijos se defiendan de la decadencia moral que los rodea. ¿Dónde van los hijos a aprender sobre castidad, integridad, honestidad y decencia si no es en el hogar? Por supuesto que la Iglesia reforzará estos valores, pero la enseñanza de los padres es más constante.

Los padres deben dar el ejemplo

Cuando los padres enseñan a sus hijos a evitar el peligro, no es apropiado decirles: "Tenemos más experiencia y conocimiento que ustedes sobre las cosas del mundo; nosotros podemos arriesgarnos". La hipocresía de los padres puede hacer que los hijos… duden de lo que éstos les enseñen. Por ejemplo, cuando los padres van a ver películas que prohíben a sus hijos, éstos luego dudan de las enseñanzas de sus progenitores. Si se espera que los hijos sean honrados, los padres también deben serlo. Si se espera que los hijos sean virtuosos, los padres también deben serlo. Si se espera que los hijos sean honorables, los padres deben serlo.

Entre los valores que se deben enseñar a los hijos está el respetar a los demás, comenzando con sus padres y familiares; respetar las creencias religiosas y el patriotismo de otros; respetar la ley y el orden; respetar la propiedad ajena y respetar la autoridad. Timoteo nos recuerda que los hijos primero deben aprender "a ser piadosos para con su propia familia" (1 Timoteo 5:4).

La disciplina de los hijos

Una de las cosas más difíciles que deben hacer los padres es disciplinar debidamente a los hijos, porque cada uno es diferente. Muchas veces cuando un método resulta con uno, falla con otro. Y no hay nadie mejor que los padres para determinar con precisión cuál es el método disciplinario demasiado severo o demasiado indulgente para los hijos. Todo es cuestión de discernimiento y oración de parte de los padres. Por cierto que el principio que se aplica en todos los casos es que la disciplina debe ser motivada por el amor y no por el castigo. Brigham Young aconsejó: "Nunca castigues a una persona más allá de tu capacidad para amarla y ayudarla" (*Discourses of Brigham Young*, selecciones de John A. Widtsoe, 1954, pág. 278). No obstante, la guía y la disciplina son fundamentales en la crianza de los hijos. Si los padres no los disciplinan, la gente lo hará tal vez de un modo que no gustará a

los padres. Sin disciplina, los hijos no respetarán las reglas del hogar ni las de la sociedad.

Uno de los propósitos principales de la disciplina es enseñar obediencia. El presidente David O. McKay dijo: "Si los padres no enseñan obediencia a sus hijos, la sociedad la exigirá y la obtendrá. Por lo tanto, es mejor que, con bondad y comprensión, la enseñanza se imparta en el hogar y no se deje librada a la brutal e indiferente disciplina que la sociedad les impondrá, al no haber los padres cumplido con esa obligación" (*The Responsibility of Parents to Their Children*, pág. 3).

El enseñar a los hijos a trabajar

Una parte esencial al enseñarles a ser disciplinados y responsables es enseñarles a trabajar. A medida que maduramos, muchos somos como el hombre que dijo: "Me gusta el trabajo; me encanta. Puedo sentarme horas a contemplar a los que trabajan" (Jerome Klapka Jerome, en *The International Dictionary of Thoughts*, compilación de John P. Bradley, Leo F. Daniels y Thomas C. Jones, 1969, pág. 782). Repito, los mejores maestros que pueden enseñar el principio del trabajo son los padres. En mi caso, el comenzar a trabajar junto a mi padre y abuelo, tíos y hermanos, me brindó una gran satisfacción. Estoy seguro de que más de una vez fui más un estorbo que una ayuda, pero los recuerdos que guardo de esa época son hermosos y las lecciones que aprendí fueron realmente valiosas. Es imperioso que los hijos aprendan responsabilidad e independencia. ¿Dedican tiempo los padres para demostrar y enseñar a sus hijos a fin de que éstos puedan, como lo enseñó Lehi, "actuar por sí mismos, y no para que se actúe sobre ellos" (2 Nefi 2:26)?

Luther Burbank, uno de los mejores horticultores del mundo, dijo: "Si prestáramos a las plantas la misma atención que damos a nuestros hijos, el mundo estaría cubierto por una selva de hierbas" (en *Elbert Hubbard's Scrapbook*, 1923, pág. 227).

Desafíos especiales para los padres

Los hijos también se benefician del albedrío moral que nos brinda la oportunidad de progresar y desarrollarnos. Ese albedrío moral les da también a éstos la oportunidad de escoger lo opuesto al egoísmo, el derroche y la autodestrucción. Con frecuencia, los hijos manifiestan su albedrío moral desde muy pequeños.

Aquellos que han sido padres conscientes, amorosos y dedicados, y que han vivido de acuerdo con principios justos lo mejor que han podido, deben conformarse sabiendo que ellos son buenos padres, a pesar del mal comportamiento de alguno de sus hijos. Éstos a su vez tienen la responsabilidad de escuchar, obedecer y, si se les enseñó debidamente, aprender. Los padres no siempre son responsables de todo el mal comportamiento de los hijos, porque tampoco pueden asegurar su buen comportamiento. Hay hijos que pondrían a prueba la sabiduría de Salomón y la paciencia de Job.

Con frecuencia los padres que se encuentran en una buena situación económica o los que son demasiado indulgentes tienen ciertos problemas especiales. En cierto sentido, los chicos que se encuentran en tales circunstancias utilizan a sus padres como rehenes al negarse a cumplir con sus normas a menos que éstos accedan a sus exigencias. El élder Neal A. Maxwell dijo que "aquellos que hacen demasiado *por* sus hijos pronto ven que no pueden hacer nada *con* ellos. Cuando se les da demasiado, a la larga se les perjudica" ("The man of Christ", *Ensign*, mayo de 1975, pág. 101). Parecería que, por naturaleza, el ser humano no valora las cosas materiales que no ha ganado por sí mismo.

Irónicamente, hay padres que desean que sus hijos tengan amigos y sean populares entre ellos pero, al mismo tiempo, temen que cometan los mismos errores que sus compañeros.

El ayudar a los hijos a aceptar los valores

En general, los jóvenes que han tomado la determinación de abstenerse de las drogas, el alcohol y el sexo fuera del matrimonio son los que han adoptado y aceptado en su totalidad los altos valores aprendidos en el hogar paterno. En momentos difíciles, es mucho más probable que sigan las enseñanzas de sus padres y no el mal ejemplo de sus compañeros o de la sutil influencia que ejercen los medios de comunicación que glorifican el consumo del alcohol, el adulterio, la infidelidad, la deshonestidad y otros vicios. Son como los dos mil jóvenes guerreros de Helamán, cuyas "madres les habían enseñado que si no dudaban, Dios los libraría" de la muerte (Alma 56:47). "Y… repitieron las palabras de sus madres, diciendo: No dudamos que nuestras madres lo sabían" (Alma 56:48).

No hay duda de que lo que solidifica las enseñanzas de los padres en la vida de los hijos es una firme creencia en la Deidad. Cuando esa creencia pasa a ser parte de sus vidas, les fortalece interiormente. Entonces, de todas las cosas importantes que es necesario enseñar, ¿qué deben enseñar los padres? Las Escrituras nos dicen que los padres deben enseñar a sus hijos los principios de "la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo" y de la "doctrina del arrepentimiento" (véase D. y C. 68:25). Estos principios deben enseñarse en el hogar y no en las escuelas públicas, ya que no son responsabilidad del gobierno ni de la sociedad. Por supuesto que los programas de la Iglesia sirven de ayuda, pero la enseñanza más eficaz es la del hogar.

Los miles de pequeños actos de amor

La enseñanza de los padres no tiene que ser complicada, ni dramática ni intensa. El Gran Maestro nos ha enseñado ese gran principio. Charles H. Parkhurst, un eminente ministro presbiteriano, dijo:

"Si estudian la historia del ministerio de Cristo, desde Su bautismo hasta Su ascensión, descubrirán que Su vida está llena de pequeños detalles tales como hermosas oraciones, actos piadosos, palabras de aliento y muestras de compasión. El Evangelio está lleno de oportunidades para ayudar y sanar al hombre en cuerpo, mente y alma. La belleza de la vida de Cristo estriba en aquellos sencillos actos de bondad que, para muchos, pasaron desapercibidos. Por ejemplo, hablar con la mujer en el pozo, enseñar al joven rico que su ambición no le permitiría entrar en el reino celestial… o enseñar a un pequeño grupo de Sus seguidores la forma en que debían orar; encender una hoguera para cocinar pescado a fin de que Sus discípulos tuviesen qué comer, o esperarlos cuando aquellos llegasen después de una noche de pesca infructuosa, con frío, cansancio y desánimo. Todas esas cosas nos ayudan a comprender que el amor de Cristo se reduce a sencillos actos de caridad hacia nuestros semejantes" (véase Cursos de estudio de la Sociedad de Socorro 1982, páginas 138–139).

Lo mismo sucede con la paternidad. Las pequeñas son las grandes cosas que fortalecen a la familia al entretejerse entre sí los miles pero pequeños actos de amor, fe, disciplina, sacrificio, paciencia y trabajo.

Hijos del convenio

Hay grandes promesas espirituales que pueden ayudar a los padres fieles en la Iglesia. Los hijos sellados eternamente a los padres pueden recibir las grandes bendiciones que se prometieron a sus valientes antepasados, que cumplieron noblemente con sus convenios. Si los padres guardan los convenios que hicieron con Dios, Él también los respetará. De esa forma los hijos se convierten en beneficiarios y herederos de esos grandes convenios y promesas. Y todo por ser los hijos del convenio (véase Orson F. Whitney, "Conference Report", abril de 1929, páginas 110–111).

Que el Señor bendiga a los sacrificados y abnegados padres y madres de este mundo; en especial que honre los convenios que guarden los padres fieles, miembros de la Iglesia, y que vele por esos hijos del convenio.

De un discurso pronunciado por el élder Faust en la conferencia general de la Iglesia de octubre de 1990 (véase *Liahona*, enero de 1991, páginas 37–40).

Una mesa rodeada de amor familiar

Élder LeGrand R. Curtis
de los Setenta

Se ha escrito mucho sobre la importancia del hogar. El presidente Marion G. Romney dijo una vez que "la inestabilidad de la familia es el núcleo de la enfermedad fatal que afecta a nuestra sociedad"[1]. Sabemos que hay hogares establecidos en casas grandes, bellas y hasta lujosas, y otros en viviendas muy modestas y con escaso moblaje. Pero cada uno puede ser "como el cielo, cuando hay amor" y "se parecerá al cielo, si en él hay bondad"[2], tal como nos lo hace recordar uno de nuestros himnos.

Una de las piezas más importantes del mobiliario de una casa es la mesa de la cocina, la cual puede ser muy grande o tan pequeña que ni siquiera tenga bastante espacio para la comida, la vajilla y los utensilios necesarios. Su función principal es la de proveer un lugar donde los miembros de la familia puedan recibir su alimento.

En esta ocasión, quisiera que prestáramos atención a una función mucho más profunda e importante de la mesa de la cocina, una gracias a la cual recibimos mucho más que el alimento necesario para nuestro bienestar físico.

Pláticas sobre el Evangelio alrededor de la mesa

Por lo general, una familia se compone de dos o más miembros de edades diferentes; y ésta debe reunirse, si es posible, no sólo para comer, sino también para orar, para hablar, para escuchar, fortalecer los lazos familiares, aprender y progresar en unión. El presidente Gordon B. Hinckley lo ha dicho muy claramente:

"Mi súplica —y cuánto desearía ser más elocuente para expresarla— es el ruego ferviente de salvar a los niños. Demasiados de ellos viven con dolor y temor, en la soledad y en la desesperación. Los niños necesitan la luz del sol; necesitan felicidad; necesitan amor y cuidado; necesitan bondad, alimento y cariño. Todo hogar, no importa lo que cueste la vivienda que lo cobije, puede proporcionar un ambiente de amor que sea un ambiente de salvación"[3].

Casi siempre, los miembros de una familia están expuestos a las diversas fuerzas del mundo exterior, así como al potente influjo de la radio, la televisión, los videos y otras influencias similares que introducimos en nuestro hogar.

Imaginemos a una familia, reunida alrededor de una mesa, quizás la de la cocina, hablando del Evangelio, de los discursos de la reunión sacra-

mental, comentando artículos de la revista *Liahona*, mencionando los estudios y los temas relacionados con ellos, hablando de la conferencia general o de las lecciones de la Escuela Dominical; o, quizás, escuchando buena música o hablando de Jesucristo y de Sus enseñanzas. La lista podría ser más larga. Y no sólo los padres, sino todos los miembros de la familia harían bien en asegurarse de que todos los presentes tuvieran la oportunidad de hablar y participar en la conversación.

Oración familiar alrededor de la mesa

Pensemos en el potencial de una familia que se arrodille alrededor de la mesa (sin el televisor) para orar, suplicar ayuda, agradecer a nuestro Padre Sus bendiciones y, de esa manera, enseñar a las personas de todas las edades la importancia de tener un Padre Celestial que nos ama. La oración familiar con los pequeños hará que éstos lleguen un día a orar con su propia familia.

El élder Thomas S. Monson dijo:

"El Señor nos exhortó a tener la oración familiar al decir lo siguiente: 'Orad al Padre en vuestras familias, siempre en mi nombre, para que sean bendecidos vuestras esposas y vuestros hijos' (3 Nefi 18:21).

"Unámonos para observar a una familia de Santos de los Últimos Días en sus oraciones al Señor. El padre, la madre y todos los hijos se arrodillan, inclinan la cabeza y cierran los ojos; hay un espíritu de amor, unidad y paz que prevalece en ese hogar. Cuando el hombre escucha a su hijito pedir a Dios que el papá haga lo bueno y que obedezca al Señor, ¿le será difícil honrar la oración de su preciado hijo? Cuando la hija adolescente oye a su buena madre suplicar al Señor que inspire a su hija en la selección de sus amigos a fin de prepararse para contraer matrimonio en el templo, ¿tratará esa jovencita de honrar la humilde y fervorosa petición de su madre a quien tanto quiere? Cuando padres e hijos oran sinceramente pidiendo que los varones de la familia sean dignos de salir a su debido tiempo como embajadores del Señor en una misión de la Iglesia, ¿no los vemos ya como jóvenes virtuosos con un enorme deseo de ser misioneros?"[4].

He oído decir a muchas personas: "¿Cómo es posible dejar que padres e hijos salgan al mundo cada día sin antes reunirse y hablar juntos al Señor?". Los padres sabios y prudentes examinan concienzudamente sus horarios y hacen planes para reunir a la familia por lo menos una vez por día a fin de recibir juntos las bendiciones de la oración. De esa forma, los más pequeños se acostumbran rápidamente a aprovechar cuando "les toca el turno" y aprenden los preciados valores que encierra la oración familiar.

Hacer del hogar un lugar feliz

Como he dicho antes: "El hogar debe ser un lugar feliz por el esfuerzo que todos hagan para que así sea. Se dice que la felicidad se hace en casa, y debemos empeñarnos en hacer que nuestro hogar sea agradable y alegre tanto para nosotros como para nuestros hijos. El hogar feliz es el que se centra en las enseñanzas del Evangelio, lo cual requiere el constante y esmerado esfuerzo de todos los miembros de la familia"[5].

Un jovencito de una familia numerosa, que siempre estaba muy ocupado, se quejó una vez del tiempo que llevaba la oración familiar; la próxima vez que oraron, la madre, a propósito y muy perspicazmente, no mencionó el nombre de su hijo en la oración. Al terminar, el joven le dijo: "Mamá, ¡no me nombraste en la oración!". Con mucho cariño la mamá le contestó que lo había hecho para abreviar, pues él se había quejado del tiempo que pasaban orando. El hijo entonces protestó: "Sí, ¡pero no me excluyas!".

El estudio de las Escrituras alrededor de la mesa

Imaginemos a una familia, sentada alrededor de la mesa, con las Escrituras abiertas, analizando todas las verdades y lecciones que se aprenden en ellas. ¡Ésa sería realmente una mesa rodeada de amor familiar!

Los educadores opinan que los niños deben leer más cuando no están en la escuela, y pienso que podemos bendecir a nuestros hijos leyendo con ellos las Escrituras diariamente… sentados a la mesa de la cocina.

Para disponer de una hora en la que la familia se reúna alrededor de la mesa con el fin de estudiar, quizás sea necesario hacer una planificación concienzuda y muchos ajustes; pero, ¿qué puede tener más importancia que la unidad familiar, el progreso espiritual de los miembros de la familia, y los lazos que se creen entre ellos al hablar, escuchar y responder, todos rodeados de amor? El éxito mayor que podamos lograr consiste en intentarlo una y otra vez.

Fortalecer los lazos familiares

En el mundo actual hay muchas influencias que tratan de destruir el hogar y la familia, y los padres prudentes se esfuerzan por afianzar los lazos familiares, aumentar la espiritualidad en el hogar y centrar su vida en Jesucristo y en la asistencia al templo. El presidente Howard W. Hunter nos aconsejó lo siguiente:

"Ruego que nos tratemos unos a otros con más bondad, con más cortesía, con más paciencia y que seamos más dispuestos para perdonar…

"Con ese espíritu, invito a los Santos de los Últimos Días a considerar el templo el gran símbolo de su condición de miembros. Lo que deseo de todo

corazón es que todos los miembros de la Iglesia sean dignos de entrar en el templo"[6].

Lo que suceda alrededor de la mesa de la cocina puede hacer que se magnifique realmente ese consejo que recibimos del presidente Hunter.

En nuestro hogar podemos poner en práctica la forma de tratar a los demás. Como el escritor y poeta alemán Goethe dijo tan bien: "Si se trata a una persona como es, se quedará como es. Pero si se la trata como si fuera lo que puede llegar a ser, llegará a ser así"[7].

Hacer del hogar un lugar de devoción

El élder Boyd K. Packer ha dicho: "El llevar al hogar algunos ideales celestiales es una forma de asegurarse de que los miembros de la familia participen activamente en la Iglesia. Por supuesto, la noche de hogar está como hecha a la medida para eso, ya que se puede organizar para atender a las necesidades particulares de todos; y se puede considerar también una reunión de la Iglesia, lo mismo que las que se realizan en la capilla"[8].

Este consejo concuerda con el del élder Dean L. Larsen, cuando nos dijo: "Sería prudente recalcar que los edificios de nuestra Iglesia no son el único lugar donde podemos adorar. Nuestros hogares deberían ser también lugares de devoción. ¡Qué bueno sería que todos los días pudiéramos 'ir a la iglesia de nuestro hogar'! No debería haber ningún otro sitio en donde el Espíritu del Señor fuera mejor recibido y fuera más accesible que en nuestro hogar"[9].

Al esforzarnos por tratar de lograr eso en nuestro hogar, pensemos en estas significativas palabras del presidente Harold B. Lee: "Recuerden que la parte más importante de la obra del Señor que podamos realizar será la obra que efectuemos dentro de las paredes de nuestro propio hogar"[10].

Mi ruego en este día es que cada uno de nosotros contemple con atención su hogar y considere la mesa de la cocina, y que continuamente nos esforcemos por llevar el cielo a nuestro hogar y venir a Jesucristo.

De un discurso pronunciado por el élder Curtis en la conferencia general de la Iglesia de abril de 1995 (véase *Liahona*, julio de 1995, páginas 92–94).

NOTAS

1. "Scriptures As They Relate to Family Stability", *Ensign*, febrero de 1972, página 57.
2. "El hogar es como el cielo", *Himnos*, Nº 193.
3. "Salvemos a los niños", *Liahona*, enero de 1995, página 67.
4. *Pathways to Perfection*, 1973, páginas 26–27.
5. "La felicidad se hace en casa", *Liahona*, enero de 1991, página 13.
6. "Preciosas y grandísimas promesas", *Liahona*, enero de 1995, páginas 8, 9.
7. En Emerson Roy West, *Vital Quotations*, 1968, página 171.
8. "Begin Where You Are—At Home", *Ensign*, febrero de 1972, página 71.
9. "Nuestro reloj espiritual", *Liahona*, enero de 1990, página 60.
10. *Fortaleciendo el hogar*, folleto, 1973, página 8.

La enseñanza de los principios del Evangelio a los hijos

13

Parte 1

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- Lea Doctrina y Convenios 68:25–28. A medida que lea, fíjese en los principios y las ordenanzas que el Señor ha mandado que los padres enseñen a sus hijos. Planifique unas cuantas cosas que pueda hacer para enseñar estos principios y ordenanzas a sus hijos o nietos, sobrinos u otros niños que conozca.
- A medida que lea el siguiente artículo, escoja una o dos de las sugerencias que da el élder Robert D. Hales y centre su atención en ellas. Según se le presente la oportunidad, centre la atención en las otras sugerencias del artículo.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

El fortalecimiento de las familias: nuestro deber sagrado

Élder Robert D. Hales
del Quórum de los Doce Apóstoles

El Espíritu fortalece las familias

El fortalecimiento de las familias es nuestro deber sagrado como padres, hijos, parientes, líderes, maestros y miembros individuales de la Iglesia.

La importancia de fortalecer en forma espiritual a las familias se enseña claramente en las Escrituras. Nuestro padre Adán y nuestra madre Eva enseñaron el Evangelio a sus hijos e hijas. El Señor aceptó los sacrificios de Abel, quien lo amaba; Caín, por otra parte, "amó a Satanás más que a Dios" y cometió serios pecados. Adán y Eva "se lamentaban ante el Señor por causa de Caín y sus hermanos", pero nunca dejaron de enseñar el Evangelio a sus hijos (véase Moisés 5:12, 18, 20, 27; 6:1, 58).

Debemos entender que cada uno de nuestros hijos viene con variados dones y talentos; algunos, como Abel, parecen haber recibido los dones de la fe al nacer. Otros luchan con cada decisión que toman. Como padres, nunca debemos permitir que las búsquedas o las luchas de nuestros hijos nos hagan ceder o perder la fe en el Señor.

Alma, hijo, mientras le "agobiaba este tormento… [y le] atribulaba el recuerdo de [sus] muchos pecados", recordó haber escuchado a su padre enseñar sobre la venida de "Jesucristo, un Hijo de Dios, para expiar los pecados del mundo" (Alma 36:17). Las palabras de su padre le guiaron hacia la conversión. De la misma manera, nuestros hijos recordarán nuestras enseñanzas y testimonio.

Los 2.000 soldados jóvenes del ejército de Helamán testificaron que sus justas madres les habían enseñado de manera poderosa principios del Evangelio (véase Alma 56:47–48).

En una época de gran búsqueda espiritual, Enós dijo: "…las palabras que frecuentemente había oído a mi padre hablar, en cuanto a la vida eterna… penetraron en mi corazón profundamente" (Enós 1:3).

En Doctrina y Convenios el Señor dice que los padres deben enseñar a sus hijos "a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años…

"Y también enseñarán a sus hijos a orar y a andar rectamente delante del Señor" (D. y C. 68:25, 28).

El enseñar el Evangelio fortalece las familias

A medida que enseñamos el Evangelio a nuestros hijos mediante la palabra y el ejemplo, nuestras familias se fortalecen y se fortifican espiritualmente.

Las palabras de los profetas actuales son claras con respecto a nuestro sagrado deber de fortalecer espiritualmente a nuestras familias. En 1995 la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles emitieron una proclamación para el mundo, declarando que "la familia es la parte central del plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos… El esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro, y también a sus hijos… Los padres tienen la responsabilidad sagrada de educar a sus hijos dentro del amor y la rectitud, de proveer para sus necesidades físicas y espirituales, de enseñarles a amar y a servirse el

uno al otro [y] de guardar los mandamientos de Dios" ("La familia: Una proclamación para el mundo", *Liahona*, junio de 1996, páginas 10–11).

En febrero de este año, la Primera Presidencia emitió un llamado a todos los padres "para que dediquen sus mejores esfuerzos a la enseñanza y crianza de sus hijos con respecto a los principios del Evangelio, lo que los mantendrá cerca de la Iglesia. El hogar es el fundamento de una vida recta y ningún otro medio puede ocupar su lugar ni cumplir sus funciones esenciales en el cumplimiento de las responsabilidades que Dios les ha dado".

En la carta de febrero, la Primera Presidencia enseñó que los padres pueden proteger a sus familias de los elementos corrosivos al enseñar y criar a sus hijos en los principios del Evangelio. Además, aconsejaron a los padres y a los hijos a "dar una prioridad predominante a la oración familiar, a la noche de hogar, al estudio y a la instrucción del Evangelio y a las actividades familiares sanas. Sin importar cuán apropiadas puedan ser otras exigencias o actividades, no se les debe permitir que desplacen los deberes divinamente asignados que sólo los padres y las familias pueden llevar a cabo en forma adecuada" (Carta de la Primera Presidencia, 11 de febrero de 1999).

Con la ayuda del Señor y de Su doctrina, se pueden entender y sobrellevar todos los efectos nocivos que provengan de los desafíos que pueda encontrar una familia. Cualesquiera sean las necesidades de los miembros de la familia, podemos fortalecer nuestras familias siguiendo los consejos que nos dan los profetas.

La clave para fortalecer nuestras familias es hacer que el Espíritu del Señor more en nuestros hogares. La meta de nuestras familias es estar en el camino estrecho y angosto.

Ideas para fortalecer las familias

Se pueden hacer innumerables cosas dentro de los muros de nuestros hogares para fortalecer a la familia. Permítanme compartir algunas ideas y algunos principios prácticos que pueden ayudar a determinar los aspectos que necesitan mayor fortalecimiento en nuestras propias familias. Las ofrezco a modo de dar ánimo, sabiendo que cada familia, al igual que cada uno de sus integrantes, son especiales.

El hogar debe ser un lugar seguro

- Hagamos de nuestros hogares un lugar seguro donde todos los miembros de la familia sientan amor y aceptación. Tengamos en cuenta que cada hijo tiene diferentes dones y habilidades; cada uno es una persona que necesita amor y cuidado especiales.
- Recordemos que "la blanda respuesta quita la ira" (Proverbios 15:1). Cuando mi querida esposa y yo nos sellamos en el Templo de Salt Lake, el élder Harold B. Lee nos dio un sabio consejo: "Cuando elevan la voz con enojo, el Espíritu se aleja de su hogar". Jamás debemos cerrar la puerta de nuestro hogar o cerrar nuestro corazón a nuestros hijos debido a la ira. Al igual que el hijo pródigo, ellos necesitan saber que cuando recapaciten pueden venir a nosotros para recibir amor y consejo.
- Pasemos tiempo con nuestros hijos individualmente, permitiendo que elijan la actividad y el tema de la conversación. Eliminemos las distracciones.

Enseñar a los hijos a orar, leer las Escrituras y escuchar música digna

- Alentemos a nuestros hijos en su comportamiento religioso privado, tales como la oración personal, el estudio personal de las Escrituras y el ayunar por necesidades específicas. Midamos su crecimiento espiritual observando su proceder, su vocabulario y su conducta hacia a los demás.
- Oremos diariamente con nuestros hijos.
- Leamos las Escrituras juntos. Recuerdo a mis propios padres leyendo las Escrituras mientras nosotros escuchábamos sentados en el suelo. A veces solían preguntar: "¿Qué significa ese pasaje para ustedes?" o "¿Cómo les hace sentir ese pasaje?". Luego escuchaban mientras nosotros respondíamos con nuestras propias palabras.
- Leamos en la revista *Liahona* las palabras de los profetas vivientes y otros artículos inspirados dirigidos a los niños, los jóvenes y los adultos.
- Podemos llenar nuestro hogar con el sonido de música digna al cantar juntos del himnario y de *Canciones para los niños*.

Llevar a cabo la noche de hogar y los consejos familiares

- Efectuemos la noche de hogar cada semana. A veces, como padres, nos intimida el enseñar o el testificar ante nuestros hijos. Yo soy culpable de esto en mi propia vida. Nuestros hijos precisan que les comuniquemos nuestros sentimientos espirituales, que les enseñemos y les demos nuestro testimonio.
- Llevemos a cabo consejos familiares para analizar los planes y los intereses de la familia. (Algunos de los consejos familiares más eficaces son los que se hacen a nivel personal con cada uno de los miembros de la familia). Ayudemos a nuestros hijos a saber que sus ideas son importantes. Escuchémosles y aprendamos de ellos.

Compartir el Evangelio, apoyar a los líderes de la Iglesia y participar como familia

- Invitemos a los misioneros a nuestro hogar para que enseñen a miembros menos activos o a personas que no sean miembros.

- Demostremos que sostenemos y apoyamos a los líderes de la Iglesia.
- Comamos juntos cuando sea posible, y tengamos conversaciones sobre temas significativos a esa hora.
- Trabajemos juntos como familia, incluso cuando pueda ser más rápido y fácil hacer el trabajo nosotros mismos. Hablemos con nuestros hijos e hijas mientras trabajemos juntos. Yo tuve la oportunidad de hacer esto cada sábado con mi padre.

Enseñar a los hijos a ser buenos amigos y a prepararse para el futuro

- Ayudemos a nuestros hijos a aprender la forma de tener buenos amigos y de hacerlos sentirse bienvenidos en nuestro hogar. Conozcamos a los padres de sus amigos.
- Enseñemos a nuestros hijos, por medio del ejemplo, a administrar su tiempo y sus recursos. Ayudémosles a aprender la autosuficiencia y la importancia de prepararse para el futuro.

Compartir el legado y las tradiciones familiares

- Enseñemos a nuestros hijos la historia de nuestros antepasados y de nuestra propia familia.
- Establezcamos tradiciones familiares. Planifiquemos y tomemos vacaciones significativas juntos, considerando las necesidades, los talentos y las habilidades de los hijos. Ayudémosles a crear recuerdos felices, a mejorar sus talentos y a edificar sus sentimientos de autoestima.

Enseñar la importancia de obedecer los mandamientos y de recibir ordenanzas

- Mediante la palabra y el ejemplo, enseñémosles valores morales y a tener la determinación de obedecer los mandamientos.
- Después de que fui bautizado y confirmado, mi madre me llevó a un lado y preguntó: "¿Qué sientes?". Yo le describí lo mejor que pude mis cálidos sentimientos de paz, consuelo y felicidad. Mi madre me explicó que lo que sentía era el don que acababa de recibir: el don del Espíritu Santo. Me dijo que si vivía de tal forma que fuese digno de él, tendría siempre ese don conmigo. Ese momento de enseñanza ha permanecido conmigo durante toda mi vida.

Enseñemos a nuestros hijos el significado del bautismo y de la confirmación, de recibir el don del Espíritu Santo, de recibir la Santa Cena, honrar el sacerdocio y hacer y guardar los convenios del templo. Deben saber la importancia de vivir de tal modo que sean dignos de tener una recomendación para el templo y prepararse para casarse en el templo.

- Si no se han sellado a su cónyuge o a sus hijos en el templo, trabajen como familia para recibir las bendiciones del templo. Como familia, fijen metas con respecto al templo.
- Hermanos, sean dignos del sacerdocio que poseen y úsenlo para bendecir la vida de los miembros de su familia…

Estar al tanto de las actividades de la comunidad, de la escuela y de la Iglesia

Existen fuentes de recursos disponibles fuera del hogar y el uso sabio de ellas fortalecerá a nuestras familias.

- Alentemos a nuestros hijos a servir en la Iglesia y en la comunidad.
- Hablemos con los maestros, entrenadores, consejeros, asesores y líderes eclesiásticos de nuestros hijos con respecto a nuestras preocupaciones y las necesidades de nuestros hijos.
- Sepamos qué hacen nuestros hijos en su tiempo libre. Seamos una influencia en la elección de sus películas, programas de televisión y videos. Si usan el Internet, sepamos lo que ellos estén haciendo. Ayudémosles a ver la importancia del entretenimiento sano.
- Alentémosles en sus actividades escolares que valgan la pena. Sepamos qué estudian nuestros hijos. Ayudémosles con sus deberes escolares; ayudémosles a darse cuenta de la importancia de la educación y de la preparación para trabajar y para ser autosuficientes.
- Mujeres Jóvenes: Asistan a la Sociedad de Socorro cuando cumplan los dieciocho años de edad. Algunas de ustedes se pueden sentir reacias ante la transición; pueden temer no sentirse integradas. Mis jóvenes hermanas, no es así. Hay mucho para ustedes en la Sociedad de Socorro, y ésta será una bendición para ustedes durante toda su vida.
- Hombres Jóvenes: Honren el Sacerdocio Aarónico. Es el sacerdocio preparatorio, que les prepara para el Sacerdocio de Melquisedec. Actívense totalmente en su quórum de élderes cuando se les ordene al Sacerdocio de Melquisedec. La hermandad, la instrucción en el quórum y las oportunidades de servir a los demás serán una bendición para ustedes y para sus familias durante toda su vida.

Seguir el ejemplo de amor del Señor

Todas las familias se pueden fortalecer en una forma u otra si se trae el Espíritu del Señor a nuestros hogares y se enseña por Su ejemplo.

- Actuemos con fe; no reaccionemos con temor. Cuando nuestros adolescentes empiecen a poner a

prueba los valores de la familia, los padres deben dirigirse al Señor para que les guíe en cuanto a las necesidades específicas de cada miembro de la familia. Es el momento para dar más amor y apoyo y reforzar las enseñanzas de cómo hacer elecciones. Nos llena de temor el dejar que nuestros hijos aprendan de los errores que cometan, pero su disposición a elegir la manera del Señor y los valores de la familia es mayor cuando la elección nace de ellos mismos que cuando tratamos de imponerles esos valores. El método de amor y de aceptación del Señor es mejor que el de fuerza y coerción de Satanás, especialmente en la crianza de adolescentes.

- Recordemos las palabras del profeta José Smith: "Nada tiene mayor efecto en una persona para inducirla a abandonar el pecado, que llevarla de la mano y velar por ella con ternura. Cuando las personas me manifiestan la más mínima bondad y amor, ¡oh, qué poder ejerce aquello en mi alma!, mientras que un curso contrario tiende a agitar todos los sentimientos ásperos y contristar la mente humana" (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 292).

Los hijos que se alejen regresarán

- Aunque tal vez nos desesperemos cuando, después de hacer todo lo que podamos, algunos de nuestros hijos se alejen del camino de la rectitud, nos pueden consolar las palabras de Orson F. Whitney: "Aunque algunas ovejas se descarríen, el ojo del Pastor está sobre ellas, y tarde o temprano sentirán los tentáculos de la Divina Providencia extenderse hacia ellas y acercarlas de nuevo al rebaño. Ellos volverán, ya sea en esta vida o en la vida venidera. Tendrán que pagar su deuda a la justicia; sufrirán por sus pecados y tal vez anden por caminos espinosos; pero si esto finalmente los lleva, como al hijo pródigo, al corazón y al hogar de un padre amoroso que perdona, la dolorosa experiencia no habrá sido en vano. Oren por sus hijos descuidados y desobedientes; manténganse cerca de ellos mediante vuestra fe. Continúen con esperanza y confianza hasta que vean la salvación de Dios" (citando a José Smith, en "Conference Report", abril de 1929, pág. 110; véase "Nuestro ambiente moral", *Liahona*, julio de 1992, pág. 75).

Los adultos solteros y los otros familiares pueden dar fortaleza

- ¿Qué sucede si son solteros? ¿Les debe preocupar el consejo con respecto a las familias? Sí, es algo que todos debemos aprender en la vida en la tierra. Los adultos que no se han casado a menudo pueden ser una fortaleza especial en la familia, convirtiéndose en una tremenda fuente de apoyo, de aceptación y de amor a sus familias y a las familias de los que los rodeen.
- Muchos de los otros parientes adultos tienen responsabilidades similares a las de los padres. Los abuelos y las abuelas, los tíos y las tías, los hermanos y las hermanas, los sobrinos y las sobrinas y otros miembros de la familia pueden tener un gran impacto en la familia. Deseo expresar mi agradecimiento a aquellos de mis parientes que me han guiado por medio de su ejemplo y testimonio. A veces estos familiares pueden decir cosas que los padres no pueden expresar sin que se empiece a discutir. Después de una sincera conversación con su madre, una jovencita dijo: "Sería terrible decirte a ti o a papá que hice algo malo, pero sería peor tener que decírselo a mi tía Susan. No podría desilusionarla".

No hay familias perfectas

Al saber que estamos en la vida mortal para aprender y desarrollar nuestra fe, debemos entender que debe haber oposición en todas las cosas. Durante un consejo familiar en mi propio hogar, mi esposa dijo: "Cuando uno piensa que alguien tiene una familia perfecta, es que no se les conoce muy bien".

Poner la casa y la familia en orden

Hermanos y hermanas, como padres, escuchemos la amonestación, aun la reprimenda, que el Señor dio a José Smith y a los líderes de la Iglesia en 1833, de "poner [nuestra] propia casa en orden" (D. y C. 93:43). "…os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad" (D. y C. 93:40). "[Pongamos] en orden a [nuestra] familia, y [procuremos] que sean más diligentes y atentos en el hogar, y que oren siempre, o serán quitados de su lugar" (D. y C. 93:50).

Los profetas de la actualidad nos han dado una amonestación y una advertencia similar a los padres para que pongamos a nuestras familias en orden. Ruego que se nos bendiga con la inspiración y el amor necesarios para que enfrentemos la oposición con fe dentro de nuestras familias. Entonces sabremos que nuestras pruebas son para acercarnos más al Señor y el uno al otro. Ruego que escuchemos la voz del profeta y pongamos nuestro hogar en orden (véase D. y C. 93:41–49). La familia se fortalece cuando nos acercamos al Señor, y cada miembro de la familia se fortalece cuando nos elevamos y fortalecemos, nos amamos y cuidamos el uno al otro. "Elevadme y yo os elevaré, y ascenderemos juntos" (Proverbio cuákero).

Ruego que podamos recibir y mantener el Espíritu del Señor en nuestros hogares, para fortalecer a nuestras familias. Es mi oración que cada miembro de nuestra familia permanezca en el "estrecho y angosto camino que conduce a la vida eterna" (2 Nefi 31:18).

De un discurso pronunciado por el élder Hales en la conferencia general de la Iglesia de abril de 1999 (véase *Liahona*, julio de 1999, páginas 37–40).

La enseñanza de los principios del Evangelio a los hijos

14

Parte 2

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o más de las siguientes sugerencias:

- Como familia, planifiquen una actividad en la que presten servicio juntos.
- Realice un quehacer del hogar con uno de sus hijos o con un nieto, sobrino u otro niño o adolescente de su familia. Converse con éste mientras trabajen. Aproveche las oportunidades propicias para la enseñanza que se presenten, sin criticar los esfuerzos que el hijo haga por ayudar.
- Lea las siguientes secciones del folleto *La fortaleza de la juventud* (34285 002): "Los medios de comunicación: cine, televisión, radio, videocasetes, libros y revistas" (páginas 11–13), "La música y el baile" (páginas 14–15) y "La pureza sexual" (páginas 15–17). Después de haber repasado el material, determine cuál de sus hijos se beneficiaría al leer y analizar este material con usted.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

Enseñen a los niños

Presidente Boyd K. Packer
Presidente en Funciones del Quórum
de los Doce Apóstoles

El número de personas reunidas aquí y en otros lugares testifica de la insaciable sed de verdad que caracteriza a los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Al orar en cuanto a lo que sería de mayor interés para ustedes, se me ocurrió que dentro de tres semanas voy a cumplir 75 años y entraré en lo que prefiero llamar la edad mediana más elevada.

He sido maestro durante más de cincuenta años y seguramente he aprendido algo que les pueda resultar de utilidad.

La experiencia me ha demostrado que la vida nos enseñará ciertas cosas que pensábamos que no queríamos saber. Esas lecciones difíciles pueden ser las más valiosas.

En mi camino hacia la *edad mediana más elevada* descubrí algo más en cuanto al aprender. Fíjense en la siguiente conversación sostenida entre un médico y su paciente.

Médico: "¿Cómo puedo ayudarle? ¿Qué le pasa?"

Paciente: "Se trata de la memoria, doctor. Leo cualquier cosa y no la recuerdo. Si voy a un cuarto, no puedo recordar por qué lo hice, ni puedo recordar dónde pongo las cosas".

Doctor: "Bien, dígame: ¿Desde cuándo le ha estado molestando esta situación?"

Paciente: "¿A qué situación se refiere, doctor?"

Si esto les ha hecho gracia, tienen menos de sesenta años o se están riendo de sí mismos.

La enseñanza de los niños mientras aún son pequeños

A medida que uno envejece, no puede memorizar ni estudiar como cuando se era joven. ¿Podría ser ésa la razón por la que el profeta Alma aconsejó: "…aprende sabiduría en tu juventud; sí, aprende en tu juventud a guardar los mandamientos de Dios"?[1]

Cada vez se me hace más difícil memorizar pasajes de las Escrituras y estrofas de poemas. De joven me bastaba con repetir una cosa una o dos veces para recordarla. Si la repetía muchas veces, y especialmente si la escribía, dicha cosa se quedaba permanentemente grabada en mi memoria.

La juventud es la época para aprender con facilidad. Por ese motivo, los líderes de la Iglesia, desde el principio, han tenido un especial interés en los maestros de niños y de jóvenes.

Es extremadamente importante que enseñemos las lecciones del Evangelio y de la vida a los niños y a los jóvenes.

El Señor dispone la responsabilidad principal sobre los padres y les amonesta:

"…si hay padres que tengan hijos en Sión… y no les enseñen a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años, el pecado será sobre la cabeza de los padres"[2].

El propósito básico de la Iglesia es enseñar a los jóvenes: primero en el hogar, luego en la Iglesia.

El almacenamiento de conocimiento

Otra cosa que he descubierto tiene que ver con el recordar lo que aprendimos cuando éramos jóvenes. El conocimiento almacenado en la mente joven puede aguardar durante años el momento en que se haga necesario.

Permítanme ilustrarlo. Estoy muy preocupado por la tendencia que tienen los miembros de no prestar atención al consejo del obispo o, el extremo opuesto, de llegar a depender demasiado de él.

En la conferencia general decidí hablar sobre el obispo.

Me preparé concienzudamente y acudió a mi mente una conversación de hace cincuenta años, la cual satisfizo perfectamente mi necesidad como maestro. Cito esa conversación tal y como lo hice en la conferencia general:

"Hace algunos años serví con Emery Wight en un sumo consejo de estaca. Durante 10 años, Emery había servido como obispo del Barrio Harper, en una zona rural. Lucille, su esposa, era nuestra presidenta de la Sociedad de Socorro de estaca.

"Lucille me contó que una mañana de primavera fue a su casa un vecino que quería hablar con Emery. Ella le dijo que su esposo se encontraba arando. El vecino entonces le confió su preocupación: Más temprano esa mañana, al pasar por el campo notó que, en un surco a medio terminar, la yunta de caballos de Emery estaba inmóvil y con las riendas recogidas sobre el arado. Pero Emery no se encontraba allí. El vecino no pensó que ocurriera nada malo hasta que, más tarde, cuando volvió a pasar por el campo, vio que la yunta no se había movido de allí. Saltó la cerca y cruzó el campo hasta donde se hallaban los caballos, pero Emery no estaba por ningún lado; entonces corrió de inmediato a hablar con Lucille.

"Con mucha calma, Lucille le respondió: 'Ah, no se preocupe; sin duda alguien ha tenido algún problema y vino a buscar al obispo'.

"La sola imagen de aquella yunta de caballos parada en medio del campo durante horas simboliza la devoción de los obispos de la Iglesia y de los consejeros que les ayudan. Bien podría decirse, en sentido figurado, que todo obispo y todo consejero deja su yunta en un surco a medio terminar cuando alguien necesita su ayuda"[3].

Nunca antes había empleado esa experiencia en un discurso; nunca había pensado en ello.

Quería estar bien seguro de esa anécdota, por lo que me puse en contacto con una de las hijas de Emery Wight, la cual accedió a recibirme en su antiguo hogar y mostrarme el campo en donde su padre habría estado arando aquel día.

Uno de mis hijos me llevó hasta allá un domingo, temprano por la mañana, y tomó varias fotografías.

Era una hermosa mañana de primavera; el campo acababa de ser arado, tal y como había acontecido años atrás, y las gaviotas se alimentaban entre los surcos recién hechos.

El despertar de ese recuerdo, el recordar aquella conversación, no es algo desconocido para mí, sino que reafirma la verdad de un pasaje que, de hecho, memoricé siendo joven:

"Ni os preocupéis tampoco de antemano por lo que habéis de decir; mas atesorad constantemente en vuestras mentes las palabras de vida, y os será dado en la hora precisa la porción que le será medida a cada hombre"[4].

Y le sigue una promesa para todos los que atesoran conocimiento:

"Y quienes os reciban, allí estaré yo también, porque iré delante de vuestra faz. Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestro corazón, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros"[5].

Fue una buena lección para mí, pero ésta no acabó ahí.

De joven había pintado y tallado madera, actividades en las que era, en gran parte, autodidacta. Mientras mis hijos crecían, yo dedicaba tiempo a enseñarles las cosas que había aprendido de joven sobre la vida y sobre pintar y tallar.

Al alcanzar ellos la madurez, empecé a tallar madera como pasatiempo para relajar mi mente. Tallaba pájaros, actividad a la cual dedicaba muchas horas. Cuando me preguntaban: "¿Cuántas horas te tomó tallar esto?", yo siempre respondía: "No sé. Si lo supiese, dejaría de hacerlo".

Durante esas horas en las que trabajaba con las manos, meditaba en las maravillas de la creación y empezaba a fluir la inspiración. Mientras tallaba madera, daba forma a los discursos.

El tallar madera me resultaba relajante. Cuando a veces me sentía un poco tenso y de mal humor, mi esposa solía decirme: "Es mejor que empieces a tallar".

Supongo que si a esta *edad mediana más elevada* mi memoria se agudizara un poco, podría señalar una de las tallas y decir qué discurso representa. Aprendí que en esos momentos apacibles podía hacer dos cosas a la vez.

La cosecha de la enseñanza

Ya no me es posible hacer esas tallas, pues es un trabajo demasiado delicado para mi vista y para las articulaciones de los dedos, los cuales se ponen un poco rígidos a causa de la polio que sufrí de pequeño. Además, las exigencias cada vez mayores de mi llamamiento limitan el tiempo que puedo dedicar tanto a tallar como a preparar discursos.

He perdido gran parte de la habilidad para tallar, pero mis hijos no, pues les enseñamos cuando eran pequeños.

La imagen de aquella yunta de caballos ha permanecido en mi mente. Pensé que quizás podría hacer un cuadro de la yunta del obispo en el campo, con las riendas encima del arado.

Dudé en hacerlo porque habían pasado nueve años desde la última vez que pinté un cuadro. Dos amigos con talento e inspiración sobresalientes se ofrecieron para ayudarme a pintar la yunta del obispo y, dado que el mes de julio me daba un descanso de los viajes, decidí empezar.

Aprendí mucho de esos dos amigos y, de una manera muy real, ambos aparecen en el cuadro; pero recibí aún más ayuda de mis dos hijos. Uno tomó fotografías del campo arado, pues siempre intento ser lo más preciso posible al ilustrar cualquier cosa sobre *madera, lienzo* o con *palabras*.

Ésa es otra lección. Podía extraer de nuestros hijos algo que habían aprendido siendo niños.

Mi otro hijo decidió hacer una escultura en bronce de la yunta de caballos del obispo, para que le hiciera juego a mi cuadro. Pasamos muchas horas de regocijo ayudándonos el uno al otro.

Se llevó de nuestro establo un par de arneses viejos, los cuales habían estado colgados casi sin que nadie los tocase durante más de cincuenta años. Les quitó el polvo y se los llevó a casa; puso uno de ellos sobre un caballo de montar muy paciente, el cual permaneció tranquilo mientras mi hijo se lo colocaba debidamente a fin de hacer unos esbozos detallados del mismo.

Su vecino había colectado algunos arados viejos, entre los cuales había uno de la época, y del cual también hizo un boceto.

De esa forma volvimos a gozar de aquello que habíamos dado a esos hijos en su juventud. Al igual que con el resto de nuestros hijos, ellos han mejorado lo que nosotros, sus padres, les enseñamos cuando eran pequeños; y si nuestros días se prolongan en la tierra, viene una segunda cosecha —la de nuestros nietos— y quizás una tercera.

El despertar de los talentos adormecidos

Volví a aprender otra cosa. En una ocasión había pintado un cuadro inspirado por los comentarios que había oído cuando era niño; representaba las montañas Willard Peaks. Había oído a la gente mayor referirse a ellas como *La Presidencia*. Estas tres cumbres imponentes y sólidas que se elevan hacia el cielo simbolizaban a los líderes de la Iglesia.

Eso fue hace nueve años. Mi hijo me había llevado a Willard, Utah, y había tomado fotografías de las montañas. Volvimos una segunda vez, cuando hubiera más sombra y contraste.

Después de esos años, tuve que despertar lo que había permitido que estuviera en estado latente. Al principio fue una lucha terrible. Estuve a punto de rendirme varias veces, mas uno de mis amigos me animó, diciendo: "¡Sigue adelante! Siempre hay muchos que se quedan atrás".

No me di por vencido por el simple hecho de que mi esposa no me dio permiso para hacerlo, y ahora me alegro de no haberlo hecho. Ya que estoy de nuevo en ello, puede que algún día vuelva a pintar algo, quién sabe.

Supongo que recuperar el talento de pintar no es del todo diferente a alguien que ha estado inactivo en la Iglesia por muchos años y que decide regresar al rebaño. Hay ese período de lucha por intentar recuperar el sentimiento de aquello que ha estado latente pero que no se ha perdido del todo. Y siempre ayuda el tener uno o dos amigos.

Ése es otro principio del aprendizaje: el aprender de las experiencias cotidianas de la vida.

Pronto terminaré el cuadro *La yunta del obispo*, y la escultura de mi hijo está en la fundición para sacarla en bronce.

De hecho, su escultura es mucho mejor que mi pintura, y así debiera ser. Sus dedos y su mente jóvenes responden con más agilidad que los míos.

Al avanzar hacia la *edad mediana más elevada* aprendemos que los huesos viejos no son tan flexibles y que las articulaciones viejas no se mueven con tanta rapidez. No es fácil atarse los zapatos una vez que se pasa de los sesenta; es a esa edad cuando ponen más bajo el piso.

Una vez más aprendemos esta lección: "…aprende sabiduría en tu juventud; sí, aprende en tu juventud a guardar los mandamientos de Dios"[6].

"La gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad"[7].

"…yo os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad"[8].

El divino don del Espíritu Santo les es conferido a nuestros hijos cuando sólo tienen ocho años de edad.

"Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os *enseñará todas* las cosas, y os *recordará* todo lo que yo os he dicho"[9].

Presten atención a las palabras *enseñará* y *recordará*.

El enseñar a los niños lleva consigo su propia recompensa. ¿Todavía no saben que cuando enseñan, aprenden más al enseñar de lo que sus hijos al aprender?

El sacar fortaleza de los recuerdos espirituales

Existe una diferencia entre adquirir conocimiento temporal y adquirir conocimiento espiritual. Los estudiantes aprenden eso el día del examen. Es tremendamente difícil recordar algo que no se haya aprendido con anterioridad.

Ello es cierto en cuanto al conocimiento temporal, pero espiritualmente podemos sacar fortaleza de un recuerdo anterior a nuestro nacimiento. Podemos desarrollar una sensibilidad hacia las cosas que no entendimos cuando éramos jóvenes.

Wordsworth, el poeta, percibió algo de la vida preterrenal cuando escribió:

Un sueño y un olvido sólo es el nacimiento:
El alma nuestra, la estrella de la vida,
en otra esfera ha sido constituida
y procede de un lejano firmamento.
No viene el alma en completo olvido
ni de todas las cosas despojada,
pues al salir de Dios, que fue nuestra morada,
con destellos celestiales, se ha vestido…[10]

Extraje esas líneas de mi memoria, donde las había guardado durante una clase de inglés de mi época universitaria.

Las lecciones más importantes proceden de los acontecimientos cotidianos de la vida.

Algunas personas aguardan a tener experiencias espirituales persuasivas para confirmar sus testimonios, pero no funciona de esa manera. Son las impresiones y los impulsos apacibles de las cosas cotidianas los que nos dan la certeza de nuestra identidad como hijos de Dios. Vivimos muy por debajo de nuestros privilegios cuando buscamos señales y "traspasa[mos] lo señalado"[11] en busca de acontecimientos maravillosos.

Somos hijos de Dios, pues vivimos con Él en la vida preterrenal. De vez en cuando el velo se rasga y recibimos una sutil indicación de quiénes somos y del lugar que ocupamos en el esquema eterno de las cosas. Llámenle el recuerdo o discernimiento espiritual, mas se trata de uno de esos testimonios de que el Evangelio de Jesucristo es verdadero. Recibimos este tipo de revelación cuando estamos enseñando.

Una vez oí al presidente Marion G. Romney (1897–1988) decir: "Siempre sé cuando estoy hablando bajo la influencia del Espíritu Santo, porque siempre aprendo algo de lo que he dicho".

El Señor dijo a los élderes:

"No sois enviados para que se os enseñe, sino para enseñar a los hijos de los hombres las cosas que yo he puesto en vuestras manos por el poder de mi Espíritu;

"y a vosotros se os enseñará de lo alto. Santificaos y seréis investidos con poder, para que impartáis como yo he hablado"[12].

Aun si la cosecha de conversos es escasa para los misioneros, tanto ellos como la Iglesia reciben poder espiritual, ya que ellos aprenden mediante la enseñanza que llevan a cabo.

El presidente de un quórum de diáconos debe sentarse en concilio para enseñar a sus compañeros diáconos[13]. El presidente de un quórum de élderes debe enseñar a los integrantes de su quórum de acuerdo con los convenios[14].

Pablo le dijo a Timoteo: "Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros"[15].

Pablo explicó en doce palabras cómo la enseñanza es una recompensa en sí misma:

"*Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?* Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas?

"Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras?"[16].

El ser un aprendiz dispuesto

Hace unos días recibí una carta de disculpa —como me ha acontecido en muchas ocasiones— procedente de alguien a quien no conozco. La carta hablaba de lo resentido y enfadado que un miembro se había sentido durante mucho tiempo a causa de un discurso que yo había pronunciado. Era una petición de perdón.

Soy presto para perdonar. Tanto al pronunciar un discurso como al perdonar, no soy más que un agente.

Las Escrituras contienen muchas referencias reveladoras de lo "duro"[17] que fue para los israelitas y los nefitas el dar oído a las palabras de los profetas y los apóstoles. Es muy fácil rechazar una enseñanza y resentirse con el maestro, lo cual ha sido el pan de cada día de los profetas y los apóstoles desde el principio.

Una de las Bienaventuranzas enseña:

"Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.

"Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros"[18].

Generalmente, las cartas de disculpa dicen: "No podía entender por qué tuvo usted la necesidad de hacerme sentir tan incómodo y culpable". Entonces, de entre la lucha, emerge un concepto, una inspiración, una comprensión de causas y efectos, para finalmente llegar a ver y entender por qué el Evangelio es como es.

Menciono uno de muchos temas. Una hermana puede llegar a entender por fin por qué hacemos tanto hincapié en la importancia de que las madres se queden en casa con los niños. Entiende que ningún servicio iguala el refinamiento exaltador que emana de la maternidad abnegada. Tampoco debe renunciar al refinamiento intelectual, cultural y social; todas esas cosas tienen su lugar —en el momento apropiado— pues son inherentes a la virtud eterna que procede de la enseñanza de los niños.

Ninguna enseñanza es semejante ni es más espiritualmente gratificante ni más sublime que la de la madre que enseña a sus hijos. Es posible que una madre piense que no está a la altura en el conocimiento de las Escrituras porque está ocupada enseñando a su familia, mas no por ello recibirá una recompensa menor.

El presidente Grant Bangerter estaba teniendo una conversación doctrinal con el presidente Joseph Fielding Smith, quien realizaba una gira de esa misión en Brasil. La hermana Bangerter los escuchaba y, finalmente, dijo: "Presidente Smith, he estado ocupada criando a mis hijos y no he tenido tiempo de convertirme en una erudita de las Escrituras como mi esposo. ¿Iré al reino celestial con Grant?".

El presidente Smith meditó un momento y entonces dijo: "Bueno, tal vez, si es que le hace un pastel".

A un hombre le costará igualar la medida de refinamiento espiritual que se desarrolla en su esposa al enseñar ésta a sus hijos; y si él entiende siquiera algo del Evangelio, sabrá que no puede ser exaltado sin ella. Su mejor esperanza reside en ser un guía atento y un compañero responsable en la educación de los hijos.

Las bendiciones a los maestros

Consideren esta promesa:

"Enseñaos diligentemente, y mi gracia *os* acompañará [a los maestros], para que [el maestro, la madre, el padre] seáis más perfectamente instruidos en teoría, en principio, en doctrina, en la ley del evangelio, en todas las cosas que pertenecen al reino de Dios, que os conviene [al padre y a la madre] comprender"[20].

Fíjense en que la promesa es más para el maestro que para el estudiante.

"Enseñaos diligentemente, y mi gracia os acompañará [a ustedes que enseñan a sus hijos, o en la Primaria, en la Escuela Dominical, en los Hombres y Mujeres Jóvenes, en el sacerdocio; seminario o Sociedad de Socorro]", para que puedan llegar a saber:

"de cosas tanto en el cielo como en la tierra, y debajo de la tierra; cosas que han sido, que son y que pronto han de acontecer; cosas que existen en el país, cosas que existen en el extranjero; las guerras y perplejidades de las naciones, y los juicios que se ciernen sobre el país; y también el conocimiento de los países y de los reinos,

"a fin de que [vosotros que enseñáis] estéis preparados en todas las cosas, cuando de nuevo os envíe a magnificar el llamamiento al cual os he nombrado y la misión con la que os he comisionado"[21].

Pablo profetizó al joven Timoteo "que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos"[22]. Dijo, además: "…los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados"[23].

Pero aún así podemos estar a salvo, pues nuestra seguridad reside en enseñar a los niños.

"Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él"[24].

Pablo aconsejó a Timoteo:

"Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido;

"y que desde la *niñez* has *sabido las Sagradas Escrituras*, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús"[25].

Ésta es la Iglesia de Jesucristo; es Su Iglesia. Él es nuestro ejemplo, nuestro Redentor. Se nos manda ser "como él es"[26].

Él fue un maestro de niños. Él mandó a Sus discípulos en Jerusalén: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos"[27].

En el relato del ministerio del Salvador entre los nefitas, quizás más que en cualquier otro lugar, podemos ver en lo más profundo de Su alma:

"Y aconteció que mandó que trajesen a sus niños pequeñitos.

"De modo que trajeron a sus niños pequeñitos, y los colocaron en el suelo alrededor de él, y Jesús estuvo en medio; y la multitud cedió el paso hasta que todos le fueron traídos…

"[Él] lloró, y la multitud dio testimonio de ello; y tomó a sus niños pequeños, uno por uno, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos.

"Y cuando hubo hecho esto, lloró de nuevo;

"y habló a la multitud, y les dijo: Mirad a vuestros pequeñitos.

"Y he aquí, al levantar la vista para ver, dirigieron la mirada al cielo, y vieron abrirse los cielos, y vieron ángeles que descendían del cielo cual si fuera en medio de fuego; y bajaron y cercaron a aquellos pequeñitos, y fueron rodeados de fuego; y los ángeles les ministraron.

"Y la multitud vio y oyó y dio testimonio; y saben que su testimonio es verdadero, porque todos ellos vieron y oyeron"[28].

Sé que ese registro es verdadero. Testifico de Él y bendigo a todos ustedes que en Su nombre enseñan a los niños.

De un discurso pronunciado en una reunión espiritual de la Semana de la Educación celebrada en la Universidad Brigham Young el 17 de agosto de 1999 (véase *Liahona*, mayo de 2000, páginas 14–23).

NOTAS

1. Alma 37:35.
2. Doctrina y Convenios 68:25.
3. "El obispo y sus consejeros", *Liahona*, julio de 1999, pág. 71.
4. Doctrina y Convenios 84:85.
5. Doctrina y Convenios 84:88.
6. Alma 37:35.
7. Doctrina y Convenios 93:36.
8. Doctrina y Convenios 93:40.
9. Juan 14:26; cursiva agregada (traducción libre).
10. "Ode: Intimations of Immortality", estrofa 5.
11. Jacob 4:14.
12. Doctrina y Convenios 43:15–16.
13. Véase Doctrina y Convenios 107:85.
14. Véase Doctrina y Convenios 107:89.
15. 2 Timoteo 2:2.
16. Romanos 2:21–22; cursiva agregada.
17. Véase Juan 6:60; 1 Nefi 16:2; 2 Nefi 9:40; Helamán 14:10.
18. Mateo 5:11–12; véase también Lucas 21:12; Juan 15:20; 3 Nefi 12:12.
19. Véase Doctrina y Convenios 131:1–4; 132:19–21.
20. Doctrina y Convenios 88:78; cursiva agregada.
21. Doctrina y Convenios 88:79–80.
22. 2 Timoteo 3:1.
23. 2 Timoteo 3:13.
24. Proverbios 22:6.
25. 2 Timoteo 3:14–15; cursiva agregada.
26. 1 Juan 3:7.
27. Mateo 19:14.
28. 3 Nefi 17:11–12, 21–25.

Cómo guiar a los hijos a medida que ellos toman decisiones

15

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o ambas de las siguientes sugerencias:

- En la asignación de lectura que figura a continuación, el élder M. Russell Ballard ofrece cuatro sugerencias para ayudarnos a "erigir una fortaleza de fe en nuestros hogares y ayudar… a nuestros jóvenes a ser limpios, virtuosos y puros, completamente dignos de entrar en el templo". Repase dichas sugerencias y haga planes específicos para seguirlas en su hogar.
- Piense en las decisiones a las que cada uno de los hijos de su familia posiblemente se enfrente en la escuela, el hogar y en otras situaciones. Piense en lo que usted puede hacer para ayudar a cada uno de sus hijos a tomar decisiones rectas.

Asignación de lectura

Estudie el siguiente artículo. Si está casado, léalo y analícelo con su cónyuge.

Como una llama inextinguible

Élder M. Russell Ballard
del Quórum de los Doce Apóstoles

El gozo del matrimonio en el templo

En ocasiones, tengo el privilegio de oficiar en el templo cuando una pareja de jóvenes dignos van a casarse y a sellarse en la Casa del Señor. Tales momentos son siempre muy especiales para la familia y los amigos. En esas circunstancias se experimenta una dulce y placentera mezcla de felicidad terrenal y gozo eterno que se manifiesta en los ojos llenos de lágrimas de madres que tanto han orado en sus corazones para que llegara ese día. También se manifiesta en los ojos de los padres que, por primera vez en varios meses, piensan ahora en otras cosas además de cómo pagar los gastos de la boda. Pero más que nada se puede ver en los ojos de una novia y un novio virtuosos que han sabido vivir fieles a las enseñanzas del Evangelio, despreciando las tentaciones del mundo. Existe un sentimiento especial e innegable para toda persona que se ha mantenido limpia, virtuosa y pura.

Las normas morales son absolutas

Hay demasiados hombres y mujeres jóvenes que sucumben a las presiones impuestas por un mundo saturado de mensajes malignos y conducta inmoral. Lucifer está embarcado en una guerra desenfrenada para dominar el corazón y el alma de jóvenes y adultos, y el número de sus víctimas continúa en aumento. Las normas del mundo se han desplazado como las arenas de un desierto tormentoso. Lo que una vez era inusitado o inaceptable, es hoy en día común y corriente. El criterio del mundo ha sido tan terriblemente trastornado que a quienes prefieren guiarse por las normas tradicionales de moralidad se les percibe cual gente extraña, casi como que debiera justificar su deseo de guardar los mandamientos de Dios.

Mas una cosa es indiscutible: los mandamientos no han cambiado. Nadie debe siquiera suponerlo. El bien es todavía el bien; el mal es todavía el mal, no importa cuán ingeniosamente se lo disimule en lo que es aceptable desde el punto de vista social o político. Nosotros creemos en la castidad antes del matrimonio y en la fidelidad conyugal para siempre; ésta es una norma absoluta de la verdad; no está sujeta a encuestas de la opinión pública ni depende de la situación ni de las circunstancias. No hay necesidad de polemizar sobre ésta o ninguna otra norma del Evangelio.

La edificación de fortalezas de fe en el hogar

Pero existe una urgente necesidad de que padres, líderes y maestros ayuden a nuestros jóvenes a entender, amar, valorar y vivir de conformidad con las normas del Evangelio. Los padres y la juventud deben luchar unidos en defensa de un sagaz y pérfido adversario. Debemos esforzarnos por vivir el Evangelio con la misma dedicación, eficacia y determinación con las que ese adversario se esfuerza por destruirlo y destruirnos a nosotros.

El cometido que tenemos es grande, ya que está de por medio el alma inmortal de nuestros seres queridos. Quisiera sugerir cuatro maneras para erigir una fortaleza

de fe en nuestros hogares y ayudar particularmente a nuestros jóvenes a ser limpios, virtuosos y puros, completamente dignos de entrar en el templo.

Enseñemos el Evangelio a nuestros hijos

La primera es la información sobre el Evangelio. La información más importante y benéfica que yo conozco es el conocimiento de que somos verdaderamente hijos e hijas de Dios, nuestro Eterno Padre. Esto no es solamente correcto desde el punto de vista doctrinal, sino que es esencial desde el punto de vista espiritual. En Su magnífica oración intercesora, el Salvador dijo: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3). El conocer al Padre Celestial y el entender la relación que tenemos para con Él como nuestro Padre y nuestro Dios es encontrar la razón de esta vida y la esperanza en la vida venidera. Nuestras familias necesitan saber que Él es real, que nosotros somos en realidad Sus hijos e hijas, y herederos de todo lo que Él posee, ahora y para siempre. Afianzados en ese conocimiento, los miembros de toda familia estarán menos inclinados a participar en diversiones inicuas y más dispuestos a mirar a Dios y vivir (véase Números 21:8).

Vivamos de acuerdo con el convenio, no con la conveniencia

Es preciso que, de alguna manera, inculquemos en nuestro corazón el poderoso testimonio del Evangelio de Jesucristo como lo hicieron nuestros antepasados pioneros. Recuerden la ocasión en que Nauvoo cayó en manos enemigas en septiembre de 1846 y la angustiosa condición en que se encontraban los santos en campamentos miserables. Cuando la noticia llegó a Winter Quarters, Brigham Young reunió inmediatamente a los miembros y después de explicarles la situación y de recordarles el convenio hecho en el Templo de Nauvoo de que nadie que deseara seguirles, no importa cuán pobre fuese, habría de ser dejado atrás, les dio este extraordinario desafío:

"Ahora es el momento de obrar", dijo. "*Permitan que el fuego del convenio* que hicieron en la Casa del Señor, *arda en sus corazones como una llama inextinguible…*" ("To the High Council at Council Point", 27 de septiembre de 1846, Brigham Young Papers, Archivos del Departamento Histórico, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, pág. 1; cursiva agregada). Pocos días después, a pesar de las condiciones casi indigentes que existían en Winter Quarters, muchas carretas salieron hacia el este para rescatar a los santos en los campamentos de los pobres a lo largo del río Misisipí.

Con frecuencia oímos hablar del sufrimiento y de los sacrificios que aquellos primeros santos debieron padecer y solemos preguntarnos: ¿Cómo hicieron? ¿Qué fue lo que les daba tanta fortaleza? Parte de la respuesta se encuentra en las poderosas palabras de Brigham Young. Aquellos primeros Santos de los Últimos Días habían hecho convenio con Dios, y esos convenios *ardían en sus corazones como una llama inextinguible*.

A veces enfrentamos la tentación de permitir que nuestras vidas se basen más en lo que es conveniente que en los convenios. No siempre nos viene bien vivir las normas del Evangelio, defender la verdad y dar testimonio de la Restauración. Por lo general, no es conveniente compartir el Evangelio con los demás; no siempre es conveniente responder a un llamamiento en la Iglesia, especialmente ésos que requieren un mayor esfuerzo por parte nuestra. Las oportunidades de servir a los demás en forma significativa, como convinimos, rara vez se nos presentan en el momento oportuno. Pero no hay poder espiritual cuando se vive por lo que nos venga bien. El poder proviene del cumplimiento de nuestros convenios. Al contemplar las experiencias de aquellos primeros santos, podemos apreciar que los convenios eran la fuerza primordial de su vida. Su ejemplo y su testimonio fueron suficientemente vigorosos para influir, generación tras generación, en sus hijos.

Enseñemos a nuestros hijos sobre la moralidad

A medida que van creciendo, los hijos necesitan que los padres les informen de forma más directa y clara lo que es correcto y lo que no lo es. Los padres deben enseñar a sus hijos a evitar toda clase de fotografías o cuentos pornográficos. Es preciso que los niños y los adolescentes aprendan de sus padres que toda clase de pornografía es un instrumento del diablo y que si una persona se deja entretener con ello, es algo que tiene el poder de habituar, entorpecer y aun destruir el espíritu humano. Se les debe enseñar a no emplear vocabulario vulgar y a jamás usar el nombre del Señor en vano. Las bromas vulgares que escuchen no deben repetirse. Enseñen a sus familiares a no escuchar la clase de música que festeja lo sensual; háblenles con franqueza en cuanto al sexo y a las enseñanzas del Evangelio concernientes a la castidad. Que esa información provenga de los padres, del hogar y de la manera adecuada. Todos los miembros de la familia deben conocer las normas y ser fortalecidos espiritualmente para poder cumplirlas. Y cuando se cometan errores, la maravillosa expiación del Señor Jesucristo se debe comprender y aceptar de modo que, por medio de un completo y a veces difícil proceso del arrepentimiento, puedan obtener el perdón y la constante esperanza en el futuro. Nunca debemos abandonar la búsqueda de la vida eterna, tanto para nosotros como para nuestra familia.

Desafortunadamente, en el mundo actual hay demasiados padres y madres que han renunciado a la responsabilidad de enseñar a sus familias estos valores morales y otras doctrinas de la Iglesia, creyendo que otros lo harán: los compañeros de sus hijos, las escuelas públicas, los líderes y maestros de la Iglesia o aun los medios de comunicación. Todos los días, nuestros niños están aprendiendo, alimentando su mente y su corazón con experiencias e ideas que influyen profundamente en los sistemas de valores morales.

Fortifiquémonos los unos a los otros contra la maldad

Hermanos y hermanas, debemos enseñarnos unos a otros e inculcar en nuestros corazones una fe más profunda a fin de fortalecernos con el valor para guardar los mandamientos en un mundo en el que la maldad va en constante aumento. Es necesario que nos convirtamos de tal modo al Evangelio de Cristo que *el fuego del convenio arda en nuestros corazones como una llama inextinguible*. Y con esa clase de fe, haremos todo lo que sea menester para conservarnos fieles y dignos.

Comuníquense abiertamente con sus hijos

La segunda es la comunicación. Nada es más importante para las relaciones entre los miembros de una familia que la comunicación franca y honrada. Esto es particularmente así con los padres que tratan de enseñar a sus hijos los principios y las normas del Evangelio. La capacidad para asesorar a nuestros jóvenes —y quizás lo que es más importante, para escucharles de verdad en cuanto a sus problemas— es el cimiento sobre el cual se edifica una relación de éxito. Frecuentemente, lo que vemos en sus ojos y lo que sentimos en el corazón nos comunicará mucho más de lo que oímos o decimos. Un consejo a ustedes, los hijos: Nunca les falten el respeto a sus padres. También ustedes deben aprender a escuchar, en especial los consejos de su mamá y de su papá, y los susurros del Espíritu. Tenemos que estar a la expectativa y captar esos momentos especiales que son propicios para la enseñanza que ocurren continuamente en nuestras relaciones familiares, y debemos tomar la determinación ahora mismo de efectuar la noche de hogar para la familia todos los lunes por la noche.

Hay maravillosas ocasiones para la comunicación durante las acostumbradas oraciones familiares y el estudio en familia de las Escrituras. Las Escrituras servirán para definir los valores y las metas familiares, y el hablar juntos en cuanto a ellos permitirá que los miembros de la familia aprendan a ser personalmente firmes, espiritualmente fuertes y autosuficientes. Esto requiere tiempo, de modo que tenemos que conversar juntos sobre la cantidad de televisión, de películas cinematográficas, videos y juegos en video, de tiempo en el *Internet* o de actividades fuera del hogar que se habrán de permitir.

Los padres y los líderes deben intervenir

La tercera es la intervención. Los padres tienen el deber de intervenir cada vez que perciban que se están tomando decisiones equivocadas. Esto no quiere decir que los padres deben privar a los hijos del precioso don del albedrío. Debido a que el albedrío es un don de Dios, al fin y al cabo, lo que ellos decidan hacer, la manera como habrán de comportarse y lo que decidan creer es cosa de ellos. Pero, como padres, debemos asegurarnos de que ellos entiendan lo que es una conducta apropiada y cuáles serán las consecuencias si deciden seguir el camino equivocado. Recuerden que no hay tal cosa como una censura ilícita en el hogar. Las películas, las revistas, la televisión, los videos, el *Internet* y otros medios de comunicación entran ahí como huéspedes y sólo debe dárseles la bienvenida cuando son apropiados para el disfrute de la familia. Hagan de sus hogares un refugio de paz y rectitud; no permitan que las malas influencias contaminen su propio ambiente espiritual. Sean bondadosos, atentos, amables y considerados en lo que digan y el modo en que se traten mutuamente. Entonces, los objetivos de la familia, basados en las normas del Evangelio, facilitarán el tomar buenas decisiones.

El mismo principio se aplica a ustedes, obispos, maestros y demás líderes de la Iglesia al trabajar para ayudar a las familias. No tienen que permanecer indiferentes cuando aquellos sobre quienes tienen mayordomía toman decisiones morales inapropiadas. Si uno de nuestros jóvenes se encontrase en una encrucijada moral, casi siempre habrá alguien —uno de los padres, un líder, un maestro— que podría beneficiarlo al intervenir con amor y bondad.

Seamos un buen ejemplo para nuestros hijos

La cuarta es el ejemplo. Así como es difícil para el cansado marinero encontrar su rumbo a través de mares desconocidos sin la ayuda de una brújula, es casi imposible para los niños y para los jóvenes encontrar su derrotero en medio de los mares de la vida sin que los guíe la luz de un buen ejemplo. No podemos esperar que habrán de evitar todas esas cosas inapropiadas si ven a sus propios padres contravenir los principios y no cumplir con el Evangelio.

Como padres, maestros y líderes, es nuestra solemne obligación sentar un vigoroso ejemplo personal de fortaleza, valor, sacrificio, servicio abnegado y autodominio. Éstas son las cualidades que ayudarán a nuestra juventud a mantenerse asidos a la barra de hierro del Evangelio y permanecer en el sendero estrecho y angosto.

El vivir el Evangelio ayuda a evitar los errores

Quisiera poder asegurarles que el concentrarse en *la información*, *la comunicación*, *la intervención* y *el ejemplo* siempre resultará en una familia perfecta con hijos perfectos que nunca se desviarán de las normas del Evangelio. Eso, desafortunadamente, no es así. Pero las familias que conocen, enseñan y viven los principios y las normas del Evangelio tienen más probabilidades de evitar el dolor causado por los serios errores. Cuando las pautas tradicionales de la comunicación y del ejemplo fiel prevalecen, es mucho más fácil conversar juntos en cuanto a los problemas personales y procurar los cambios necesarios que habrán de bendecir a cada uno de los miembros de la familia.

Escuchen el significativo consejo del rey Benjamín:

"…no puedo deciros todas las cosas mediante las cuales podéis cometer pecado; porque hay varios modos y medios, tantos que no puedo enumerarlos.

"Pero esto puedo deciros, que si no os cuidáis a vosotros mismos, y vuestros pensamientos, y vuestras palabras y vuestras obras, y si no observáis los mandamientos de Dios ni perseveráis en la fe de lo que habéis oído concerniente a la venida de nuestro Señor, aun hasta el fin de vuestras vidas, debéis perecer. Y ahora bien, ¡oh hombre!, recuerda, y no perezcas" (Mosíah 4:29–30).

Mis hermanos y hermanas, ruego que Dios bendiga a cada uno de nosotros para que el fuego de nuestros convenios arda en nuestros corazones como una llama inextinguible. Que estemos preparados espiritualmente para renovar nuestros sagrados convenios cada semana al participar de la Santa Cena. Que honremos al Señor y estemos ansiosos por hacer nuestra parte, en estos días tan emocionantes y maravillosos, para edificar Su Iglesia mediante el fortalecimiento de nuestras familias, es mi humilde oración.

De un discurso pronunciado por el élder Ballard en la conferencia general de la Iglesia de abril de 1999 (véase *Liahona*, julio de 1999, páginas 101–104).

Oración familiar, estudio de las Escrituras en familia y noche de hogar para la familia

16

Ideas para poner en práctica

De acuerdo con sus propias necesidades y circunstancias, siga una o más de las siguientes sugerencias:

- Si su familia lleva a cabo en forma regular la oración familiar, el estudio de las Escrituras en familia y la noche de hogar, consideren con espíritu de oración formas en que puedan mejorar en una de esas actividades. Si su familia no está llevando a cabo esas actividades, considere lo que hará para establecerlas en su hogar.
- En familia, planifiquen una actividad que puedan hacer juntos. Considere consultar las ideas que se encuentran en las páginas 295–370 del *Manual de sugerencias para la noche de hogar* (31106 002).
- Repase el material que se encuentra en las páginas 154–157 de *La enseñanza: El llamamiento más importante* (36123 002).

Asignación de lectura

Estudie los siguientes artículos. Si está casado, léalos y analícelos con su cónyuge.

Las bendiciones de la oración familiar

Presidente Gordon B. Hinckley
Primer Consejero de la Primera Presidencia

El apóstol Pablo le declaró a Timoteo:

"También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos.

"Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos,

"sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno,

"traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios" (2 Timoteo 3:1–4).

En esta época se debe dar un nuevo énfasis a la honradez, al carácter personal y a la integridad. Sólo al concentrarnos en estas virtudes, que son la esencia de una civilización verdadera, y hacerlas parte primordial de nuestra vida, nuestro mundo cambiaría por completo. La pregunta que surge en este caso es: ¿en dónde podemos comenzar?

No me cabe duda de que debemos empezar por reconocer que Dios es nuestro Padre Eterno y que nosotros somos Sus hijos; debemos comunicarnos con Él y darnos cuenta de Su posición como nuestro Soberano y pedirle Su ayuda y protección en todos los pasos de nuestra vida.

Considero que el volver nuestros corazones a Dios en el seno de nuestras familias es una de las medicinas básicas que detendrían la horrible enfermedad que está destruyendo el carácter de nuestra sociedad. Sé que no podemos esperar que ocurra un cambio de un momento a otro, pero sí sé que si lo hacemos, ese cambio se logrará en una generación.

Hace una o dos generaciones que en los hogares cristianos en todo el mundo se oraba como familia. La oración familiar era una actividad tan natural cada día como lo era el sentarse a comer. Pero a medida que esa práctica ha cesado, el deterioro moral del que habló el apóstol Pablo ha surgido como consecuencia lógica.

Estoy convencido de que no hay nada que pueda substituir la práctica de la oración familiar tanto por la mañana como por la noche, en que el padre, la madre y los hijos se dirigen de rodillas a su Padre Celestial. Es este humilde acto, y no las hermosas alfombras que hacen juego con las cortinas, ni los colores delicadamente escogidos del mobiliario, el que contribuye a la existencia de hogares mejores y más hermosos.

Hay algo en la acción de postrarse que contradice las actitudes que Pablo mencionó: "soberbios… impetuosos, infatuados".

Y algo que la escena de un padre y una madre arrodillados con sus hijos elimina totalmente, y ésas son las demás condiciones descritas por él: "desobedientes a los padres… sin afecto natural".

También el acto de dirigirse a la Deidad elimina la tendencia a blasfemar y a convertirse en "amadores de los deleites más que de Dios".

Las tendencias a ser impíos e ingratos desaparecen cuando los miembros de la familia le agradecen a Dios su vida y la paz que disfrutan, y al expresar el agradecimiento que sienten por cada uno, la familia desarrolla un nuevo sentir, mayor respeto y nuevos sentimientos de aprecio mutuo.

Dicen las Escrituras: "Darás las gracias al Señor tu Dios en todas las cosas" (D. y C. 59:7), y vuelven a repetir: "Y en nada ofende el hombre a Dios, ni contra ninguno está encendida su ira, sino contra aquellos que no confiesan su mano en todas las cosas" (D. y C. 59:21).

Cuando las familias se arrodillan ante Dios y en sus oraciones recuerdan al pobre, al necesitado y al afligido, su amor y respeto por ellos aumenta, dejando a un lado su propio orgullo. Uno no puede pedirle a Dios que ayude a su prójimo sin sentir el deseo de prestarle ayuda. Cuán grandes serían los milagros que ocurrirían en la vida de las personas si, olvidándose de sí mismos, se dedicaran a servir a los demás. Estos milagros pueden hacerlos realidad las súplicas diarias de las familias.

No sé de otra forma mejor en que los padres podrían inspirar y enseñar el amor a la patria, que cuando, al orar con sus hijos, pidan por su propio país e invoquen las bendiciones del Todopoderoso para que lo preserve con libertad y paz. No sé en qué otra forma podrían los hijos aprender mejor a respetar a las autoridades, lo cual es tan necesario, que la de recordar en nuestras oraciones diarias a los que llevan la carga del gobierno.

Recuerdo haber visto en algunas ciudades carteleras de anuncios que decían: "La nación que ora se mantiene en paz". Yo estoy muy de acuerdo.

El orar juntos puede suavizar las tensiones familiares y hacer que los hijos respeten a los padres, resultando en la obediencia. También puede suscitar el espíritu de arrepentimiento, el que a su vez erradicará las causas del divorcio y la ruptura del hogar. Cuando oramos juntos, reconocemos ante Dios nuestras debilidades e invocamos Sus bendiciones sobre nuestros hogares y sobre los que en ellos moran.

James H. Moyle, quien murió hace ya mucho tiempo, dijo algo que me impresionó bastante. En una de sus misivas dirigida a sus nietos, en la que hablaba sobre la oración familiar en su propio hogar, expresó: "Nunca nos hemos acostado sin antes habernos arrodillado para suplicar la guía y la aprobación de Dios. Aun en los hogares más organizados surgen desavenencias, mas éstas desaparecen por medio del espíritu de la oración… La oración en sí tiende a promover entre los hombres una vida más digna y fomenta la unidad, el amor, el perdón y el servicio".

En el año 1872, el coronel Thomas L. Kane, quien era gran amigo de los miembros de la Iglesia durante su evacuación de Iowa y durante la marcha del ejército de los Estados Unidos hacia el valle de Salt Lake, se dirigió al oeste junto con su esposa y sus dos hijos. Ellos viajaron a Saint George con Brigham Young, deteniéndose cada noche a descansar en los hogares de algunos miembros de la Iglesia. La esposa del coronel le escribió varias cartas a su padre, en Filadelfia, y en una de ellas le dijo:

"En cada uno de los hogares donde nos detuvimos para pasar la noche, oramos inmediatamente después de la cena y de nuevo antes del desayuno. Se esperaba que todos estuvieran presentes… Los mormones… se arrodillan juntos, mientras que el cabeza del hogar o algún invitado de honor ora en voz alta… No hacen muchas alabanzas, sino que piden lo que necesitan y le agradecen a Dios lo que les ha dado… Ellos dan por sentado que Dios ya sabe nuestros propios nombres y nuestros títulos, y piden una bendición para alguna persona en particular…Eso me agradó cuando me acostumbré a ello".

Ojalá que todos desarrolláramos la costumbre de orar como familia, cualidad que era tan importante para nuestros antepasados pioneros. Para ellos la oración familiar era tan importante en su adoración como lo fueron sus reuniones en el Tabernáculo. Con esa fe tenaz, que surgía de sus oraciones diarias, pudieron limpiar y cultivar la tierra, irrigar el terreno reseco, hacer que el desierto floreciera, dirigir a sus familias con amor, vivir en paz los unos con los otros y lograr la inmortalidad de sus nombres al perderse a sí mismos en el servicio de Dios.

La familia es la unidad básica de la sociedad y la familia que ora es la esperanza de una sociedad mejor. "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado" (Isaías 55:6).

¿Podemos embellecer más nuestros hogares? Sí, dirigiéndonos como familia a la fuente de la verdadera belleza. ¿Podemos darle fuerza a la sociedad y convertir este mundo en un lugar mejor para vivir? Sí, fortaleciendo la vida familiar al arrodillarnos juntos para suplicarle al Todopoderoso Sus bendiciones en el nombre de Su Hijo Amado.

Si en toda la tierra hubiera un consenso de volver a la práctica de la oración familiar, sin lugar a dudas desaparecería en una generación la seria amenaza de destrucción que se cierne sobre nosotros. Se restauraría la integridad, el respeto mutuo y un espíritu de agradecimiento en el corazón de las personas.

Estas fueron las palabras del Maestro: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Mateo 7:7).

Doy mi testimonio de que si con toda sinceridad hacen la oración familiar, no será en vano. Puede que los cambios no se noten de inmediato y que sean casi imperceptibles, pero serán cambios verdaderos, porque Dios "es galardonador de los que le buscan" (Hebreos 11:6).

Que seamos verdaderos ejemplos ante el mundo de que en nuestros hogares se lleva a cabo la oración familiar para que así instemos a otros a hacer lo mismo.

Del ejemplar de septiembre de 1991 de la revista Liahona, páginas 3–6.

"Recibí, por tanto, alguna instrucción"

Élder L. Tom Perry
del Quórum de los Doce Apóstoles

Buenos padres

El Libro de Mormón comienza con las siguientes palabras: "Yo, Nefi, nací de buenos padres y recibí, por tanto, alguna instrucción en toda la ciencia de mi padre" (1 Nefi 1:1). ¡Cuán diferente sería el mundo si el diario personal de cada uno de los hijos de nuestro Padre Celestial comenzara con una frase similar, diciendo que se ha tenido buenos padres y que ellos les han enseñado!

Estamos viviendo en una época muy especial, en la que el Evangelio del Señor ha sido restaurado en su plenitud. Nuestro ejército misional está acrecentándose en calidad y en cantidad; en consecuencia, se predica el Evangelio en más idiomas y naciones, y a un número mucho mayor que nunca de oídos atentos. A medida que se establecen nuestros barrios y estacas en la mayor parte del mundo, la mente creativa del hombre ha estado recibiendo la inspiración para desarrollar los instrumentos de comunicación necesarios a fin de hacer llegar al oído de esos pueblos las instrucciones de los profetas. Las buenas nuevas del Evangelio pueden ahora extenderse más rápidamente, llevando consigo la esperanza de una paz sempiterna al corazón de los seres humanos.

La vida familiar en crisis

Uno de los principales mensajes del Evangelio es la doctrina de que la familia es de naturaleza eterna. Nosotros proclamamos al mundo el valor y la importancia de la vida familiar, en tanto que la confusión y las dificultades que existen en la actualidad se deben, en gran medida, al deterioro de la vida familiar. Las experiencias del hogar en que los padres enseñan y adiestran a sus hijos son cada vez menores.

La vida familiar en que hijos y padres se mantienen en comunicación mediante el estudio, el entretenimiento y el trabajo, ha sido reemplazada con una cena rápida, individual y recalentada, frente al televisor. En 1991 la Asociación Nacional de Distritos de Estados Unidos consideró que la falta de la buena influencia del hogar había alcanzado un nivel crítico en el país y llevó a cabo una reunión para que sus miembros analizaran el problema. Y así reconocieron cinco conceptos básicos que podrían aumentar las posibilidades de éxito en la familia.

Primero, fortalecer las relaciones mediante actividades de familia; segundo, establecer normas y aspiraciones razonables; tercero, fomentar la propia estimación; cuarto, establecer metas asequibles; y quinto, evaluar con regularidad las virtudes y necesidades de la familia.

De pronto, la voz apremiante y amonestadora de nuestros profetas desde el principio de los tiempos adquiere especial importancia. Tal como se nos ha aconsejado y alentado a que lo hagamos, debemos prestar atención a nuestra propia familia e incrementar nuestro esfuerzo misional a fin de que otras personas tengan un conocimiento de la verdad y se den cuenta de la importancia que tiene la unidad familiar.

Adán y Eva aprenden sus responsabilidades como padres

Las instrucciones que en el principio dio el Señor a Adán y Eva establecieron claramente sus responsabilidades de padres; sus funciones quedaron bien definidas. Después de recibir las instrucciones del Señor, respondieron de esta manera a Su consejo:

"Y Adán bendijo a Dios en ese día y fue lleno, y empezó a profetizar concerniente a todas las familias de la tierra, diciendo: Bendito sea el nombre de Dios, pues a causa de mi transgresión se han abierto mis ojos, y tendré gozo en esta vida, y en la carne de nuevo veré a Dios.

"Y Eva, su esposa, oyó todas estas cosas y se regocijó, diciendo: De no haber sido por nuestra transgresión, nunca habríamos tenido posteridad, ni hubiéramos conocido jamás el bien y el mal, ni el gozo de nuestra redención, ni la vida eterna que Dios concede a todos los que son obedientes.

"Y Adán y Eva bendijeron el nombre de Dios, e hicieron saber todas las cosas a sus hijos e hijas" (Moisés 5:10–12).

Enseñar y capacitar a los hijos

En efecto, la responsabilidad que los padres tienen de enseñar a sus hijos fue una de las instrucciones que el Señor dio desde el principio a nuestros primeros padres terrenales.

Al restaurarse la Iglesia en nuestros días, se han recibido revelaciones encomendando nuevamente a los padres la obligación de enseñar y educar a sus hijos. En la sección 93 de Doctrina y Convenios, el Señor reprendió a algunos hermanos que no habían cumplido sus responsabilidades para con sus familias. Las Escrituras nos dicen:

"Pero yo os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad…

"no has enseñado a tus hijos e hijas la luz y la verdad, conforme a los mandamientos; y aquel inicuo todavía tiene poder sobre ti, y ésta es la causa de tu aflicción.

"Y ahora te doy un mandamiento: Si quieres verte libre, has de poner tu propia casa en orden, porque hay en tu casa muchas cosas que no son rectas" (D. y C. 93:40, 42–43).

La importancia de la noche de hogar

Hace muchos años la Iglesia exhortó a todos los padres a tener semanalmente la noche de hogar. Esta recomendación se pone en práctica en los hogares de los miembros de la Iglesia en la actualidad; el lunes por la noche se ha reservado para que la familia se junte. La Iglesia no debe realizar ninguna actividad ni auspiciar reuniones sociales en esa noche de la semana. Se nos ha prometido que, si somos fieles en tal sentido, recibiremos grandes bendiciones.

El presidente Harold B. Lee nos aconsejó hace tiempo:

"Tengamos en cuenta estas cosas, que cuando la misión de Elías el profeta se entienda cabalmente, el corazón de los hijos se volverá hacia los padres y el de los padres a los hijos. Esto parece suceder tanto de este lado del velo como del otro. Si descuidamos a nuestra familia en cuanto a la noche de hogar y fracasamos en nuestras responsabilidades aquí, ¿cómo nos parecería el cielo si perdiéramos a alguien a causa de nuestro descuido? El cielo no será tal hasta que hayamos hecho todo lo que podamos por salvar a aquellos que el Señor ha enviado a través de nuestro linaje".

Y continuó diciendo:

"Así que el corazón de ustedes, padres y madres, si tienen el verdadero espíritu de Elías, debe volverse hacia sus hijos *ahora mismo* y no creer que esto se refiere simplemente a los que están del otro lado del velo. Hagan que su corazón se vuelva hacia sus hijos y enséñenles. Pero deben hacerlo mientras sean pequeños y dóciles para enseñarles debidamente; y si descuidan la noche de hogar, estarán descuidando el comienzo de la misión de Elías de la misma manera que si estuvieran desatendiendo la investigación de su historia familiar" (véase el *Manual de la Sociedad de Socorro*, 1977–1978, pág. 2; cursiva agregada).

A menudo he pensado acerca de los momentos felices que pasábamos cuando nuestra familia era joven y teníamos a nuestros hijos en casa. He hecho un análisis mental de aquellos días, considerando los cambios que haría en cuanto a la organización y administración de nuestra familia si tuviéramos la oportunidad de revivir esa época. Hay dos aspectos que me dispondría a mejorar si se me concediera el privilegio de tener hijos menores nuevamente en el hogar.

En primer lugar, dedicaría un tiempo mayor para reunirme con mi esposa, como comité ejecutivo, a fin de aprender, comunicarnos, planear y organizarnos para cumplir mejor con nuestros deberes de padres.

En segundo lugar, si pudiera vivir de nuevo esos años, me gustaría dedicar más tiempo a mi familia, teniendo incluso noches de hogar con mayor regularidad y significado.

Los jóvenes contribuyen al éxito

La responsabilidad de planear y preparar la noche de hogar no debiera encomendarse solamente a los padres; las de mayor éxito que he presenciado han sido aquellas en que toman parte activa los miembros jóvenes de la familia.

Les recomiendo, excelentes diáconos, maestros y presbíteros, y a ustedes, Abejitas, Damitas y Laureles, que aporten sus mejores contribuciones para que las noches de hogar de su familia tengan el mayor de los éxitos. En su hogar, muchos de ustedes podrían ser la verdadera conciencia familiar; al fin y al cabo, son ustedes quienes obtendrán el mayor beneficio de esas experiencias. Si quieren vivir en un mundo de paz, de seguridad y de oportunidades, la familia a cuyo éxito contribuyan quizás incremente el bienestar del mundo entero.

Recuerdo un ejemplo de esto que ocurrió hace años, durante las fiestas navideñas, en un paseo que hicimos con nuestros nietos. A fin de gozar de una verdadera unión familiar, hicimos los planes para viajar en una camioneta todos juntos. En el vehículo íbamos nosotros, mi hijo y sus tres hijos mayores; mi nuera había permanecido en casa con sus hijitos menores. Manejaba yo en esos momentos, mientras mi esposa iba sentada junto a mí oficiando de "copiloto". De pronto, desde el asiento de atrás, oí que Audrey, la mayor de mis nietas, consultaba con su padre, diciéndole: "Papá, una de nuestras metas este año

era terminar el Libro de Mormón en nuestro estudio familiar. Éste es el último día del año. ¿Por qué no lo completamos ahora y así cumplimos la tarea?"

¡Qué grata experiencia fue aquélla al escuchar a mi hijo y sus tres hijos mientras se turnaban para leer los últimos capítulos de Moroni, completando así su meta de leer el Libro de Mormón! Y no olvidemos que fue una jovencita, no uno de los padres, quien hizo la sugerencia.

Cometido para la juventud

Ustedes son una generación escogida, reservada para esta época tan especial en la historia de la humanidad. Es mucho lo que pueden contribuir al progreso y desarrollo de la familia a la que pertenecen. Les exhorto a tomar parte activa en su familia con ese espíritu tan especial y entusiasta de la juventud para hacer del Evangelio un elemento primordial en su hogar. Recuerden el consejo del presidente Joseph F. Smith, cuando dijo:

"Quisiera que mis hijos y todos los niños y jóvenes de Sión supieran que no hay nada en este mundo que tenga tanto valor para ellos como el conocimiento del Evangelio tal como ha sido restaurado en la tierra en estos postreros días por medio del profeta José Smith; nada puede compensar su pérdida. No hay nada en la tierra que pueda compararse con la excelencia del conocimiento de Jesucristo. Por lo tanto, todos los padres de Sión deben ocuparse de velar por sus hijos, de enseñarles los principios del Evangelio y esforzarse en todo lo posible por lograr que cumplan su deber, no automáticamente porque se les inste a hacerlo, sino que deben tratar de inculcar en ellos el espíritu de verdad y un amor perdurable por el Evangelio, a fin de que cumplan con su deber no solamente por complacer a los padres sino porque el hacerlo les complazca a ellos mismos" (en Brian H. Stuy, compilador, *Collected Discourses Delivered by President Wilford Woodruff, His Two Counselors, the Twelve Apostles, and Others*, 5 tomos, 1987–1992, tomo V, pág. 436).

Vigorizar la noche de hogar

La noche de hogar es para todos, ya sea en el hogar donde estén ambos padres, o en el que cuenten con uno solo de ellos o en el compuesto por una sola persona. A los maestros orientadores recomendamos que, al visitar a las familias, las alienten y estimulen para que realicen la noche de hogar.

El presidente Ezra Taft Benson nos ha hecho notar una vez más la necesidad de efectuar la noche de hogar, como también cuáles son los elementos que contribuyen a su eficacia; él dijo:

"Habiéndose concebido para el fortalecimiento y la seguridad de la familia, el programa de la noche de hogar de la Iglesia dispone que una noche por semana se reserve para que los padres reúnan con ellos a sus hijos en el hogar. Juntos entonces ofrecen una oración, cantan himnos y otras canciones, leen las Escrituras, analizan temas de interés particular, hacen demostraciones de talento, enseñan los principios del Evangelio y a menudo participan en juegos y se sirve un refrigerio hecho en casa" (en "Conference Report", Conferencia de Área de las Islas Filipinas, 1975, pág. 10).

Quisiera que tomen nota de cada una de esas sugerencias hechas por el Profeta en cuanto a lo que debiera formar parte de la noche de hogar.

Él continuó diciendo: "He aquí las bendiciones que promete un profeta de Dios a todos los que realicen semanalmente la noche de hogar. Si los santos obedecen este consejo, les prometemos que recibirán grandes bendiciones. Aumentarán el amor en el hogar y la obediencia a los padres; se desarrollará la fe en el corazón de la juventud de Israel y obtendrán así el poder para combatir la influencia y las tentaciones de la maldad que les acosan" (en "Conference Report", Conferencia de Área de las Islas Filipinas, 1975, pág. 10; véase también *Improvement Era*, junio de 1975, pág. 734).

Exhortamos a cada uno de ustedes a seguir el consejo del Profeta. Todas las familias de la Iglesia deben evaluar otra vez el progreso que están teniendo al observar con regularidad la noche de hogar. El cumplimiento de este programa será para ustedes un escudo y una protección contra las maldades de esta época y les proporcionará, individual y colectivamente, un gozo mayor y más abundante en esta vida y en las eternidades.

Que Dios nos bendiga para que en nuestras familias, al deliberar en consejo, podamos restablecer y fortalecer este programa tan importante.

De un discurso pronunciado por el élder Perry en la conferencia general de la Iglesia de abril de 1994 (véase *Liahona*, julio de 1994, páginas 42–44).